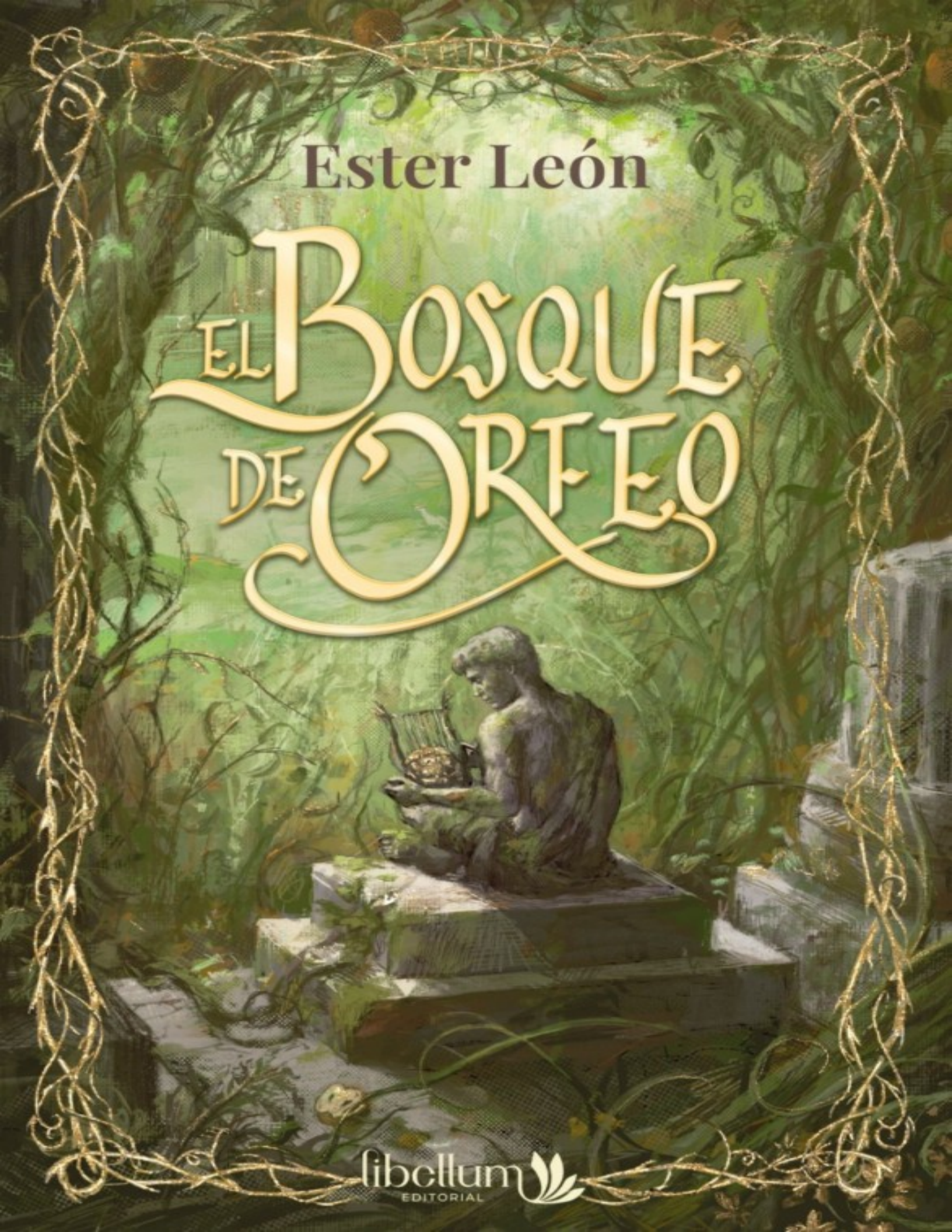
Ester León

El Bosque de Orfeo



libellum
EDITORIAL

Table of Contents

1. Noche de víspera
2. Ágape en ruinas
3. Las fauces de la leona
4. Noche de abedul
5. El muchacho vela
6. Noche de tortugas
7. El viejo y el tapiz
8. Noche de lino
9. Grilletes de espinos
10. Noche de nomeolvides
11. Epitafio de un giro
12. Noches de arpillera
Agradecimientos

Ester León

El Bosque de Orfeo

Primera edición: mayo 2026
© ESTER LEÓN, 2026
Ilustración de cubierta: © Carlota Suárez / @katsuvy
Diseño del título: © Laia Pérez Voto / @maduiixa
Ilustraciones interiores e inicio de capítulos: © Ester León
Maquetación: Miriam García Blasco
Corrección del texto: Susana López Pueyo
Composición digital: Pablo Barrio
© De esta edición, Libellum Editorial, 2026
www.libellumeditorial.com
hola@libellumeditorial.com
ISBN: 979-13-991662-1-7
Todos los derechos reservados. Cualquier tipo de reprodución, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo podrá realizarse con la autorización de los titulares, con la excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, a través de la web **www.conlicencia.com** o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

1. Noche de víspera
2. Ágape en ruinas
3. Las fauces de la leona
4. Noche de abedul
5. El muchacho vela
6. Noche de tortugas
7. El viejo y el tapiz
8. Noche de lino
9. Grilletes de espinos
10. Noche de nomeolvides
11. Epitafio de un giro
12. Noches de arpillera
Agradecimientos

Para Sergio, por creer en mí, me dé la vuelta o no.

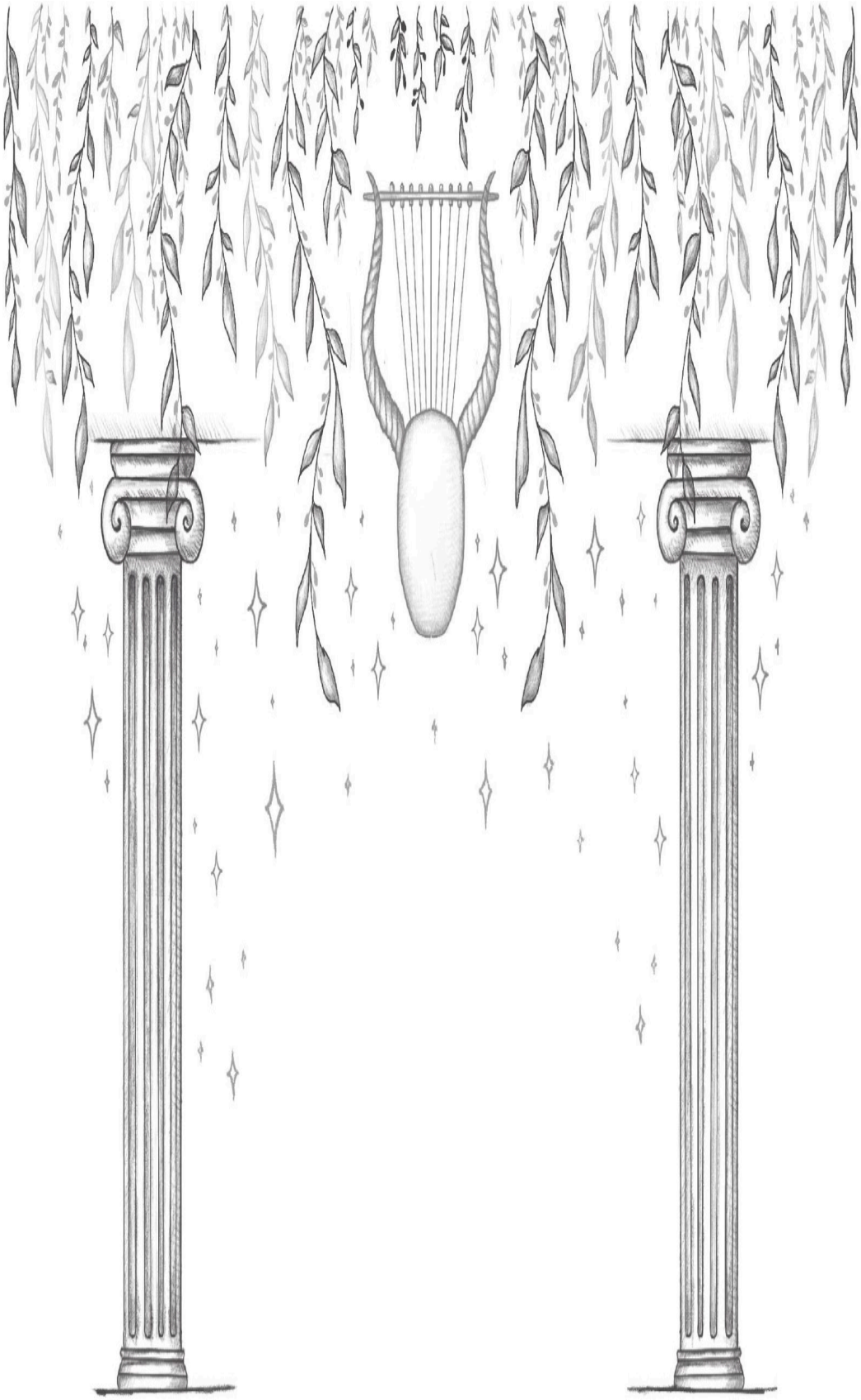
«No se puede ir por ahí construyendo un mundo mejor para la gente.
Solo la gente puede construir un mundo mejor para la gente. Si no, es
solamente una jaula».
-Terry Pratchett, *Brujas de viaje*

«La Casa es valiosa porque es la Casa;
es suficiente en sí, de por sí.
No es el medio para un fin».
-Susanna Clarke, *Piranesi*

«Hasta el mejor hierro se vuelve quebradizo
si se lo golpea demasiado».
-Madeline Miller, *Circe*

En algún lugar, en algún punto entre el tiempo y el «no-tiempo», en el vacío entre los umbrales, dicen que hay un Bosque. El precio del pasaje es el silencio anterior a contar un secreto y para encontrarlo hay que seguir el rastro de la culpa y los remordimientos. De sus habitantes, solo se dice que están Malditos. Todos ellos.

Hubo un académico que persiguió las Maldiciones hasta la espesura y, una vez allí, se preguntó si habría sido sabio adentrarse entre los árboles.



1
NOCHE DE VÍSPERA

«¿Por qué se dio la vuelta Orfeo?».

Los susurros son tan nítidos como el rumor del viento entre los árboles. El hombre los escucha allá donde va. La pregunta sigue su rastro, un perro de presa. Viene de todas partes, de los confines más lejanos y las esquinas más próximas. La repiten sabios y necios por igual.

«¿Por qué se dio la vuelta Orfeo?».

La respuesta se extiende por ríos de tinta, por océanos de historias y conversaciones infinitas. Una pregunta para la humanidad, por la humanidad, sobre la humanidad.

Las cuente quien las cuente, las historias del hombre y de la pregunta son, en esencia, la misma. Orfeo era el más excelente de los músicos. Tras la muerte de su esposa, bajó al Hades en su busca y logró hacer un trato por su alma. Eurídice lo acompañaría al mundo de los vivos siempre y cuando él confiara en la palabra del dios de los muertos y no se volviera para mirarla hasta que hubieran salido. En el último momento, justo antes de abandonar la caverna, Orfeo se volvió y lo perdió todo.

«¿Por qué se dio la vuelta Orfeo?».

—¿Sois vos el señor del Bosque?

Aquella pregunta llegó desde un lugar cercano. Por un momento, acalló la otra.

Había alguien en el claro a su espalda. Otro hombre, más alto, de constitución más fornida. La piel, allí donde quedaba a la vista, era oscura. Tenía el rostro oculto por un velo de visos violáceos.

—¿Quién quiere saberlo? —inquirió Orfeo. Trató de ver el rostro tras el velo, pero solo distinguía facciones difuminadas.

Qué extraño resultaba que le conocieran por aquel sobrenombre. «Señor del Bosque». Él, que se había criado con la sal incrustada entre las cuerdas de la lira y viendo cómo la brisa marina le revolvía el pelo a Eurídice.

—Soy un académico, mi señor. Vengo a proponerle un trato al amo de estas tierras.

Su voz. Daba igual que no pudiera verle la cara. Fue lo primero que notó. Dulce, tímida, poseía una reverberación de terciopelo, de fuerza. Había un timbre en sus palabras que le hacía pensar en las olas del mar golpeando contra el acantilado, una cadencia que sonaba auténtica, más real que todo lo que lo rodeaba en aquel Bosque.

Quizá solo por eso, decidió permitirle hablar.

—No hago tratos con desconocidos —declaró. Quería ver cómo respondía.

Era una mentira, por supuesto. Tiempo atrás, había estado más que dispuesto a hacer un trato con el dios de los muertos. Ahora, apenas podía creer que hubiera sido lo bastante ingenuo como para intentar ganarle una mano a un Olímpico.

—Entonces solicito una audiencia. —Al parecer, el Académico había contemplado aquella opción. Llevaba un zurrón colgado del hombro y, a juzgar por su tamaño, contenía algo voluminoso—. Así podréis conocerme.

El músico se lo concedió porque la voz seguía siendo de salitre y seda.



—Acompañadme.

Lo condujo hasta el templete junto al río, donde le gustaba pasar horas arrullado por el murmullo del agua. Para llegar, atravesaron un claro de flores hechas de niebla. Como acostumbraba a hacer, la bruma tembló bajo sus pasos.

Tomaron asiento en torno a la sencilla mesa de piedra. Orfeo sacó dos copas del arcón que guardaba debajo, así como una crátera de vino y una jarra de agua. El recién llegado se decantó por lo segundo, así que sirvió una de cada.

—¿No vais a descubriros el rostro? —le preguntó, ya con las copas llenas. Deseaba conocer los rasgos de aquella voz.

El Académico sacudió la cabeza, lo que agitó el velo y arrancó destellos irisados. Violeta, azafrán, marfil.

—Entre mi gente, es costumbre no hacerlo hasta contar con una cierta intimidad —explicó. Se acomodó en el asiento, que era un poco demasiado pequeño para su envergadura—. El rostro es un secreto que hay que ganarse.

Orfeo asintió. Cada pueblo tenía sus costumbres.

—Aquí os sentiréis como en casa, pues. Cualquier bosque está hecho, en esencia, de secretos.

El recién llegado inclinó la cabeza con cortesía.

—Eso he oído.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos.

—¿Y bien? Queríais dejar de ser un desconocido —comentó Orfeo—. Habladme de vos.

El Académico asintió de nuevo, esta vez con vehemencia.

—Claro, mi señor —sonaba agradecido por la mano tendida—. A decir verdad, la tradición no es la única razón por la que llevo el velo. He observado que me ayuda a mantener la distancia necesaria en mis investigaciones. De esta forma, mi persona contamina lo menos posible los resultados.

—¿Y esas investigaciones consistirían en…?

—Investigo Maldiciones, mi señor —lo dijo con orgullo, como si se tratara de un logro—. He estudiado a muchas personas Malditas, embrujadas o condenadas. Cotejo sus historias e indago en los orígenes

de las Maldiciones, los artífices y los remedios. Estoy escribiendo un tratado.

—Vaya, sin duda suena muy impresionante. —Orfeo se aseguró de imprimir cierto desdén en la voz, aunque no demasiado. Con la pasión con la que había hablado el Académico, era difícil no sentirse atraído por el tema. Siempre había respetado la pasión como la más elevada de las emociones—. Pero, para dicha tarea, ¿no sería mejor que eliminarais esa distancia de la que habláis? ¿Que establecierais vínculos con vuestros investigados?

—Hacéis una muy buena observación, mi señor —concedió el Académico. A pesar de su altura, era evidente que no deseaba imponerse ni contradecirle, un gesto exasperante y que, en el Bosque, podía resultar mortal—. De todas formas, los vínculos pueden, a menudo y por muy buenas intenciones que uno tenga, enturbiar la claridad de las investigaciones. Las emociones tienden a nublar el juicio. He descubierto que, si me mantengo neutro como un lienzo en blanco, les doy espacio a mis pacientes para mostrar su verdad.

El músico sopesó las palabras. A su alrededor, los arrullos del Bosque los acechaban. Una lechuza ululó a lo lejos.

Sonrió de medio lado con socarronería.

—Interesante política. ¿Tal vez uno de vuestros sujetos de estudio se encaprichó de vos y esa es la razón de tanta precaución?

—¿Qué? —No podía verlo tras el velo, pero estaba seguro de que el Académico se había sonrojado. El timbre de la voz se elevó una octava, hasta un tono poco habitual en un hombre de su constitución—. No, nada de eso. Mi señor, no sé qué os ha podido llevar a pensar…

—Relajaos, Académico. —Orfeo rio entre dientes—. Solo hacía una suposición arriesgada. Una chanza, si me lo permitís.

—Ah, claro. Por supuesto. Sois… —hizo una pausa, como si no supiera si terminar la frase. Orfeo le invitó a ello con un gesto de la mano—. Sois distinto a como os imaginaba.

—¿Cómo es eso?

—No sabría deciros. He leído infinidad de historias, por supuesto. El músico que cautivó a Hades, el hijo de una musa y un rey, el favorito de Apolo…

—Y ahora me encontráis decepcionante.

—¡Al contrario! Creo que os esperaba más arrogante, menos… inclinado a las chanzas, ya me entendéis.

El músico no pudo evitar soltar una pequeña risa.

—Ya veo.

El Académico se levantó un poco el velo para darle un trago nervioso a la copa. Temía haberlo ofendido.

—Me hablabais de un trato —le recordó Orfeo—. Asumo que tiene algo que ver con vuestras investigaciones.

—Así es, mi señor. No se os escapa nada —añadió, tratando de ser galante. El músico se contuvo para no poner los ojos en blanco—. Tengo una petición que haceros. Por supuesto, también tengo un ofrecimiento a cambio.

—Primero, haced la petición, Académico; os lo digo como consejo para el futuro. Si mostráis lo que estáis dispuesto a ofrecer, es más fácil que los indeseables se aprovechen.

El recién llegado asintió.

—Deseo pasar un tiempo en el Bosque. Me gustaría entrevistarme con algunos de los Malditos. No solo para mi tratado, sino también porque estoy convencido de poder curar sus Maldiciones.

El músico dejó la copa sobre la mesa, despacio. A su alrededor, los pájaros guardaron silencio. El aire se volvió más espeso.

—¿Curarlas?

—Con vuestro permiso, mi señor, por supuesto. Pero sí, creo tener los conocimientos para sanar Maldiciones como las que pueblan este Bosque.

—¿Sabéis de lo que estáis hablando? —No pudo evitar que las espinas se adueñaran de su voz. Por un momento, volvió a sentir el aliento del Hades. Áspero, frío.

—Os doy mi palabra de que sí.

Su palabra. Nadie sabía mejor que Orfeo el escaso valor que tenía la palabra de un hombre.

—¿Y qué me ofrecéis a cambio?

—Me ofrezco a mí, para cualquier cosa que queráis pedirme. Y os ofrezco este obsequio.

Echó mano al zurrón, de donde extrajo una caja de madera sencilla, con cierres de hierro. Al abrirla, Orfeo supo lo que había dentro solo

con distinguir el brillo áureo de la estructura.

Oro macizo y tallas de oleaje en los cantos. Su vieja lira. Aquella que le había regalado Apolo tantos años atrás, la que había usado una y otra vez para hacer sonreír a Eurídice.

La que había aplacado a Cerbero y encandilado a los señores del Inframundo.

—¿Cómo? —No daba crédito a lo que veían sus ojos, no después de tanto tiempo.

—La localicé en la costa de la isla de Lesbos. El mar la había arrastrado hasta allí. Está bastante deteriorada, pero supuse que la querríais a vuestro cuidado.

Orfeo apretó los puños. La lira descansaba sobre la mesa frente a él, maltratada y rota. Aun así, la observó con la sensación de estar ante una serpiente venenosa. Se mantuvo en su asiento y no la tocó.

—Veo que os habéis tomado muchas molestias —consiguió decir, sin apenas despegar los labios.

—Quería agasajaros —se excusó el Académico. Había incertidumbre en su voz—. Es vuestra. El instrumento más valioso del mundo.

El músico seguía con la vista clavada en la lira, inmóvil.

—Es mía por derecho.

Su instrumento. Su error. Su condena. Suyos todos como los hijos de un hombre estéril.

«¿Por qué se dio la vuelta Orfeo?».

—Entonces, ¿cuál es el problema?

La voz de su invitado volvió a apagar los eternos susurros. Trató de regresar al Bosque.

—No os habéis informado de mi Maldición, ¿verdad? —Alzó la mano derecha y le mostró la palma, donde la cicatriz que lo marcaba como Maldito era evidente. Piel lacerada y retorcida que formaba una estrella de cuatro puntas.

El Académico bajó la cabeza, avergonzado.

—Lo he intentado, mi señor, pero nadie conoce los detalles. Ni siquiera hay rumores fiables. Las leyendas terminan… antes.

—Terminan cuando me doy la vuelta.

El otro hombre asintió.

—Lo lamento.

—No sé por qué habríais de hacerlo. Os revelaré su naturaleza siempre que no la difundáis.

En aquella ocasión, el asentimiento fue más vehemente.

—Por supuesto. Tenéis mi palabra.

—Ya que lo comentáis, os pido que dejéis de usar esa expresión —demandó Orfeo con brusquedad. Después, se serenó—. Mi Maldición me separa de la música. Aún puedo escucharla, pero no crearla. No puedo tocar ningún instrumento, ni siquiera un leve roce.

El Académico se echó hacia atrás.

—Eso es… terrible, mi señor. Inimaginable.

—Y, aun así, es justo. —El señor del Bosque alzó la barbilla, un recuerdo de su juventud, de la época en que Jasón y el resto de argonautas le habían enseñado a encajar un puño.

—No lo creeréis de veras.

—¿Tanto me conocéis ya? No sabía que éramos tan cercanos como para que os hubierais familiarizado con el interior de mis pensamientos. Descubríos el rostro, si es que es así —lo provocó.

El otro hombre guardó silencio un instante.

—Quería decir que no deberíais creerlo. El mejor músico de entre los hombres, el que enamoró a los dioses, alejado de su arte. ¿Cómo iba a ser justo?

Orfeo suspiró.

—Sin duda, no solo habéis oído la historia de mi lira y mis peripecias con los dioses. También sabéis lo que hice. Sabéis lo que provoqué.

Como cada día, luchó por no recordar cómo Eurídice se desvanecía frente a él, de vuelta al inframundo. También como cada día, logró mantener la imagen a raya por muy poco. No podía enfrentarse a ella, pero lo atormentaba la idea de hacerlo.

El Bosque volvió a guardar silencio, todo encajes de hojarasca y sombras. Contenía el aliento ante la memoria.

—Conozco la historia, sí —concedió el Académico.

Orfeo asintió. Se echó hacia atrás en su asiento, preparándose.

—Vamos, preguntadme por qué lo hice.

—No, a menos que queráis decírmelo.

Por alguna razón, aquella respuesta lo enfureció. Sintió rabia hacia el tono calmado del erudito, hacia su velo de visos púrpuras e incluso

hacia la caja y el zurrón donde había escondido la lira.

—No veo ningún escenario posible donde yo fuera a querer revelaros algo así a vos, de entre todos los hombres —escupió.

Lo hizo porque, en el fondo, pensó que respondería, que lo desafiaría. Nunca había sido un luchador en el sentido tradicional de la palabra, pero el arte era una forma más de pelea. Servía para descargar la rabia, la frustración, la culpa. En el pasado, rasgaba las cuerdas con ellas. Dejaba que el dolor de los dedos le recordara que seguía vivo a pesar de todo lo que intentaba ahogarlo.

Resultó que el Académico no era ni un hombre de guerra ni un hombre de artes. Orfeo no sabía qué clase de hombre era, pero, en aquel momento, pudo percibir un atisbo. En lugar de responder al ataque, se limitó a mantenerse firme y decir con voz clara:

—Siento que penséis así, pero más siento si os he ofendido. No era mi intención.

Un Orfeo más joven habría pensado que aquel erudito era como una planta de la que solo veía el tallo, con inmensas raíces bajo tierra que podrían ocultar mundos. El de aquel momento pensaba que lo más probable era que fuera débil. Nada más.

Aun así, no pudo evitarlo: se sintió intrigado.

—No lo lamentéis. —Le quitó importancia con un gesto de la mano—. Quizá haya sido brusco. Es un asunto complejo.

—Lo comprendo. Puedo llevarme la lira, si así lo deseáis.

—Retiradla, pero no os la llevéis. Se quedará en el Bosque —decretó mientras un zorzal cantaba a lo lejos—. Y vos también, pero con algunas condiciones.

—Por supuesto, decidme.

—Primero, contadme de dónde venís.

El Académico le habló de un reino dividido, de una universidad de torres en espiral y de grandes bibliotecas. Mientras lo hacía, aprovechó para observarlo. La tela del velo era translúcida. Ahí donde no había demasiadas dobleces, se dejaban ver algunos rasgos. Se distinguía la boca, una línea de labios gruesos y sonrisa fácil, a juzgar por las arrugas que se le marcaban en las comisuras. El único signo de una edad mediana, pues los brazos se intuían fibrosos y musculados bajo la túnica.

—¿Habéis estado alguna vez en Díon? —le preguntó en un momento dado.

—¿En Macedonia? No, pero me gustaría visitarlo.

Continuaron hablando sin prisa, arrullados por el murmullo del río. Nadie hubiera dicho, en aquel momento, que uno de ellos estaba hecho de tinta y polvo de biblioteca mientras el otro era del oro de las leyendas. Podrían haber sido dos viajeros que se encontraban en la camaradería del camino.

—Habéis preguntado por mis condiciones para dejaros llevar a cabo vuestro estudio —dijo Orfeo al fin.

El Académico se enderezó, de forma que tenía que alzar la mirada para encontrar su rostro.

—En efecto.

—Os permitiré quedaros cinco días con sus noches y os presentaré a los habitantes del Bosque. Suponiendo, por supuesto, que no hayáis exagerado vuestras habilidades y cumpláis vuestra palabra: curaréis, al menos, a uno de mis Malditos.

—Desde luego, mi señor.

—No he terminado —lo cortó—. Podréis pasar los días con ellos, pero vuestras noches serán mías. Cuando salga la luna, acudiréis a mi encuentro y compartiréis conmigo lo que hayáis obtenido ese día. Así será durante cinco noches y, luego, os dejaré marchar.

»No obstante, si no lográis curar a ninguno de los habitantes del Bosque, os quedaréis para siempre a mi servicio.

La garganta de la arboleda tragó saliva. El Académico también. Las grandes manos se apretaron en sendos puños, que luego liberó.

—No creía que necesitarais sirvientes.

—Y no lo hago. La necesidad y la voluntad no siempre van de la mano.

—¿Y esa es vuestra voluntad? ¿Tenerme a vuestro servicio?

—Solo si fracasáis. —Debía admitirlo: siempre había tenido debilidad por los retos imposibles y, sobre todo, por aquellos que trataban de lograrlos—. Estabais muy seguro de ir a tener éxito.

El Académico guardó silencio.

—¿Cómo os encontraré cada noche? —preguntó. Le dio la impresión de que trataba de ganar tiempo para pensar.

—Oh, no os preocupéis. Una amiga os ayudará. —Mientras hablaba, Orfeo chasqueó los dedos una sola vez.

De entre los árboles, como si se hubiera materializado a partir de la niebla, emergió una pequeña cierva. El pelaje del lomo, pardo y sedoso, terminaba en un par de alas de plumas marfileñas. Lo observó, ojos de obsidiana, e inclinó la cabeza.

—¿Una cierva alada? ¿Un animal mágico? —quiso saber el Académico, sin dejar de mirarla.

—Está Maldita, como todos aquí. —Orfeo le acarició la cabeza—. Tiene alas, pero no puede volar. Ella os buscará y os guiará hasta donde yo esté.

Las alas eran demasiado pequeñas, atrofiadas. La cierva apenas las agitaba.

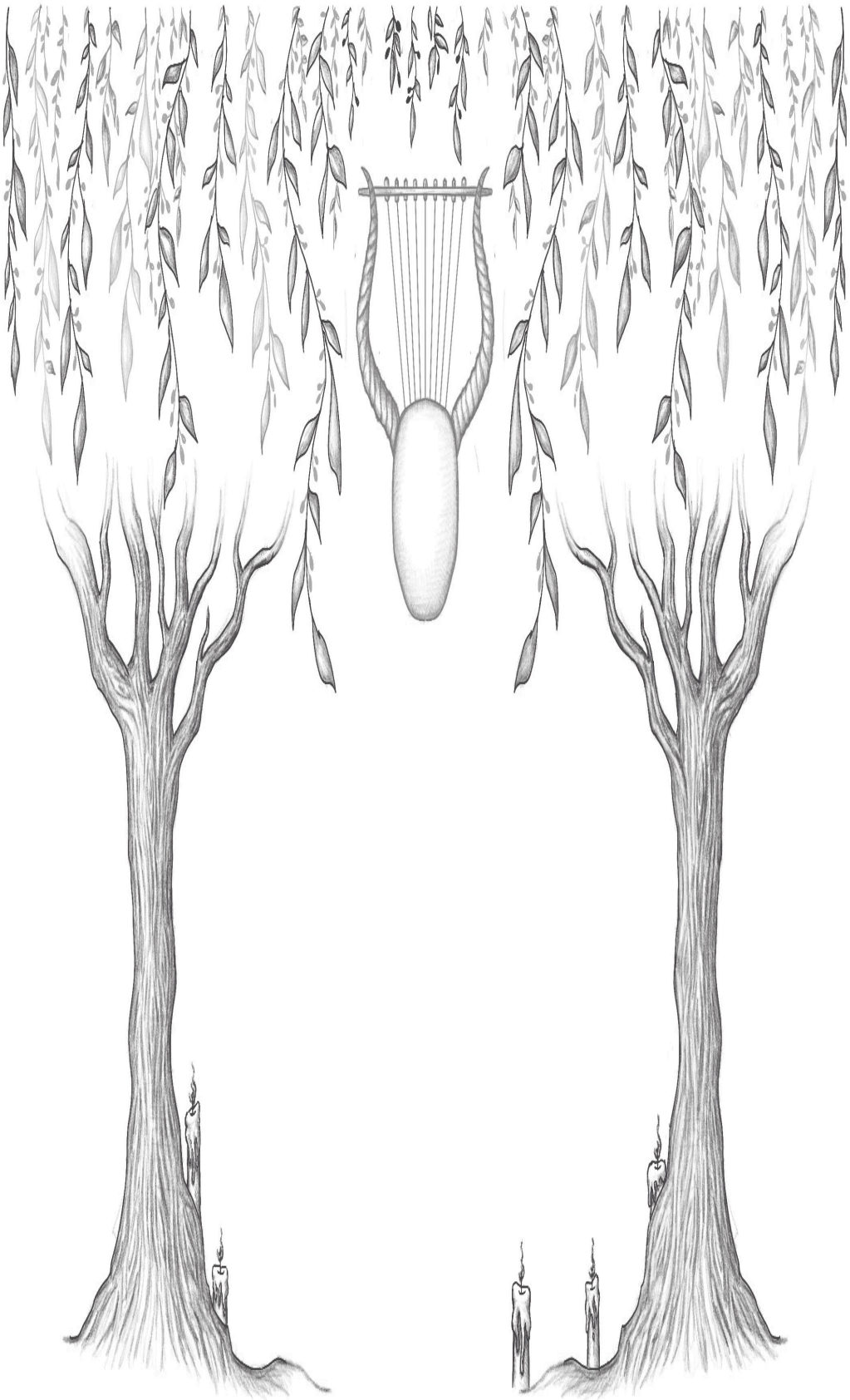
Los primeros rayos de sol alcanzaron el templete. Destellos de mármol. El Académico observó al animal y, a continuación, a Orfeo. El velo estaba inmóvil, casi de piedra.

—Acepto —dijo al fin.

Alzó la copa.

Orfeo hizo lo mismo. Cuando chocaron, tuvo una sensación amarga, más amarga de lo que había esperado. Otro trato cerrado.

—Entonces, venid. Os presentaré al resto.



2
ÁGAPE EN RUINAS

El banquete se celebraba en las ruinas de un templo escondido en lo más profundo del Bosque.

Los restos de las columnas trataban, con su último aliento, de alcanzar las estrellas. La hiedra ahogaba los capiteles y el musgo, los adoquines. Aun así, un eco de sagrado resonaba todavía en la piedra, en la sangre. Era un buen sitio para reunirse.

El Académico no sabía qué esperar. Se había tomado muchas molestias para estar allí, en aquel ágape concreto, aquel día en particular. Había recorrido islas y desiertos buscando los restos de la lira. Por su investigación, estaba dispuesto a hacer los esfuerzos que fueran necesarios.

Con todo, en aquel momento, las rodillas estuvieron a punto de fallarle.

El tiempo era extraño en el Bosque. Lo había notado nada más llegar. Recorría la floresta con sedosidad, miel derramada. La noche daba paso al día, por supuesto, pero este se enrollaba sobre sí mismo como un Ouroboros.

Lo importante era que estaba allí. Había conseguido una invitación del señor del Bosque, que, ya sentado a la cabeza de la mesa, lo miraba con aquellos ojos de ceniza. Orfeo.

En aquel momento, inclinó la cabeza. Una señal para que se acercara.

—¿Mi señor?

—Tomad asiento a mi vera. Así os haréis una idea más clara —ordenó con aquella voz de lana, densa pero amable.

Nada más ver a Orfeo, se había dado cuenta de que toda la documentación que había sobre él resultaba inexacta. El músico no era, en absoluto, como esperaba. Había imaginado un héroe. Áureo, fuerte, incluso férreo.

No era demasiado alto. Al menos, para los estándares de su tierra. Sin duda, imponía, pero era más esbelto que robusto. Sus rasgos hablaban

de mares en calma y nostalgia, no del hierro de las espadas. Debería haber supuesto que tendría ojos de poeta.

—Por supuesto, mi señor. Os lo agradezco.

Se acomodó en la silla e intentó no retorcerse las manos. Su tutor siempre decía que era una costumbre molesta y que denotaba pobreza de carácter.

Los invitados no tardaron en llegar. En silencio, sin avisos. Emergían de la oscuridad como sombras y, poco a poco, la luz de las velas los perfilaba. La primera fue una mujer ya entrada en años que se acercaba desde el este. Quitón negro, canas trenzadas alrededor de la cabeza. Cuando la luz de las velas la alcanzó, el Académico estuvo a punto de dar un salto hacia atrás.

Había visto muchas Maldiciones. La mayoría a través de tratados, cierto, pero también había hecho algo de trabajo de campo antes de aquello. Había presenciado castigos crueles, tormentos que parecían ideados por los demonios más pérfidos.

Ninguno como aquel.

La mujer tenía grilletes en las muñecas, los tobillos y el cuello. No eran grilletes al uso: estaban hechos de espino, por lo que se le clavaban en la piel. La sangre seca se confundía con la fresca. El dolor debía de ser insoportable, pero sus gestos no lo demostraban. Se movía con gracia, como si nada la perturbara. Pero aquello no era lo peor.

Lo peor era la sangre que manaba de la corona de espinos. En lugar de tenerla en la parte alta de la cabeza, le rodeaba la cara. Cubría ojos y sienes como una máscara.

—Buenas noches, Dama —la saludó Orfeo con una inclinación. La nariz recta y la mandíbula afilada teñían todos sus gestos de una suerte de elegancia.

—Buenas noches. —La Dama se sentó junto al Académico. No tenía ni idea de si era capaz de verlo o no. Sus ojos desaparecían en algún lugar entre las espinas—. A los viejos amigos y también a los nuevos.

Se obligó a tragar saliva y a responder a la cortesía.

—Buenas noches.

Antes de que pudiera pensar en algo más que decir, un ruido les llamó la atención.

—Ícaro —saludó Orfeo.

Al otro lado del recinto de ruinas, un joven se acercaba con expresión risueña. Saludó con la mano antes de llegar y la luz de las llamas hizo destellar los cabellos rojos.

—Buena noche, amigos.

La sonrisa hablaba de burla, de bromas pesadas y de sueños. Apenas era un muchacho y, aun así, como ocurría con todos los habitantes del Bosque, había algo en él que resultaba imponente.

—Buena noche.

—¡Menudo festín tenemos aquí! ¿Han sido las ninfas?

El Académico compartía su admiración. La mesa, aunque era larga, estaba decorada con opulencia. Había velas por todas partes, así como coronas de laureles y bayas que rodeaban los platos principales, servidos en grandes fuentes. La vajilla era de barro, pero el acabado de las filigranas denotaba un trabajo fino. Incluso habían colocado guirnaldas de hojas de espino.

—No creo que haya sido nuestro Orfeo. —La Dama lo dijo en tono de burla y el Académico temió que hubiera ofendido al señor del Bosque. Cuando miró hacia él, comprobó que su expresión seguía serena.

—Las ninfas han sido tan serviciales como siempre —se limitó a decir.

—¡Pues sí que se han esforzado esta vez! ¿Qué se celebra?

—Lo sabrás a su debido tiempo.

—¿Y quién es nuestro invitado? —El joven Ícaro aparentaba ser incapaz de estarse quieto.

—A su debido tiempo —repitió Orfeo.

—¿Nos presentaréis cuando lleguen los demás? —Lo miraba con expresión desconfiada.

—No tendréis que esperar mucho.

La voz llegó desde uno de los arcos. Todos se volvieron al tiempo que una silueta cobraba forma en la linde del claro. Se trataba de una mujer de cabellos dorados que vestía una túnica bordada con barcos y cisnes. Era hermosa, eso resultaba innegable. Sin embargo, lo que más llamó la atención del Académico fueron los regueros de lágrimas que le recorrían las mejillas. Su expresión no era afligida, por lo que creaban una disonancia extraña.

Debía de tratarse de su Maldición.

—La Leona —anunció Orfeo. El Académico se contuvo para no preguntar nada—. Bienvenida, amiga mía.

—Mi señor —saludó ella, con una inclinación de cabeza. Tenía una presencia fuerte, como si ocupara más espacio que los demás.

Tomó asiento con gracia y clavó los ojos en el Académico. Las lágrimas seguían cayendo.

—Solo falta… Ah, no. —Orfeo se interrumpió al pasar la mirada por el asiento que se encontraba junto al de Ícaro—. Estamos todos.

La última silla ya no estaba vacía. Un hombre había aparecido en ella, allí donde un momento antes solo había aire. Anciano y encorvado, resultaba difícil imaginar cómo se había movido tan rápido.

No dijo ni una palabra. Se limitó a continuar trabajando en el telar que había traído consigo y no despegó la mirada del tapiz. Parecía elaborar una escena marítima. Los dedos bailaban de hilo en hilo, daban forma a barcos y olas.

—Podemos empezar, entonces —sugirió la Dama.

Con los rasgos cincelados en piedra y los surcos de la edad excavados, el Académico no pudo evitar observar al recién llegado. A diferencia del resto de comensales, elegantes como reyes, llevaba la túnica hecha jirones, hasta un punto que hacía difícil reconocer si se trataba de una prenda o un conjunto de harapos.

Sabía que no se habían encontrado nunca y, aun así, le resultaba familiar.

Todos le resultaban familiares, como si hubiera visto sus retratos en los bordes difuminados de la memoria. Era difícil poner en palabras lo que tenían en común. Cierto aroma a historias, pudiera ser, a cuentos que se desvanecen.

—Ícaro, ¿haces los honores? —le pidió el señor del Bosque al joven.

Nadie se dirigió al Hombre Harapiento.

—Claro.

El muchacho sirvió el vino tras sacarlo de la crátera con un cucharón. El Académico rechazó el ofrecimiento y se sirvió agua. Aguardó al brindis para beber, pero este no llegó nunca. Cuando todo el mundo tuvo el vaso lleno, se echaron la bebida a la boca sin preámbulos, así que los imitó.

El vino tenía buen olor. A noche y a dulzura. Por lo que podía distinguir, le faltaban especias para el gusto de su tierra, pero no pensaba probarlo para asegurarse.

—¿Alguna novedad de la que queráis hacerme partícipe? —El tono de Orfeo fue solemne, como si pronunciara una línea de un ritual.

Excepto el Hombre Harapiento, que continuaba concentrado en el telar, todos negaron con la cabeza.

—¿Estáis seguros?

Ícaro se agitó en el asiento. Antes de que su señor preguntara por tercera vez, se sacó una pequeña bolsa de la túnica y alargó el brazo. La cicatriz que lo marcaba como Maldito quedó a la vista. Era la misma estrella de cuatro puntas que tenía Orfeo, solo que, en su caso, se encontraba en la parte interna del bíceps.

El Académico desconocía dónde se encontraban las marcas del resto de comensales. Permanecían ocultas, disfrazadas por la oscuridad y los ropajes. Por lo general, aparecían en lugares que tenían algo que ver con las Maldiciones.

—Solo las cogí porque es muy gracioso ver cómo las buscan. Pensaba devolvérselas —dijo Ícaro, sin mirar a su señor a los ojos.

Para sorpresa del Académico, el interior de la bolsa estaba lleno de nueces. Frutos simples sin ningún valor. Al principio, no entendía la gravedad del asunto. No hasta que vio uno abierto.

En el interior, donde otrora estuviera el fruto, había un palacio de oro. Era diminuto, del tamaño de un botón, pero se podían distinguir a la perfección las torretas, las almenas y el portón. Deseó cogerlo para observarlo mejor y poder hacer un diagrama. Por supuesto, se contuvo.

—Las ninfas nos ayudan, Ícaro, nos cuidan. —La voz de Orfeo era áspera, de arpillera—. Sabéis que aman sus árboles y sus frutos. Las dríades le tienen un cariño especial al Nogal Certero y a todas sus creaciones. Las devolveréis esta noche y les pediréis disculpas. —Hizo una pausa—. Pero no me refería a esta chiquillada. ¿Leona?

La interpelada se irguió.

—No hice daño a nadie. —Habló despacio, con cuidado.

—Lo sé. —El tono no indicaba que aquello le importara.

—Los faunos salieron a tiempo. Las ninfas también. —Las lágrimas que le recorrían las mejillas se volvieron ríos que excavaban en la

piedra.

La mirada de Orfeo seguía siendo dura.

—Si no sois capaz de…

—Puedo controlarlo. —La Leona lo interrumpió con vehemencia. Al momento siguiente, se dio cuenta de que le había faltado al respeto e inclinó la cabeza. Orfeo, sin alterarse, le hizo un gesto para indicarle que podía continuar—. Os lo aseguro. No necesito que me busquéis otro sitio ni que os preocupéis por mí. Fue un momento de debilidad.

El Académico sabía que se estaba perdiendo algo. La Dama, con sus grilletes de espinos, debió de notar su desconcierto. Se inclinó por detrás del asiento.

—Inundó el pequeño valle donde está encajado su palacio. Lloró un lago entero —susurró la anciana mientras se señalaba las mejillas para indicar las lágrimas eternas de la Leona.

—¿Un lago entero? —preguntó, un poco demasiado alto.

—Me limito a mostraros mi preocupación, aunque no la deseéis. —La voz de Orfeo retumbó. Le lanzó una mirada cortante al Académico y volvió a centrar su atención en la Leona—. Contadme qué ocurrió.

—Me dejé llevar por el pasado. Los recuerdos me abrumaron. —Se interrumpió a sí misma. La barbilla continuaba alta—. No volverá a pasar.

El Académico sabía mucho de aquello. La culpa era un animal hambriento. Devoraba pensamientos, emociones y percepciones. Cuando el corazón se aceleraba ante el peso de lo que no podía cambiar, las Maldiciones, como remordimientos que eran, se descontrolaban.

En una ocasión, había conocido a un hombre que llevaba cincuenta años atrapado en el tronco de un tejo. Aunque las puntiagudas hojas le hicieran heridas en la piel, jamás se movía. Decía que, al principio, podía utilizar los brazos y la parte superior del cuerpo, abrazar a sus hijos. No obstante, cuanto más intentaba liberarse, más lo asfixiaba el árbol. Con el tiempo, había pasado a evitar cualquier tipo de movimiento y había encontrado comodidad en contemplar el mundo desde su árbol, ajeno a todo.

La culpa podía disfrazarse de muchas cosas y, si uno se descuidaba, podía acabar llamando hogar a su Maldición.

El Académico pensó en intervenir, en demostrar sus conocimientos y ofrecer su ayuda. Trató de reunir el valor, pero no pudo.

—En ese caso, está todo dicho. No se volverá a repetir —resolvió Orfeo, aunque se le había instalado una pequeña arruga entre las cejas. Se aclaró la voz para dirigirse al resto de comensales—. Como habréis notado, hay un invitado más a nuestra mesa. Y, también como habréis notado, no es como nosotros. —El Académico no sabía a qué se refería. Muchas Maldiciones no eran visibles a simple vista, así que no tenían por qué notar ninguna ausencia en él. En aquel mismo cónclave, sin ir más lejos, no todas lo eran. Aunque sus cicatrices no estaban a la vista, las condenas de la Dama y la Leona eran evidentes, desde luego. La del Hombre Harapiento debía de tener algo que ver con aquel telar del que no levantaba la mirada. A las de Ícaro y Orfeo, por otra parte, solo las delataban las cicatrices. Y muy pocos sabían interpretarlas—. Mi nuevo amigo es un académico. Se dedica, según dice, a estudiar Maldiciones. Me ha solicitado salvoconducto en el Bosque y le he concedido cinco noches. Mientras esté aquí, ha pedido tener oportunidad de conversar con vosotros.

Las ruinas se llenaron de murmullos.

—¿Por qué?

—¿Conversar? ¿Para qué?

—¿Y vos habéis aceptado?

—No entiendo la necesidad de…

Orfeo levantó la mano. Muy despacio, sin pronunciar palabra. No hizo falta más, pues el gesto los acalló a todos. Después, inclinó la misma mano hacia el Académico. Lo invitaba a hablar.

Por suerte, estaba preparado. Había leído muchos tratados sobre cómo elaborar aquel tipo de discursos.

—No debéis alarmaros —dijo con un hilo de voz. Se obligó a carraspear y a continuar más alto—. No pretendo inmiscuirme ni convertiros en espectáculos de feria. Solo busco experiencias con las que enriquecer mi investigación. Os acompañaré en la medida en que lo permitáis y vosotros me contaréis hasta donde queráis contarme. Por supuesto, jamás publicaré vuestros nombres. Será un trabajo serio.

Orfeo y él sabían que aquello no era lo único que buscaba. Aún así, el músico no mostraba intención de revelar nada más sobre su trato, de

forma que él tampoco lo haría.

—¿Y por qué deberíamos conversar con vos en estos términos que planteáis? —preguntó la Leona, rápida.

—¿O contaros nada? —Ícaro se sumó.

—No pretendo… —El Académico alzó las manos.

—Porque yo os lo pido —intervino en aquel momento Orfeo—. Como súbditos del Bosque, acataréis mi mandato. Conversaréis con el Académico y responderéis a sus preguntas.

—Mi señor, no habláis en serio. —Fue la Dama quien intervino. No había animadversión en su voz. Más bien, auténtica incredulidad.

—Creo que merece la pena. —Al dirigirse a ella, el tono del señor del Bosque era muy distinto. Considerado.

Ambos se mantuvieron la mirada. Al menos, Orfeo lo hizo, anidándola en aquel entramado de espinas.

—¿De verdad?

—Podríamos aprender algo.

—Desde luego, alguien podría aprender algo —asintió la mujer con un tono que no supo interpretar. Guardó silencio unos instantes—. Bien, si ese es vuestro deseo, lo acepto.

—Lo es.

El Académico quiso decir algo, agradecerle que intercediera por él. No se atrevió delante de todo el mundo.

—¿A los demás vais a obligarnos? —preguntó la Leona.

Orfeo suspiró. Por primera vez, se lo veía cansado.

—Preferiría persuadiros.

—Quizá si nos cantarais alguna canción…

Aquella fue la primera vez que el Académico vio malicia en Ícaro. El chico debía saber que Orfeo ya no podía tocar música. Aunque aún fuera capaz de cantar, resultaba cruel pedírselo.

El señor del Bosque no se enfureció. Al menos, no de forma aparente. Con lentitud, se volvió hacia Ícaro.

—Una partida —dijo, como si todos supieran de qué hablaba—. Si consigues un lanzamiento de Afrodita antes que yo, escucharé tus argumentos.

El chico de cabello rojo sonrió de oreja a oreja, como si todo aquello fuera un juego y por fin hubieran llegado a la parte emocionante.

—¿Y luego una carrera de constelaciones? —preguntó con entusiasmo infantil. El Académico se dio cuenta de que no era más que un adolescente.

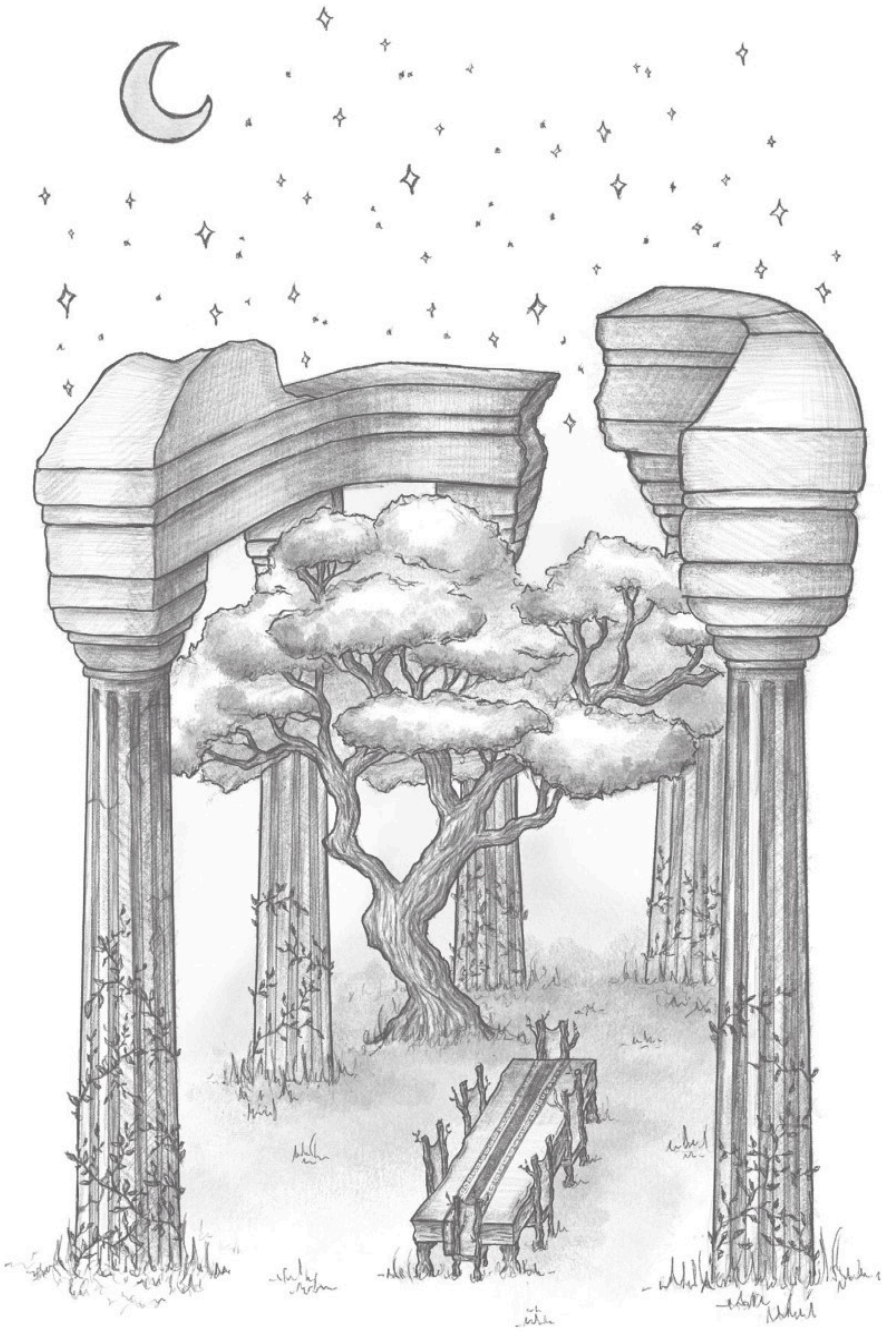
Él no tenía ni idea de qué era aquello, pero hizo sonreír a Orfeo.

—Vayamos por partes, amigo.

Dicho esto, el músico alzó un brazo y, al instante, un búho emergió de la espesura. Pasó por encima de la mesa y dejó caer tres dados. Cuando Ícaro los alzó, el erudito se dio cuenta de que, en lugar de barro, estaban hechos de obsidiana. Aun así, no se rompieron.

—Yo también participo. —La Leona extendió la mano para que le tendieran los dados.

Orfeo le permitió hacer el primer lanzamiento. Los tirabuzones dorados se agitaron cuando arrojó los dados contra la mesa. Obtuvo tres números dispares: cuatro, dos y cinco. Frunció el ceño al verlos, pero no dijo nada.



—Mi señora, mejor dejad a los expertos. —Ícaro se acercó con bravuconería, pero su tirada logró un resultado similar. Un seis y dos treses. Cerró el puño y se burló de su propia suerte—. En fin, los hados no han entendido que lo que necesitaba doble era el seis.

El Académico no estaba muy versado en juegos de taberna, pero recordaba a su padre apostando con los otros hombres del pueblo. Recordaba ser un niño y salir corriendo de casa, preocupado por su madre. No sabía cómo ayudarla, pero estaba seguro de que su padre tendría la solución. Recordaba asomarse a la ventana de la cantina, buscarlo.

Recordaba el sabor de la sangre en la boca.

El lanzamiento de Afrodita era un seis doble. Eso sí lo había aprendido rápido. A su padre solía costarle obtenerlo.

El señor del Bosque lanzó los dados, ajeno a la algarabía de sus invitados. Todos guardaron silencio.

—Dos, tres y cuatro —anunció Ícaro al ver los dados.

Orfeo asintió.

La escurridiza tirada se demoró durante un tiempo. La Leona no pronunciaba palabra, pero la arruga entre las cejas se marcaba más con cada lanzamiento. Ícaro soltaba pequeñas peroratas de protesta con cada fallo y Orfeo se limitaba a asentir sin variar la expresión. Solo hablaba para pedirle al joven que se calmara.

Al final, fue el señor del Bosque el que logró hacer bajar a Afrodita. El Académico sabía que no tenía ninguna razón para habérselo esperado, pero no le sorprendió.

—Podemos negociar lo de la carrera de constelaciones —dijo el músico, mientras le daba una palmada en el hombro a Ícaro. A pesar de haber perdido, el joven sonrió.

—Es imposible ganaros —comentó—. Tenéis demasiada suerte.

Orfeo meneó la cabeza. En sus ojos, un destello triste.

—Supongo que está todo dicho. —La Leona habló con una sequedad que hizo encogerse al erudito.

Todos guardaron silencio. El Hombre Harapiento seguía sin abrir la boca y la Dama tenía aquella media sonrisa perenne, así que la mujer se giró hacia el Académico.

—Bienvenido al Bosque —declaró, resignada. Le tendió la mano—. ¿Bailáis?

El hombre miró alrededor, desconcertado porque se dirigiera a él.

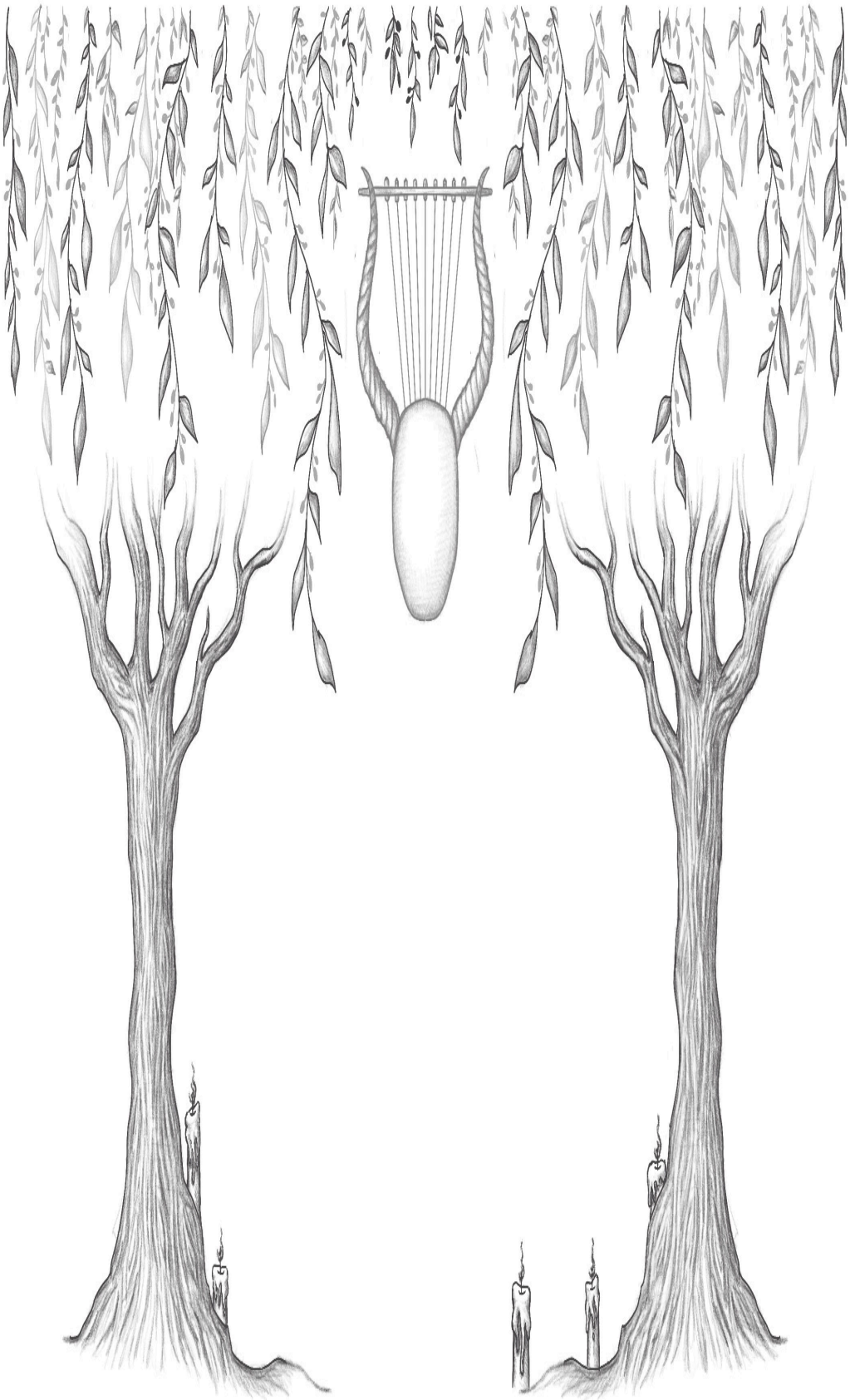
—No hay música —balbuceó.

Orfeo se acercó y le tomó la otra mano.

—Es mi Bosque. Siempre hay música.

Y era cierto. En los confines de las ruinas, figuras de viento y noche tocaban cuerdas que se difuminaban en el aire. La melodía era suave. El polvo de un susurro, la luz de una estrella que se apagaba. Tal vez llevaran tocando todo el tiempo.

El Académico aceptó la invitación. No sabía bailar, pero aquello no parecía tener importancia en aquel momento. Excepto el Hombre Harapiento, todos se unieron a las figuras de viento. La música aceleró, ardiendo mientras giraban y giraban. Las velas terminaron por consumirse y la noche los envolvió.



3
LAS FAUCES DE LA LEONA

Al alba, tras la noche del banquete, el Académico partió en busca del hogar de la Leona.

La fortuna quiso que, antes de abandonar la universidad, un colega de profesión le aconsejara llevar algunas alhajas en el zurrón. Para agasajar tanto a anfitriones como a sujetos de investigación, según dijo. En aquel momento, dada la animadversión que la doliente había mostrado la noche anterior, agradeció el collar de ágatas musgosas que había empaquetado.

Los senderos eran claros en aquella zona del Bosque, fáciles de seguir incluso para cosmopolitas como él. La luz de la mañana se colaba entre la maleza; encajes de hilo dorado y verde. En lo alto de los árboles, trinaban jilgueros.

El Académico caminaba con brío, espoleado por la perspectiva de empezar a trabajar. Se sentía optimista. Debía reconocer que la noche anterior se había amilanado, pues nunca había sido un hombre de fiestas y camarillas. Su hábitat eran los ambientes recogidos, el uno contra uno. Ahí era donde se sentía cómodo.

«Hay que ser capaz de sobrevivir en todo tipo de hábitats», solía decir uno de sus antiguos profesores.

Quizá tuviera razón, pero también había que distinguir entre sobrevivir y prosperar.

Las raíces y las rocas se le antojaban fáciles de esquivar. La maleza, sencilla de atravesar. Le dio la impresión de que no tardaba mucho en vislumbrar la primera cornisa.

El sol arrancaba destellos al palacio, cada vez más visible entre los árboles. Cuando por fin alcanzó el claro donde se emplazaba, cayó en la cuenta de que no iba a ser tan fácil acceder a él.

Al otro lado de un lago hecho de lágrimas, las puertas permanecían inaccesibles, sin puentes a la vista. A la manera de una joya, el edificio estaba recubierto de oro, todo filigranas y destellos. El reflejo áureo en

el agua era suave, inconcreto, una bruma propia de las tierras de los sueños.

Distinguió varias barcas atracadas cerca del palacio, pero ninguna en aquella orilla. Tras un rato de exploración, le quedó claro que solo había una opción.

Buscó por la linde del Bosque hasta encontrar una rama caída del tamaño adecuado. Tras partirla en varios pedazos, los ató con un cordel que llevaba en la túnica. Así, improvisó una pequeña embarcación para su zurrón, donde se encontraba el material de escritura que no podía permitir que se mojara. Una vez listo, se metió en el lago.

Desconocía la profundidad de aquellas aguas. Suponía que, si acababan de inundar el lugar, no serían todavía hogar de nada peligroso. Por suerte, era un nadador pasable.

Tal y como esperaba, no se presentó ningún obstáculo. Al menos, físico. De alguna forma que no era capaz de explicar, nadar en lágrimas era más complicado que nadar en otras aguas. La amargura tiraba hacia abajo, hacia el fondo.

Tuvo que luchar para que no lo arrastraran.

—Así que habéis venido. —La voz llegó desde las alturas.

En una de las ventanas superiores, el rostro de la Leona aparecía enmarcado. Una pintura en pan de oro. El Académico parpadeó, empapado. No era capaz de interpretar si el tono era de decepción o de dicha.

—Mi señora —saludó, con una inclinación de cabeza.

—Será mejor que entréis —dijo mientras meneaba la cabeza. Decepción, después de todo.

El Académico atravesó las puertas, se secó como pudo y se presentó ante la Leona. Lo primero que hizo fue sacar el collar del zurrón.

—Resalta vuestros ojos, mi señora —le dijo cuando se lo entregó—, y la magnificencia de vuestro palacio.

Aquello podría ser extralimitarse un poco. El castillo había sido magnífico, por supuesto, encajado en la maleza como una joya. Ahora, con varios niveles inundados por las lágrimas, la puerta principal era la entrada a la primera terraza que había quedado por encima del nivel del agua. Todo tenía un aspecto que rozaba la desolación.

La Leona sonrió, pero el gesto fue superficial. Sus ojos, del mismo tono que las ágatas, se mantuvieron distantes y tan inundados de lágrimas como siempre.

—Gracias, Académico. —Lo condujo hasta una de las salas de estar, situada junto a un balcón que permitía distinguir los árboles al otro lado del lago—. Tomad asiento. Poneos cómodo y descansad el cuerpo del viaje. ¿Puedo ofreceros algo para saciar el hambre y la sed?

—Un trago de agua servirá, gracias.

La Leona se la encargó a sus ayudantes. No había reparado en ellos antes porque estaban hechos de viento. Las siluetas, apenas ondulaciones de aire, se difuminaban con solo mirarlas.

—Bien, tengo entendido que queréis interrogarnos a todos —declaró la Leona, mientras dejaba el collar de ágatas sobre una mesilla, sin ninguna intención de probárselo.

Él tardó un instante en responder, ensimismado por los seres ventosos que le servían el vaso sin derramar ni una gota.

—Yo no lo llamaría interrogar, mi señora. Más bien conversar.

—¿Acerca de…?

—Vos. —Se armó de valor—. Quiero que me habléis sobre vos.

La Leona se inclinó un poco hacia delante y observó al erudito como quien analiza el corte de un diamante engarzado en el cuello de otro.

—No veo qué diferencia hay entre eso y un interrogatorio —comentó con desdén. Alzó una ceja, recta como una flecha. Desde los rizos de miel alrededor del rostro hasta los pliegues de la túnica, nada en su aspecto se dejaba al azar—. Sea como fuere, espero que os parezca bien acompañarme en lo que tengo preparado para el día de hoy.

—Por supuesto.

Trató de distinguir la cicatriz que la marcaba como Maldita, pero fue imposible. La estrella de bordes retorcidos no estaba a la vista. No debería sorprenderle.

Muchos Malditos consideraban la marca como algo deforme, grotesco. Es fácil ver fealdad en las diferencias, en aquello que te señala como extraño. La belleza no juega ningún papel en ello, pero la pertenencia y la similitud a menudo se disfrazan de hermosura. Cuando se cortan las raíces, la gente trata de ocultar los hachazos.

—Abrid las puertas —les indicó la Leona a los sirvientes.

Resultó que los planes de la señora del lugar implicaban una elección de vestuario para el próximo banquete. Antes de que el Académico se diera cuenta, había hecho pasar a una docena de ninfas y faunos, todos con sus mejores diseños. La sala se llenó de sedas, pedrería y útiles de costura. El collar quedó enterrado y olvidado.

Mientras dejaba que los sastres le mostraran sus creaciones, la mujer se paseaba de unos a otros con languidez, como si nada la impresionara. Era extraño, pues maravillas imposibles inundaban la estancia. Vestidos de rocío entretejidos con espuma de río, túnicas que se confundían con la luz del sol, faldas de alas de miles de insectos.

Los resultados eran tan excelentes que debían de llevar meses de trabajo.

—No está mal —declaró la Leona con indiferencia tras examinarlos todos sin decir palabra—, pero no sé si me satisface ninguno…

Todos los presentes murmuraron, inquietos. Aparentaban estar más temerosos que indignados. La señora del lugar no les hizo ningún caso y se tomó su tiempo. El Académico permaneció en silencio, sin saber muy bien cómo abordar la situación.

La Leona se volvió hacia él.

—¿Por qué no me ayudáis a elegir? —preguntó, con un tono que casi sonaba sincero—. ¿Cuál es vuestro favorito?

Se acercó, dubitativo. La Leona lo invitó a recorrer la sala y, poco a poco, examinó los trajes que habían confeccionado las ninfas y los faunos. Se detuvo ante un diseño en apariencia sencillo, de un blanco inmaculado. Al mirarlo de cerca, se distinguía un bordado en un blanco casi idéntico, que formaba patrones de laberintos y remolinos. El resultado era una textura exquisita, llamaba la atención del espectador incluso antes de que él mismo supiera por qué.

—Este se me antoja el más meritorio —le indicó a la mujer—. No busca ostentación, pero logra ser único.

Ella lo examinó con detenimiento y asintió.

—Creo que tenéis razón —. Hizo un gesto para que sus ayudantes se acercaran—. Es tan único y poco ostentoso que denota que la modista buscaba más lucir su técnica que engalanar a una reina. Lleváosla de aquí.

—¿Qué? No, no es eso lo que yo…

—No os preocupéis, Académico. —Antes de que pudiera decir nada, se dirigió a la sala y declaró—: Debéis esforzaros más. Por ello, para elegir al ganador, os enfrentaréis a una prueba en el Patio del Norte.

Los ayudantes de viento los condujeron hacia allí, mientras la Leona se recostaba sobre un diván al otro lado de la estancia. El Académico se acercó a ella.

—Eso no ha sido justo —espetó, sin poder contenerse. Por un momento, olvidó cómo sería percibido.

—Ah, ¿no?

—¿Acaso no lo sabéis ya? —Era consciente de que no debía dejarse llevar, pero comenzaba a sentir un sabor metálico en el fondo de la boca.

—Cuidado, Académico, podría olvidar que habéis sido útil.

El erudito respiró hondo.

—Si os he sido útil, podríais otorgarme algo a cambio. Vuestro verdadero nombre tal vez.

—Mi verdadero nombre, como vos lo llamáis, es un bien peligroso. En una ocasión, hizo zarpar mil barcos. Dicen que fue mi rostro, pero no es cierto. Lo único que ha importado siempre de mí ha sido el nombre. —Lo dijo con amargura.

—¿Por qué vuestro nombre?

Inclinó la copa vacía entre los dedos esbeltos, como si hubiera adquirido un repentino interés.

—¿Para qué sirve un nombre, Académico?

Lo pensó durante un instante.

—Para identificar a su portador, para darle una identidad.

—Quizá en el caso de los hombres. En el de las mujeres, sirve para marcar pertenencia. Perteneces al pueblo de tu padre. Luego, al de tu marido. —Hizo una mueca—. Prefiero que me llamen la Leona. Y a vos, ¿vuestro padre os dio el nombre de «Académico»?

—Eso resulta irrelevante, pero podéis llamarme así, sí. Mi persona carece de importancia y, me temo, también de interés —respondió mientras sacaba el cuaderno. Era como recitar un viejo salmo—. Lo lamento, pero debo tomar notas. Sé que puede resultar algo molesto.

La Leona lo estudió unos segundos, con aquellos ojos verdes y calculadores.

—Orfeo dijo que lo haríais. Dijo que había que permitíroslo.

—El señor del Bosque es muy amable.

Ella entornó la mirada.

—¿Qué hay entre vosotros?

El lápiz se detuvo un momento sobre el papel. El Académico se ruborizó.

—No comprendo la pregunta.

—Habéis dicho que vuestra persona carece de interés, pero entiendo de asuntos del corazón, mucho más que nadie en este lugar. —La mujer se recostó. El paso de una nube oscureció el oro de la estancia, el tono de la guarida de un dragón. A su alrededor, el agua murmuraba—. Y siempre resultan de lo más interesantes.

—Estoy seguro de que entendéis mucho del tema. —Evitó caer en la trampa como pudo—. Vuestra belleza sin duda es un símbolo de amor.

La Leona bufó.

—¡Menuda forma de decirlo! Más bien es un símbolo de traición, de superficialidad. La belleza de una esposa que engañó a su marido y huyó con otro hombre, lo que provocó una guerra sin precedentes.

Lo anotó en el cuaderno.

—¿Os veis así?

—¿Qué importa lo que yo vea? —La pregunta tenía bordes afilados.

El Académico la observó un instante. Por alguna razón, su voz sonaba distinta. Extraña.

Cayó en la cuenta al cabo de un momento. Por primera vez, había vulnerabilidad en ella. La Leona de verdad creía que su visión carecía de importancia. El Académico había leído muchos libros y debatido con mucha gente. Había visto falsas modestias y soberbias vestidas de humildades. Lo que nunca había visto era a alguien tan convencido de la nimiedad de su propia percepción.

—A mí me importa.

—¿Por qué?

—Porque a vos también. En el fondo, debe importaros. —No estaba convencido del todo, pero era un intento—. En el lugar del que viene el deseo de que os llamen Leona, debe importaros tener voz.

La mujer no contestó. Se la veía molesta, como si el Académico no fuera más que un rayo de sol que le incordiara en los ojos. En los

corredores de oro, no sería extraño.

No tenía sentido esperar a contrariarla más. Era mejor tirarse ya al lago. Metafóricamente, claro.

—¿Podríais hablarme de vuestra Maldición?

Era una pregunta peligrosa. Algunos Malditos se mostraban ansiosos por hablar de su Maldición, por expresar quejas de lo que sufrían cada día. Otros consideraban una ofensa admitir esas debilidades, que los obligaran a mirarlas y volverse hacia el pasado.

—No es la más terrible. Solo es molesta —contestó ella con sequedad.

—¿Las sentís? ¿Las ganas de llorar?

Aquel silencio duró más tiempo. Se colgó de los techos altos y esperó, paciente.

—Sabéis lo que hice —dijo la Leona al fin—. ¿Debería sentirlas?

El Académico no pensaba entrar a juzgar eso.

—¿Os referís a abandonar a vuestro esposo?

Ella no contestó. La mirada se le perdió en algún punto más allá de los ventanales.

—¿Sabéis que ya era una niña difícil? Lloraba tanto que tuvieron que enseñarme a contener las lágrimas por las malas. «Llorar es indigno», solía decir mi madre. «Un signo de un espíritu débil».

»Mis padres se pasaban el día discutiendo por mi culpa. Por mi belleza, por las expectativas que tenían de lo que podrían hacer con ella cuando creciera, pero también por mi rebeldía. Me gustaba luchar, correr, llevar la contraria. Eso, unido a mi linaje, atraía demasiadas miradas. Mis propios hermanos tuvieron que ponerse en peligro para rescatarme varias veces. Fui un tormento.

—Es una manera interesante de decirlo.

La Leona lo observó un momento. Con un gesto, indicó a sus sirvientes de viento que se acercaran y les dio instrucciones de sacar arcos y flechas de la armería. Mientras tanto, las ninfas y los faunos continuaban preparándose en el patio exterior.

—¿A qué os referís?

Decidió no contestar de inmediato. En lugar de eso, preguntó:

—¿Creéis que vuestra madre es el motivo de que hayáis sido maldecida con lágrimas eternas? —Echó un vistazo a sus notas—. Al fin

y al cabo, si sus enseñanzas os hicieron identificarlas como un tormento, tendría sentido que así fuera.

—Sus enseñanzas me hicieron identificarlas como algo deshonroso, y yo soy una mujer deshonrada. —En tono amenazante, añadió—: Os repito la pregunta: ¿a qué os referís con eso de que he escogido una manera interesante de decirlo?

El Académico se obligó a sostenerle la mirada.

—Decís que vuestros hermanos debían ponerse en peligro para protegeros, como si ser atacada fuera algo que hubierais escogido vos. ¿Qué hay de aquellos que atentaban contra vuestro bienestar?

—Por supuesto que sus acciones son suyas, pero ¿qué tiene eso que ver? Mi rostro es mío. Podría habérmelo guardado para mí misma, como vos. Ya desde bien pequeña conocía los riesgos que conllevaba. —Meneó la cabeza—. No se puede pedir al viento que no arrecie, pero uno puede elegir cobijarse de su furia.

El Académico apuntó aquellas palabras mientras trataba de no demostrar ninguna emoción.

—¿Eso es lo que creéis de veras?

La Leona se encogió de hombros.

—Lo creo. Fue lo que me enseñaron. —Por un momento, la reina desapareció. Solo quedaron la joven y las lágrimas—. Es lógico, además.

—Que algo sea lógico no quiere decir que sea cierto.

—Vuestra dialéctica de mercado no es bienvenida aquí, Académico. Me estoy empezando a cansar de vuestras preguntas. Quiero ver a mis sastres.

Sin dedicarle otra mirada, se dirigió al patio al que había enviado a los artesanos. Justo por encima del nivel del lago de lágrimas, un pequeño jardín albergaba arbustos y parterres de flores rodeados por senderos de oro. En aquel momento, estaba inundado de los tenderetes de los sastres, que habían dispuesto sus herramientas y diseños a punto para la competición. Con bancos cada pocos pasos, daba la impresión de ser un sitio pensado para la contemplación y la intimidad.

Por eso, el árbol que se erguía en el centro resultaba especialmente disonante. Era la secuoya más alta que el Académico había visto jamás. Coronaba el patio, cerniéndose sobre él como un ave rapaz. Sin raíces a la vista, las primeras ramas empezaban a salir una decena de metros

sobre el suelo. La copa era frondosa y, en ella, le dio la impresión de distinguir extraños destellos blanquecinos.

La Leona se dirigió a sus súbditos.

—Queridos amigos, las piezas que me habéis ofrecido son hermosas, pero yo quiero un vestido digno de una reina y, para ello, debe estar fabricado con humildad e inventiva, no solo con bellas telas. Por eso, mi deseo es que elaboréis una túnica de gala con los materiales que encontréis a la sombra de mi secuoya.

»Todo aquello que veis en este jardín está a vuestra disposición, incluyendo el instrumento de los reyes: el arco. —Indicó a sus sirvientes que repartieran las armas—. No temáis, los carcajes que los acompañan os proporcionarán flechas ilimitadas.

Adornó el discurso con una sonrisa radiante, una que no se reflejó en las expresiones afligidas de los sastres. El Académico casi podía ver el interior de sus cabezas, vacilantes mientras sopesaban sus opciones. Al principio, no entendía la utilidad del arco y las flechas, pero pronto se dio cuenta de que todos fijaban la vista en la copa de la secuoya.

Los destellos que había visto eran muy reales y tenían su origen en racimos de perlas y piedras preciosas que se acumulaban entre las hojas. Resultaba muy difícil distinguirlos desde allí. Tuvo que aguzar la vista. Sin duda, todos los artesanos deseaban incorporarlos en sus creaciones, pero, a tamaña altura, solo un arquero excepcional acertaría a alcanzarlos.

Si se negaban a aceptar el desafío, los faunos y las ninfas ofendían a la Leona. Si aceptaban, se humillaban a sí mismos al producir algo indigno de su propio arte.

—Les habéis dado una tarea imposible —comentó, sin poder evitar que algo de contrariedad volviera a filtrarse entre las palabras.

—Les he dado una tarea. Sus opciones de completarla con éxito son cosa suya. —Le dirigió una sonrisa distinta, una que podría haber sido cruel—. Fuisteis vos quien me hizo ver que debía recordarles el valor de la humildad.

El Académico prefirió no señalar que aquella no había sido su intención.

—¿Y ahora los castigáis a ellos por mis palabras?

—No los castigo. Soy una reina. El lujo y la devoción son mi derecho de nacimiento. ¿Sabéis que hay quien dice que me fui con mi amante por sus riquezas? —Lo dijo con cierto orgullo.

—¿Fue así?

—¿Qué importa?

El Académico detuvo la pluma.

—Importa. A todo el mundo le importa. El porqué es esencial.

—A todo el mundo le importa el porqué, pero nadie quiere saberlo. No de verdad. Quieren escoger el porqué que más les convenga y creer en él. La doncella en apuros, la mujer enamorada, la adúltera buscavidas —escupió las palabras como si fueran veneno—. Lo que puedan utilizar para respaldar un argumento o una visión. El misterio es lo que hace que sea una buena historia.

—¿Y eso queréis ser? ¿Una buena historia?

La Leona volvió la cabeza sin contestar. Se adentró en el patio con paso tenso, observando a los artesanos. A todas luces, consideraba que no le debía aquellas respuestas.

En silencio, caminaron por el borde norte del patio. Una ninfa había optado por fabricar un vestido con las puntas de las flechas que le proporcionaba el carcaj y, para coser, empleaba hebras de hierba. El Académico pensó que era una idea muy ingeniosa, pero la Leona no pareció impresionada.

—Espero que no desees herir a tu reina y te asegures de fabricar un forro para amortiguar los filos del metal —dijo con el ceño fruncido.

Mientras se alejaban, el erudito se atrevió a comentar:

—Estáis enojada.

—Sí. No voy a tolerar mediocridades en mi vestuario.

—No estáis enojada con ellos.

—Simuláis conocerme muy bien, Académico —dijo, haciéndose eco de las palabras de Orfeo de la noche anterior—. Y, aun así, juraría que nunca nos habíamos visto antes. ¿Qué os trae a mi casa en realidad? ¿Por qué habéis venido al Bosque?

—Ya os lo dijo el señor de estas tierras, mi señora. Mi trabajo es preguntar, investigar.

—¿Y quién os da el derecho? Orfeo, aunque sea el señor de este lugar Maldito, difícilmente se puede considerar el dueño de mi pasado.

Las lágrimas brillaban con la luz que se colaba entre los árboles, diminutas estrellas de apatía.

El Académico fue sincero.

—De donde yo vengo, creemos que la curiosidad es el mayor regalo y la mayor virtud del ser humano. La consideramos sagrada y toda acción que se emprenda en su nombre ha de ser respetada. Desde un niño que estudie cómo se mueven los cangrejos de río hasta un poeta que investigue el pasado de un reino para componer una epopeya. Estoy seguro de que vos misma habéis sentido esa llama en numerosas ocasiones: el deseo de entender, de conocer.

La Leona observó la copa de la secuoya con el ceño fruncido. El viento trinaba entre las ramas y las perlas.

—Yo siempre he sabido dónde estaba mi lugar. Esa curiosidad de la que habláis es un lujo, no un derecho. Un lujo reservado para unos pocos privilegiados entre los hombres. Un granjero no puede permitirse ser curioso si eso le lleva a actuar con temeridad. Podría perderlo todo. Una mujer, aún más.

El Académico tomó nota.

—Hay verdad en lo que decís, sabia señora, pero ¿no es cierto que todos nos arriesgamos a perderlo todo en cualquier momento? En eso consiste vivir —reflexionó, con la esperanza de que ella siguiera hablando en aquella tónica.

—Hay quienes viven con el riesgo más cerca. Es lo que permite alejarlo de aquellos que disfrutan de una existencia más protegida. Un error no pesa lo mismo en todas las balanzas.

—¿Creéis que, de haber sido un hombre, vuestros errores hubieran sido perdonados con mayor facilidad?

—No tengo que creer nada. Ya lo he vivido. Un hombre traiciona a un aliado y se fuga con su esposa. El aliado declara una guerra. Naves negras recorren el mar, sedientas de sangre. Ellos saquean, asaltan, desgarran. Y la culpa es de la mujer adúltera.

Al oír la rabia en su voz, el Académico vio un resquicio de claridad.

—Y eso se os antoja injusto, ¿cierto? Pero aun así estáis aquí, estáis Maldita. ¿No veis que no debería ser así?

—Yo no elegí mi Maldición, como no elegí mi rostro ni a mi familia. —El erudito tenía algunas teorías sobre aquello, pero decidió callárselas

—. Lo único que puedo elegir, y así ha sido siempre, son mis ropajes y mis joyas. Así que dejadme hacerlo.

Él se apartó. Había algo en su tono, algo que le recordaba a una niña indefensa. Por un momento, quiso abandonar la conversación.

Existían muchas teorías sobre la naturaleza de las Maldiciones, pero la mayoría de las modernas coincidían en que sus manifestaciones nunca eran azarosas. Si un hombre se sentía culpable por haber provocado un incendio por accidente, lo más probable era que su Maldición tuviera algo que ver con quemaduras o llamas.

Las lágrimas eran una manifestación de emoción y, si no se equivocaba, la Leona se sentía culpable por sentir.

—Por supuesto, mi señora.

Los sastres continuaban trabajando sin descanso. Mirara donde mirara, allí estaban, afanados en encontrar recursos desaprovechados. Junto a uno de los parterres estalló una pelea entre una ninfa y un fauno. Ambos querían conseguir la misma flor de pétalos irisados.

Se volvió hacia la Leona, que tenía los brazos cruzados con fuerza sobre el cuerpo. Parecía a punto de intervenir, pero, por alguna razón, se contenía. El Académico observó, atento a cualquier reacción.

La pelea se encarnizaba.

—¡Deteneos! —bramó al fin la mujer, justo al tiempo que la ninfa alzaba una de las flechas para clavársela al fauno en la garganta—. La violencia no será tolerada en el palacio de vuestra señora.

Ambos contendientes obedecieron a regañadientes. Se apartaron entre resoplidos y miradas desairadas. Al enfrentar la expresión indignada de la dueña del castillo bajaron la cabeza, avergonzados.

—Vuestra integridad me es indiferente —anunció—. Pero no quiero manchas de sangre en mis dominios.

Dicho esto, continuó su paseo por los alrededores de la secuoya.

—¿Os es indiferente? ¿No os importa que se hagan daño?

—Si deciden hacérselo, no es asunto mío.

—¡Pero pelean por vos!

La Leona asintió.

—Sonabais muy convencido de mi inocencia cuando llegasteis, de que el mundo había sido injusto conmigo. Sin embargo, mirad vuestra

indignación. Vuestro enfado, incluso. Tan similar al de tantos otros. Diría que por fin empezáis a comprender.

Sonaba satisfecha, como si la revelación de su propia perfidia hubiera sido el objetivo desde el principio. El Académico repasó sus notas.

—¿Creéis que esto es comparable a lo que sucedió con vuestro matrimonio? —preguntó en tono calmado.

—¿Creéis vos que no lo es?

—Vos misma lo habéis dicho. Vuestro amante cometió el agravio. Vuestro esposo declaró la guerra. Los hombres se mataron entre sí.

—Asesinaron en mi nombre. Murieron en mi nombre. Y yo tomé la decisión que lo puso todo en marcha. Podría haber tomado una distinta.

—¿Fue decisión vuestra, entonces?

—Soy una reina. Tengo súbditos, guardianes. Incluso si creéis que fue un ataque, podría haberme protegido más, ¿cierto? —increpó la Leona. Por mucho que luchara por aparentar frialdad, el caudal de las lágrimas parecía aumentar.

—Eso nunca funciona así. Nunca es culpa de la víctima por no protegerse, sino del mundo por ponerla en peligro.

Habló con sinceridad, mas intuía que era inútil. Comenzaba a darse cuenta de una realidad en la que no había reparado antes. Había quien prefería convencerse de ser la manzana podrida en un jardín sano antes que admitir que el jardín se había echado a perder.

—¿Y si los ataques venían de mi marido? ¿Cambia eso algo? —sugirió ella. Antes de que el Académico pudiera responder, continuó—. ¿Y si no hubo violencia? ¿Y si las decisiones las tomé yo?

—Ya os lo he preguntado. ¿Por qué las tomasteis?

Todo se reducía a aquello. Por qué la Leona había huido con su amante. Por qué, a sabiendas de que su marido se volvería loco de ira y llamaría a sus aliados a la guerra, había elegido aquel camino.

Quizá no lo hubiera calculado bien. O quizá lo hubiera calculado a la perfección. No podía saberlo.

—Ese secreto es mío. De nadie más —declaró ella con fiereza—. Lo guardo bien cerca, junto al corazón. Una de las pocas cosas que no podrán quitarme, ni siquiera cuando mi cuerpo se haya convertido en alimento para los gusanos.

—Y lo respeto, mi señora. Estáis en vuestro derecho de guardarlo, incluso aunque os lastre. Pero, si es así, tal vez queráis no hacerlo.

—¿De qué habláis, Académico?

—Ese secreto os pesa, os hace veros como alguien mezquino y déspota. Estáis aquí, en el Bosque, llorando por todos aquellos que sufrieron por aquella traición.



—Estoy cumpliendo mi justo castigo —dijo ella con la barbilla alzada. Nunca le había recordado tanto a una hija de Zeus.

—No creo que eso sea así —murmuró el Académico.

A su lado, una flecha silbó mientras atravesaba el aire en dirección al árbol. Se clavó en el tronco, a pocos metros de una de las ramas. El fauno que la había disparado soltó un juramento.

—¿Intentan alcanzar las perlas? —preguntó el Académico—. Están demasiado altas, ¿verdad?

No sabía mucho de arquería, pero se le antojaba muy difícil acertar en algo tan diminuto a una distancia tan grande. Por no hablar de sortear el resto de hojas y ramas.

Sin duda, a los sastres les estaba resultando imposible.

—Les he dado todo lo que necesitan —se limitó a contestar la Leona.

Otro de los faunos tejía un vestido de hebras de hierba. Al principio, se asemejaba a una cota de malla, pero las sucesivas combinaciones de hebras formaban un recamado tan denso que cada vez se acercaba más a la apariencia de la seda.

Una pareja de ninfas, en lugar de contentarse con los recursos que tenía a ras de suelo, decidió encaminarse a trepar el árbol. Cuando la más alta aupó a la otra, le dio impulso para que saltara y se agarrara a las rugosidades de la corteza. Para sorpresa de ambas, y del Académico, no había ninguna.

Lo que habían interpretado como los recovecos y huellas propios del tronco de una secuoya, resultaban ser, en realidad, dibujos. Patrones de sombras y luces que imitaban la madera virgen. Un trampantojo que camuflaba la superficie, lisa como un mármol.

Cada vez tenía menos claro que aquello fuera un árbol vivo.

—Decís que estáis cumpliendo un castigo —comentó, decidido a retomar de nuevo la conversación mientras caminaban entre los artesanos—. ¿Impuesto por quién? ¿Los dioses?

La Leona asintió.

—Pero la verdad es que poco importa —añadió—. El juez carece de importancia cuando la penitencia es justa.

—¿Y si la jueza fueseis vos misma?

Al pasar junto a un fauno que intentaba con torpeza sostener un arco y una flecha al mismo tiempo, la Leona se detuvo a colocarle bien los brazos. Lo hizo con naturalidad, como si se hubiera pasado la vida en campos de entrenamiento militar.

—Como ya he dicho, eso carece de importancia.

—¿Os castigaríais igual?

—Veo que, además de la curiosidad, en vuestro pueblo también consideráis sagrada la literalidad —dijo con una media sonrisa.

—Solo quiero saber lo que pensáis, mi señora.

—Sí, eso me ha quedado claro. —Detuvo su marcha junto a un pequeño fauno que estaba utilizando el carcaj para recoger la neblina que se había instalado sobre el valle—. Interesante. ¿Qué piensas hacer con eso?

La criatura se mostró aturullada al ver que su reina se dirigía a él e hizo tres reverencias.

—Una túnica, mi señora. Una que hable de cielos y tormentas, a la altura de una reina.

La Leona asintió. En su expresión, se entreveía cierta satisfacción.

—Dime, Académico, ¿no habéis vivido cosas de las que os sepáis responsable?

El olor de las rosas lo hizo estremecerse, aunque solo estaba hecho de recuerdos. Rosas mezcladas con orines, con vísceras en descomposición, con sangre. La sangre de su hermano menor, corriendo río abajo.

—Por supuesto —se obligó a responder.

—¿Y por qué tenéis un problema con las mías?

—Porque no sois responsable. —Debía centrarse. Tenía una tarea—. Podéis compartir una parte de la responsabilidad, pero actuáis como si hubieseis masacrado a un montón de hombres vos misma. ¿Creéis que vuestro esposo se sintió culpable? ¿Vuestro amante?

—No puedo saber lo que había en sus corazones. Podrían estar solo colmados de orgullo herido y sed de sangre, como insinuáis. Podrían contener algo más.

—¿Había sed de sangre en el vuestro?

—Por supuesto que no.

—¿Y no tiene eso importancia?

La Leona observó a sus súbditos, que se dejaban la piel por su arte en aquel patio sombrío.

—Nunca he creído que la tuviera —dijo en un susurro, como si no quisiera hacerse oír por encima de las flechas que volaban hacia el árbol.

Por un momento, le dio la impresión de que las lágrimas dejaban de brotar.

—Ese es el problema —asintió el Académico—. Sois fuerte, mi señora. Y os creéis justa. Es de fuertes y justos ser conscientes de los errores propios, de sus consecuencias. Sufrir por ellos lo es. Pero, en mi humilde opinión, ese sufrimiento debe tener límites acordes a la intencionalidad del crimen cometido.

La Leona no contestó. En su lugar, alzó la voz para anunciar:

—Artesanos, vuestro tiempo acabará cuando la sombra de la secuoya alcance el palacio.

Aquello organizó un buen revuelo, pues apenas quedaban unas decenas de centímetros para dicho momento. A la velocidad a la que descendía aquel sol, eso significaba alrededor de una hora. A lo sumo.

Por suerte, las ninfas y los faunos trabajaban con agilidad, acostumbrados a moverse entre la realidad y la ensoñación. La mayoría ya había preparado los materiales y los diseños estaban bastante avanzados. No faltaba mucho hasta que estuvieran listos para los ojos de la reina.

Ninguno había alcanzado las perlas, pero hubo quien continuó intentándolo hasta el último momento. Las flechas llovían, incansables y decididas. Nunca certeras. Al final, la Leona puso en fila a sus súbditos.

Los atuendos creados eran únicos. Algunos, incluso exquisitos. Había túnicas de flores con mangas acampanadas, que sin duda harían que su portadora aparentara ser la mismísima primavera. Vestidos de hierba convertida en seda, resbaladizos como cascadas de agua en medio del Bosque. Conjuntos con capas y capuchas hechas de puntas de flechas, donde el cuero del carcaj servía de corsé y que podrían estar destinados a una diosa de la guerra.

Ninguno de ellos impresionó a la Leona.

En su lugar, se detuvo frente a un diseño sencillo hecho con una combinación de flores blancas. La ninfa tenía la frente perlada de sudor mientras su señora estudiaba la prenda con detenimiento.

—Le falta algo —anunció al fin, cortante.

—Mi señora, se han esforzado mucho —intervino el Académico.

Los ojos anegados en lágrimas se clavaron en él. Esta vez, tan carentes de desprecio como de la falsa amabilidad del principio.

—Lo sé. Y atesoro ese esfuerzo como un regalo de un buen amigo. —Se dirigía a los artesanos—. Es solo que me gustaría aportar algo yo misma.

Tras esa declaración, agarró uno de los arcos y, con movimientos elegantes, apuntó hacia la copa del árbol.

La flecha salió disparada con tanta potencia que provocó una lluvia de perlas.

La Leona bajó el arco y trabó la mirada con el Académico.

—No puedo daros lo que queréis. Tenéis buenas intenciones, pero no puedo creerme lo que pregonáis. —A juzgar por su tono, lo lamentaba de veras—. Pero puedo daros mi nombre, si prometéis no difundirlo.

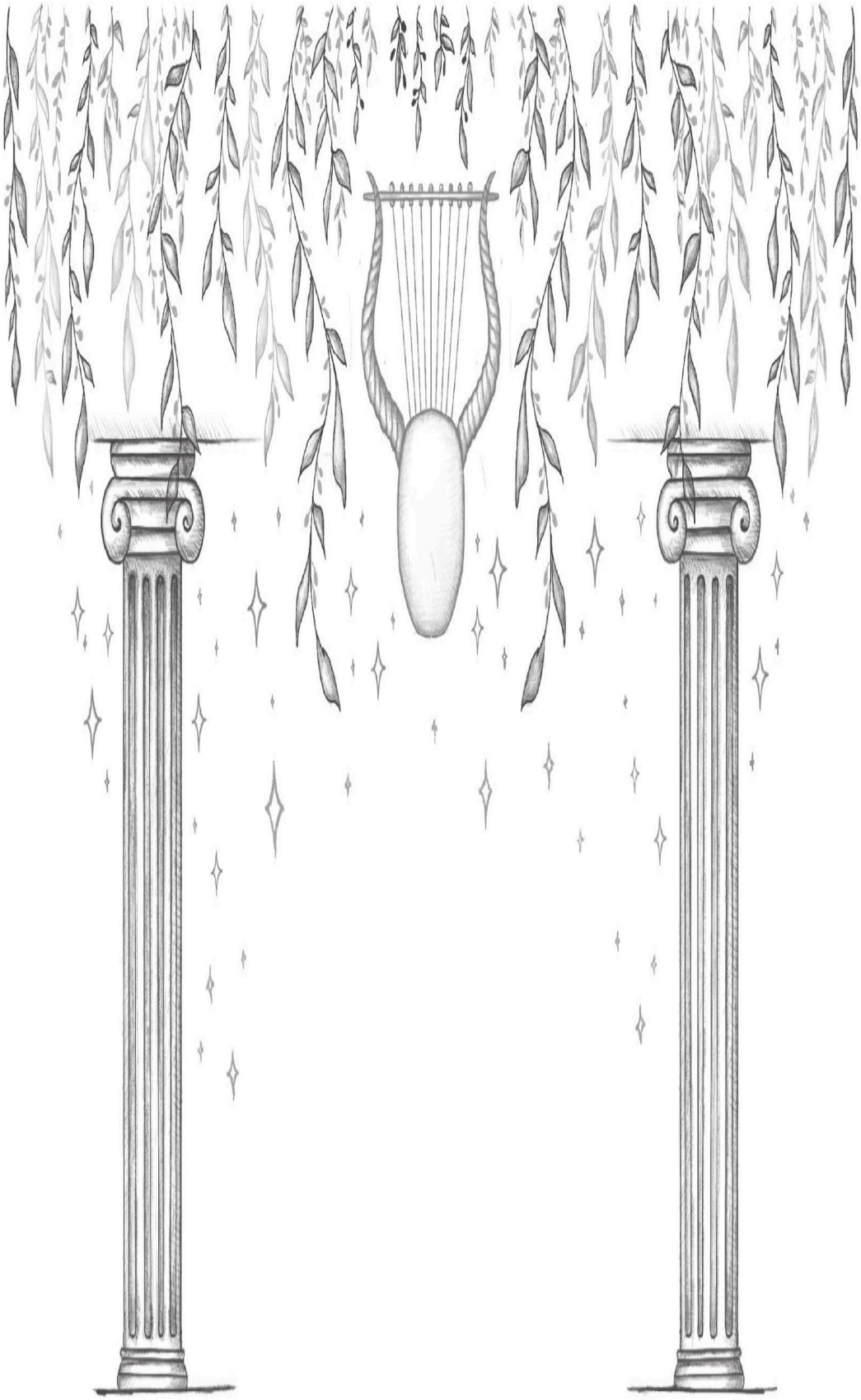
El erudito asintió con vehemencia.

—Me llamo Helena. Antes de que me preguntéis: ni de Troya ni de Esparta. Solo Helena.

Le tendió la mano. El Académico se la estrechó.

—Encantado de conoceros, Helena.

Mientras el centenar de perlas destellaban sobre el patio, no pudo evitar preguntarse si la flecha que había alcanzado a Aquiles, la que había marcado el principio del fin, había salido realmente del arco de Paris.



4
NOCHE DE ABEDUL

La primera noche tras el banquete, la segunda del acuerdo, Orfeo esperó al Académico a la orilla del río.

Lo oyó acercarse silbando, una costumbre de la que él no era partícipe pero que le recordaba a su hogar. Su nodriza solía silbar mientras trabajaba.

Hacía años que no pensaba en ella y en sus canciones. Eran simples tonadillas populares, apenas combinaciones de notas. Sin embargo, siempre lograban animarlo.

La melodía que silbaba el Académico no era tan alegre. Había un toque melancólico en ella, de nostalgia del desierto y el viento entre las dunas. Armonizaba bien con las estrellas sobre el Bosque, que eran iguales en todas partes.

—Buenas noches, Académico —dijo sin volverse. El silbido se detuvo.

—Buenas noches, mi señor —saludó con timidez, como si lo hubiera pillado desprevenido a pesar de ser él quien se acercaba.

Orfeo se dio la vuelta y le dedicó una de sus sonrisas más encantadoras. Como aún llevaba el velo, no pudo ver si surtía efecto. La cierva iba con él. Se la veía aún más pequeña a su lado, aunque mantenía una distancia de un par de metros. No le extrañó, ya que siempre rehuía como la peste a todo el mundo. El músico era el único ser humano al que toleraba.

—Bien hecho —la halagó cuando caminó hacia él. En respuesta, recibió una agitación de las alas y una mirada de condescendencia que parecía decir «No seáis paternalista».

—Ha sido una gran guía —comentó el Académico—. Apenas he tenido que correr un par de veces.

Orfeo le echó una mirada interrogativa. La cierva se limitó a acicalarse las patas.

—Estoy seguro de que tendrá más paciencia la próxima vez —dijo, recalcando las palabras para que se diera por aludida.

El erudito le quitó importancia con un gesto.

—Llevo todo el día queriendo preguntaros esto: ¿cómo se llama?

Orfeo ladeó la cabeza.

—Bueno, yo la llamo cierva.

—¿No tiene nombre?

La interpelada se dio la vuelta y se alejó entre los árboles. Ya se había cansado de los hombres.

—Si tiene otro, no me lo ha dicho. —El músico se encogió de hombros.

—Oh, entiendo.

—¿Venís con apetito?

El Académico asintió, así que lo invitó a caminar a su lado hasta el lugar del ágape, ya preparado. En medio de un claro, un tronco de árbol partido a la mitad hacía las veces de mesa. Dos sillas de ramas y esquejes aguardaban a ambos lados.

La comida, colocada sobre la superficie del corte, tenía buen aspecto. Carne con un brillo jugoso, bayas y una crátera de vino junto a una jarra de agua. Para que no tuvieran que depender solo de la luz de la luna, había velas por todas partes.

—Qué mesa tan bonita —comentó el Académico, siempre amable.

—Es cosa de las dríades. Les gusta ayudar —explicó—. Son viejas amigas.

—¿Son vuestras sirvientas?

Orfeo meneó la cabeza.

—No tengo sirvientes aquí. No los necesito. Los Malditos son mis súbditos solo en el sentido de que yo soy el señor del Bosque. No me desafían, pero tampoco me sirven.

—¿Y vuestra casa? ¿Y el templete de anoche?

—Los construí yo mismo. —Ante el asombro del Académico, sonrió —. No os sorprendáis, sé hacer algo más que música.

—Claro, sí. —Bajó la cabeza—. Es solo que pensaba que, con un talento como el vuestro, habríais dedicado todo vuestro tiempo a la lira.

—Una suposición muy común, pero algo simplista —respondió Orfeo, sin acritud. Se recostó hacia atrás con desparpajo—. Amo la música, pero no es ni mi único amor ni mi única dedicación. La gente tiende a creer que, cuando eres bueno en algo, solo debes invertir tu tiempo en eso. Yo no estoy de acuerdo.

—¿Así que también os gusta la carpintería?

—La carpintería, la arquitectura, las buenas conversaciones… —Por un momento, su mirada se perdió más allá de los árboles—. Solía gustarme vivir, en general. Es difícil hacer arte si no es así.

El Académico se quedó en silencio durante unos momentos. El gesto le llamó la atención. Le agradaba cómo se detenía a pensar, como si nadara en las palabras del interlocutor.

—¿A qué os referís? —preguntó al fin.

Aunque había sido un joven hablador, hacía años que Orfeo se había vuelto parco en palabras. El Bosque lo había tallado en soledad y comentarios mordaces. Con todo, se encontró a sí mismo deseoso de explicarse.

—El arte es una expresión de la vida, una interpretación. Es difícil hacerlo si no vives todas las facetas que puedas.

El Académico volvió a sopesarlo.

—¿Sabéis qué? Nunca lo había pensado —dijo de pronto.

A su pesar, Orfeo sonrió. Ojalá pudiera saber si, bajo el velo, el otro hombre hacía lo mismo.

—¿No sucede también con el mundo académico?

—No sabría deciros… Algunos de mis colegas son de esa opinión. Yo me inclino más por no contaminar el estudio, me mantengo en los márgenes.

—Sí, eso me habéis comentado. Debe de ser una existencia solitaria. —Al decirlo, el músico se dio cuenta de lo irónico que era que él hiciera aquel comentario. Solo, Maldito y aislado en un Bosque perdido.

La amabilidad del Académico debió de impedirle señalarlo, porque no dijo nada. Orfeo comenzaba a encontrar sus silencios casi tan interesantes como su voz.

—En realidad, solo a veces. Conozco a mucha gente fascinante. Incluso aunque me mantenga a distancia, creo que un pedacito de ellos siempre se queda conmigo. —Había candidez en sus palabras, un pequeño destello que contrastaba con su figura grande y fornida.

—Sonáis como un poeta —se burló el músico.

El Académico rio.

—Tal vez no sea tan distinto. Al final, ambos estamos interesados en la naturaleza humana. Lo único que cambia es el enfoque.

Un gorjeo emergió de un abedul cercano, donde un pinzón emitía las tres notas a las que Orfeo ya estaba tan acostumbrado. Había muchos en el Bosque.

—Tal vez. Pero hay otra diferencia fundamental. Los académicos creéis que podéis comprender por completo la naturaleza humana. Los poetas sabemos que eso es imposible.

—¿Imposible? ¿Dónde está vuestra ambición?

Aquello lo hizo reír a él. Soltó una carcajada auténtica, con los dientes al descubierto.

—Ya me habéis distraído demasiado —resolvió mientras se enderezaba—. Acordamos compartir los logros del día y yo he cazado este venado que las ninfas han dispuesto para la cena. Ahora, comeremos y me contaréis vuestra jornada.

—¿Son esas vuestras órdenes? —preguntó el otro hombre.

—Lo son.

Aunque lo había dicho como invitación, quería que el Académico fuera consciente del trato al que habían llegado y las expectativas que conllevaba.

—He visitado a la Leona —informó sin alegría.

El músico asintió y, mientras servía el venado, escuchó con paciencia. No suponía ningún martirio, pues la voz del Académico seguía siendo melosa y envolvente. El tono le daba consistencia a las palabras, textura.

Hizo algunas preguntas, pero, en general, lo dejó contar los acontecimientos del día a su elección. Cuando terminó, los platos ya estaban llenos y tanto el vino como el agua estaban servidos. Se echó hacia atrás en el asiento.

—¿Habéis logrado algo, pues?

El Académico dio un trago al agua.

—¿La verdad? No, creo que no.

Se lo veía tan abatido, con los grandes hombros hundidos bajo el manto, que no pudo evitar compadecerse. Le tendió el cucharón.

—¿Vino?

Se encogió de hombros.

—Hoy me vendría bien un pequeño trago.

Orfeo se lo sirvió y lo miró a los ojos. O a donde intuía que estarían los ojos tras el velo.

—Una conversación siempre da frutos, incluso aunque estos sean darnos cuenta de que estábamos equivocados —le dijo mientras un lúgano se unía al canto del pinzón.

El Académico se subió el velo lo justo para beber un trago y comer. Llevaba un pequeño enganche para mantenerlo en su sitio y que no le estorbara.

—¿A qué os referís?

—Creíais que podíais curar a los Malditos y ahora sabéis que no es tan fácil.

—Eso no me preocupa. Siempre he sido consciente de que no es una tarea sencilla. —Las palabras brotaron vehementes, casi con indignación—. Haré lo que he dicho que haría.

—Ni siquiera habéis llevado a cabo ningún ritual —intentó razonar con su terquedad—. Por lo que me contáis, solo habéis hablado con ella. Eso sí, tengo que decir que estoy impresionado de que la conversación haya sido tan extensa. La Leona no es mujer de muchas palabras.

—Ese es mi ritual —respondió él. Sonaba frustrado.

—¿Hablar?

—Exacto.

Orfeo lo consideró mientras le daba un bocado a la carne.

—No suena muy efectivo. En cuanto a rituales se refiere, los he visto más impresionantes —apuntó.

—¡Es el único efectivo! —exclamó su invitado. Cuando se alteraba, parecía aún más corpulento—. Las pruebas y los estudios lo demuestran. Comprender algo es la única manera de vencerlo. Y conversar con un Maldito es la única manera de llegar a la comprensión. Creo que la Leona estaba a punto de hacerlo, pero el día llegó a su fin.

—Así que ahora la culpa es del sol por haberos impuesto unos límites de tiempo.

El Académico dejó de masticar.

—No he querido decir eso, mi señor. —Por un momento, volvía a ser consciente de con quién hablaba—. Lo lamento.

—Los lamentos no me sirven de nada. —Orfeo le dio otro trago al vino—. Lo que quiero es que me respondáis a una pregunta.

—Por supuesto.

—¿De verdad creéis que comprender algo os capacita para vencerlo?

—Desde luego. Es en lo que se basa todo el pensamiento de mis pares.

El músico alzó la copa.

—Yo puedo comprender muy bien por qué me ataca un oso, pero eso no me da las facultades para vencerlo.

—Lo hace si, además de sus razones, comprendéis la anatomía del oso, sus comportamientos, sus flaquezas. Quizá la victoria no esté garantizada, pero sí más a vuestro alcance.

Orfeo lo consideró.

—Harían falta mil vidas para lograr ese nivel de entendimiento de todo aquello que pueda hacernos daño.

—Eso es cierto. Por eso los académicos trabajamos en comunidad. Compartimos datos de nuestros estudios en tratados y seminarios. Mil vidas no son tantas si todo queda por escrito. El conocimiento se construye sobre el conocimiento.

»Además, hay un enemigo fundamental al que deberíamos comprender antes que a ningún otro y que mucha gente pasa por alto: nosotros mismos.

El músico meneó la cabeza, sin poder evitar sonreír. En el límite del claro, un sinsonte trinaba entre flores de lavanda.

—Ahora sonáis más como un vendehúmos que como un poeta. Palabras bonitas, mas no demasiado fondo.

—Os equivocáis, mi señor —contradijo, de nuevo envalentonado. Quizá fuera el vino. Orfeo trató de no burlarse—. Puede que suene a falsa profundidad, pero es totalmente técnico. Muchas personas ni siquiera saben por qué llevan a cabo la mayoría de sus acciones, no digamos ya la razón detrás de lo que piensan y sienten.

«¿Por qué se dio la vuelta Orfeo?».

De nuevo, las voces. De nuevo, la pregunta. Había aprendido a ignorarlas en cierta medida, a escuchar las palabras de forma independiente, sin darles un significado. No podía dárselo, pues entonces pensaría en la pregunta, en la respuesta.

No podía volver a aquel momento. Ni una sola vez había sido capaz. El dolor no era dolor, era abismo. Impensable.

—Esa es la belleza del ser humano, ¿verdad? Su inefabilidad —dijo con ligereza, más por rellenar el silencio que por ninguna otra razón.

Sabía que el Académico quería una réplica.

Y así era, porque se aferró a ella para seguir disertando sobre las bondades de la comprensión y el autoconocimiento. Orfeo lo escuchó cuanto pudo, dividido entre el ancla que suponía la belleza de su voz y la tempestad de la pregunta, que amenazaba con arrancarlo del suelo.

Como siempre sucedía, le llevó un rato acallar los pensamientos. Por lo general, podía enmascarar las espirales de su mente, pero el Académico las percibió.

—¿Os encontráis bien?

¿Por qué tenía que ser tan observador? ¿Por qué lo preguntaba con tanta delicadeza?

—Desde luego —contestó mientras se enderezaba. Necesitó de todo el temple que había aprendido en los escenarios para sonreír—. Hace una noche estupenda.

El Académico no dijo nada, pero le sirvió un vaso de agua.

Cuando el ágape llegó a su fin, Orfeo les pidió a las dríades que trajeran lo que había preparado. Como rara vez se dejaban ver, no le extrañó que, mientras parpadeaba, un cofre se materializara en medio de la mesa.

—A cambio de vuestra estancia en el Bosque, me habéis ofrecido vuestras noches, pero también mi lira —declaró, ya con la voz serena tras haber logrado acallar la tormenta. Señaló el cofre e invitó al Académico a extraer el instrumento. En sus amplias manos, se la veía más menuda de lo que la recordaba—. Como sabéis, no se encuentra en un estado digno para ser un obsequio, así que me gustaría que dedicarais este tiempo a restaurarla.

El Académico, que sin duda esperaba algo distinto, se inclinó hacia él.

—¿Eso es lo que queréis que haga durante las noches?

—Así es.

Tras el alivio, pareció darse cuenta de sus limitaciones.

—No sé nada sobre reparación de instrumentos, mi señor. Ni siquiera sobre carpintería o forja.

—No temáis. Yo sí que estoy versado en la fabricación de liras, por lo que solo debéis seguir mis instrucciones. Lo haría yo mismo, pero ya sabéis… —Alzó las manos, donde la cicatriz con forma de estrella

quedaba a la vista, para indicar los límites de su Maldición. Si su piel tocara el instrumento, se quemaría. El dolor sería atroz.

Pocos sabían que el padre de Orfeo había sido un obsesivo fabricante de liras, las cuales almacenaba en una de las salas de su palacio. Lo único que le importaba era lograr un acabado perfecto, equilibrado y armónico. Tras las comprobaciones de sonido, nunca más las tocaba. Las veía como piezas de escultura y artesanía, no como instrumentos. La mayoría nunca llegaban a tener más dueño que aquellas cuatro paredes, condenadas al silencio por toda la eternidad.

De niño, el que luego se convertiría en el legendario músico había querido aprender a construirlas, ansioso por imitar a su padre. Su destreza era aceptable, pero nunca llegó a ser excelente. Por ello, la satisfacción del hombre se fue tornando en frustración, infeliz por tener un hijo que no destacaba en lo mismo que él.

Orfeo recordaba la primera vez que había acudido a uno de sus recitales. El propio Apolo lo había alabado. Su padre, por otro lado, se había limitado a contemplar el instrumento con el que había tocado.

—La vas a deteriorar de tanto rasgar las cuerdas.

Aquello fue todo. Nunca fueron capaces de entenderse mejor el uno al otro de lo que lo harían un zorro y un grajo. Y Orfeo se convenció de que no le importaba.

—En ese caso, lo haré con gusto, mi señor —dijo en aquel momento el Académico mientras observaba la lira—. Lamento no haber podido recuperarla en mejor estado.

Aquello devolvió al músico al presente. De nuevo, el otro hombre sonaba tímido y avergonzado. Lo encontraba tan tierno como frustrante. ¿Es que no se daba cuenta de que así los demás Malditos se lo iban a comer como aperitivo?

—Estoy seguro de que no fue culpa vuestra. Sé que debió de sufrir toda una odisea desde que fue arrojada al río Hebro.

—¿Nunca tratasteis de recuperarla?

—¿Para qué? No puedo tocarla.

—Suponía que le tendríais cariño.

Acertaba, por supuesto. Orfeo no era tan enigmático como se creía.

—Es solo una lira.

En lugar de argumentar que era de oro macizo o que había sido un regalo del mismo Apolo, el Académico lo sorprendió diciendo:

—Lograsteis grandes hazañas con ella.

La bajada al Hades estaba implícita. Orfeo observó al Académico sin amabilidad ni calidez. Si había sido un comentario inocente, era más necio de lo que creía. Si no lo había sido…

—Sí —se limitó a contestar, consciente de que había hielo entre las letras.

El otro hombre aguantó apenas unos segundos.

—Disculpadme, mi señor. No quería importunaros —Decidió cambiar de tema—. ¿Me indicaréis entonces como trabajar en la lira?

Orfeo optó por permitirle la torpe salida.

—Eso haré. Y vos me obedeceréis al pie de la letra.

El Académico asintió con la cabeza y casi pudo verle la sonrisa bajo el velo, que se había vuelto a colocar en su sitio al terminar la comida.

—Por descontado.

—Pues manos a la obra.

Se levantaron de la mesa. El Académico hizo ademán de recoger los platos, pero Orfeo le indicó que no era necesario. Dejaron atrás el tronco cubierto de velas y se adentraron en la espesura. La luna estaba casi llena y su luz, de plata derramada, era tan potente que permitía avanzar sin dificultad.

Caminaron por un pasillo de abedules cuyas copas se curvaban para formar una cúpula. Las hojas entrelazadas dibujaban rosetones con los parches de cielo nocturno. Una catedral de otro tiempo. Mientras paseaban, Orfeo le pidió a su acompañante que examinara la lira.

—¿Qué podéis decirme de ella solo con sostenerla?

El Académico se lo tomó en serio.

—Las leyendas no mentían: sin duda, es de oro macizo. A excepción de las cuerdas, claro, que no distingo bien si son de cáñamo o lino. Según los tratados, las liras difieren mucho en el número de cuerdas. Solo quedan seis, pero hay ocho clavijas en el travesaño, así que asumo que ese es el número original.

—Nueve —lo corrigió el músico—. Una de las clavijas debe de haberse soltado. Son nueve cuerdas por las nueve musas. Yo mismo hice la modificación respecto a las siete originales de Hermes.

Con la consiguiente desaprobación de su padre.

—¿Era de Hermes?

—Él fue quien la inventó. Apolo se la cambió por el caduceo y pasó a ser su símbolo. Después, me obsequió esta a mí.

El Académico sacudió la cabeza.

—Lamento contradeciros, mi señor, pero la lira es un instrumento presente en culturas tan diversas como la sumeria y la egipcia. Dudo mucho que se pueda atribuir a una deidad griega.

Orfeo se encogió de hombros. Era la historia que siempre le habían contado y no veía la relevancia sobre su veracidad.

—El origen de la idea carece de importancia. Es versátil, práctica y armoniza perfectamente con el canto. Es el instrumento por antonomasia.

El Académico asintió con ademán respetuoso. De nuevo, aunque no estuviera de acuerdo, se contenía a la hora de contradecir a su anfitrión.

—¿Deseáis que continúe con el análisis? —preguntó.

—Por favor.

—El caparazón de tortuga que ocupa la parte principal de la estructura hace las veces de caja de resonancia. Tiene atados sendos cuernos de cabra a modo de brazos, que están atravesados por el travesaño, una pieza recta a la que se sujetan las cuerdas. Estas van a parar a la parte inferior e interna del caparazón. Me aventuro a especular que estas clavijas se emplean para la afinación.

Orfeo asintió.

—Bien observado. Nada de lo que habéis dicho tiene la menor utilidad para la tarea que nos ocupa, pero bien observado.

—¿Perdonadme?

—Lo importante no son las partes de la lira, sino las formas en que estas se conectan entre sí. Ahí es donde los daños pueden llegar a ser críticos. Cuidarlas es la clave para alcanzar la excelencia.

—¿No es necesaria la excelencia de las partes para tal fin?

—La lira es un todo. Sus elementos carecen de importancia si no están unidos. Un caparazón de tortuga no puede emitir música de por sí, no esa clase de música.

—Pero debe ser un caparazón adecuado. Y debe estar en buenas condiciones.

—Hasta cierto punto, sí. No obstante, una muesca en la parte media de uno de los cuernos no tiene tanta importancia como una en la zona de ensamblado con el travesaño. Son las uniones lo que realmente importa. El alma de la lira está en el conjunto.

El Académico emitió un sonido a medio camino entre una risa y un resoplido.

—¿Decíais algo?

—Lo lamento, mi señor. Solo estaba pensando que ahora sois vos quien suena como un literato. Cualquiera diría que no habláis solo de liras.

Orfeo fingió ofenderse. A su alrededor, los cantos de los pájaros se mezclaban con el resto de la música del Bosque. Pezuñas sobre la hojarasca, lamentos quedos hacia la luna.

—¿Y de qué podría estar hablando?

—Oh no, no me gustaría aventurar. —El Académico rio. Fue un sonido inesperado, cristalino como las perlas de rocío en la mañana. El músico se sorprendió de la manera en que reverberó entre los abedules. Algo se agitó en el interior de su pecho.

—¿Tocáis algún instrumento? —le preguntó de pronto.

Meneó la cabeza.

—Me temo que no tengo ningún talento para la música, mi señor. Ni para ningún otro arte, si os soy sincero. Mi madre decía que tengo una mente demasiado científica para mi propio bien.

—¿Acaso no hay arte en la ciencia?

El Académico lo consideró mientras abandonaban el bosquecillo de abedules y se adentraban en una zona más oscura, donde la maleza se volvía frondosa y los árboles crecían sin orden.

—No veo a qué os referís. Siempre las he entendido como disciplinas antagónicas —respondió por fin.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, por lo que tengo entendido, el arte es emocional. Pertenece al mundo nebuloso de los sentimientos y las abstracciones. La ciencia es racional, exacta.

—¿Eso es lo que ejercéis vos con vuestros procedimientos? ¿Exactitud?

—La exactitud es el objetivo, claro, pero puede llegarse a ella a través de inexactitudes, de ensayo y error. Es la única manera de lograr auténtica ciencia.

—Diría que en eso se asemeja al arte.

—Puede ser. Pero no veo en qué más.

Lira de Orfeo

ZYGON

Clavijero

Vara de roble ensamblada en los brazos mediante una muesca.

PECHEIS

Brazos

Cuernos de cabra o varillas de madera sujetas mediante cuero al caparazón.



Linum usitatissimum

9 CHORDAI

Cuerdas

9 cuerdas de lino, una por cada musa.

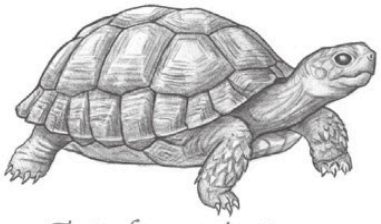
ECHEION

Caja de resonancia

Caparazón de tortuga con una membrana de piel extendida sobre su cara abierta.

MAGAS

Puente



Testudo marginata

CHORODOTONION

Pivotes

Orfeo dejó escapar una risa.

—Un pensador como vos. ¿De verdad no podéis abrir la mente para imaginar otras similitudes?

—No os burléis, mi señor —dijo con brusquedad.

Por fin, una muestra de carácter.

—Lo lamento, Académico. La burla no era malintencionada. Me refería solo a que hay algo fundamental que el arte y la ciencia tienen en común y que creo que os negáis a ver, más por terquedad que por falta de capacidades.

—Pues os aseguro que no es así. Tal vez simplemente sea así de necio.

El músico estuvo tentado de ponerle una mano en el hombro. No lo hizo.

—No lo creo, mi querido invitado. No confundamos la necedad con el prejuicio.

—¿Prejuicio?

—¿Respetáis el arte?

—¡Por supuesto que lo respeto!

—¿Y en qué notáis ese respeto? ¿Lo consideráis una disciplina tan importante como vuestra ciencia?

—Claro, todo tiene su importancia —se apresuró a responder. La vacilación fue evidente—. Las personas deben poder expresar sus emociones. El arte es un excelente medio para ello.

Orfeo soltó un bufido, divertido.

—También lo es la guerra. O la socialización.

—Supongo… —En aquel punto, el Académico sonaba perdido—. No sé a dónde queréis llegar.

—A nada en particular. —El músico se lo estaba pasando bien—. Solo me gustaría que admitierais que consideráis la ciencia superior al arte.

Como un viajero que se encuentra con una bifurcación con la que no contaba, el erudito se detuvo para elegir el camino con cuidado.

—En mi vida, es cierto. He consagrado mi existencia a la Academia. La persecución de la Verdad es sagrada para mí. De todas formas, no me considero superior a quienes toman otros caminos.

—Qué diplomático por vuestra parte —lo alabó, mientras sonreía—. Casi conseguís que os crea.

—Es cosa vuestra si no lo hacéis —replicó el otro hombre. Otra chispa.

Orfeo estaba aprendiendo a disfrutar aquellos destellos de carácter, a buscarlos incluso. Se le antojaban un trago de ciceón, fuerte y estimulante. Siguió caminando sin decir nada, complacido en secreto.

—No me habéis contestado —dijo el Académico al cabo de un rato—. ¿A vuestro entender, en qué son semejantes el arte y la ciencia?

El músico consideró mantener la duda. Al final, cedió.

—Ambas son lo mismo, en su esencia más pura: creación, descubrimiento. La ciencia requiere una mente imaginativa y creadora. El arte requiere lo mismo. No podéis tener una sin la otra.

El Académico se detuvo un instante. En lugar de responder, guardó silencio y continuó la marcha. Sus grandes zancadas crujían en la maleza.

Al cabo de un rato, Orfeo se impacientó.

—Estáis muy callado.

—Disculpadme. Solo estaba pensando que… De nuevo, no esperaba que fuerais así. Tan analítico y propenso al debate. Podríais ser un académico.

El señor del Bosque soltó una carcajada.

—Es todo un halago, viniendo de vos —comentó en tono socarrón—. Tal vez hubiera podido ser académico, sí, pero soy músico. Siempre. Nací músico y moriré músico.

Su invitado asintió.

—Lo rebatiría, pero he aprendido la lección. Eso no significa lo mismo para vos que para mí. Al menos, para el que yo era hace un rato.

—¿Diríais que habéis cambiado en este rato?

—Cambio con cada momento que paso con vos, mi señor. —A pesar de la formalidad, no sonó como un halago impostado. Sonó como una confesión.

Demasiado real para Orfeo, que solo quería distraerse. Carraspeó, sin saber qué decir y se tocó la cicatriz.

—Vos sí que sabéis como camelaros a un hombre, Académico —comentó al final, una burla amigable.

Por suerte, funcionó. El ambiente se ablandó, arcilla derretida.

No tardaron en llegar a un puente de piedra. Atravesaba el río en una de sus zonas más profundas. Construido a base de rocas irregulares apiladas hasta formar un arco, lo más probable era que llevara en pie más tiempo que ellos mismos. El musgo lo había invadido y se había traído consigo varias enredaderas.

Aunque aparentaba estar a punto de caerse, la estructura era fuerte. Orfeo y el Académico ascendieron sin contratiempos, arrullados por el murmullo del agua. El músico permitió que su acompañante fuera en cabeza y, por un momento, su ancha espalda eclipsó el resto del mundo. Resultaba curioso. Con sus ademanes amables y su timidez, era sencillo olvidar lo grande que era en realidad.

Desde la parte superior, la herida que la corriente abría en el Bosque ofrecía una vista más clara del cielo. Las estrellas brillaban en las horas más negras de la madrugada, indiferentes al río, a la maleza y a los hombres.

—¿Deseáis que comience las reparaciones aquí mismo, mi señor?

—¿Por quién me tomáis? —Orfeo alzó las manos—. No soy un anfitrión tan cruel. Sé que debéis descansar y, de hecho, nos dirigimos a mi casa. Os cederé mi lecho, como manda la tradición. La próxima noche, habréis de empezar el trabajo manual, mas hay otra cosa que deseo que logréis hoy.

El Académico asintió.

—Sabéis que estoy a vuestro servicio.

—Habéis hecho un análisis aceptable de la estructura de la lira. —Había sido pasable, como mucho—. Pero hay algo fundamental que os falta para comprenderla. Me decís que el entendimiento es vuestra meta más sagrada, así que estoy seguro de que estaréis dispuesto.

—Así es. —El asentimiento fue sincero—. ¿Qué me falta?

—La música, Académico. Es parte fundamental de la lira. Si no lográis hacer música con ella, jamás podréis repararla como se merece.

—Mi señor, ya os he dicho que no tengo talento para…

—El talento no importa. —Orfeo negó con la cabeza—. Importa la voluntad.

El Académico observó la lira con gesto derrotado.

—Ni siquiera sé cómo sostenerla.

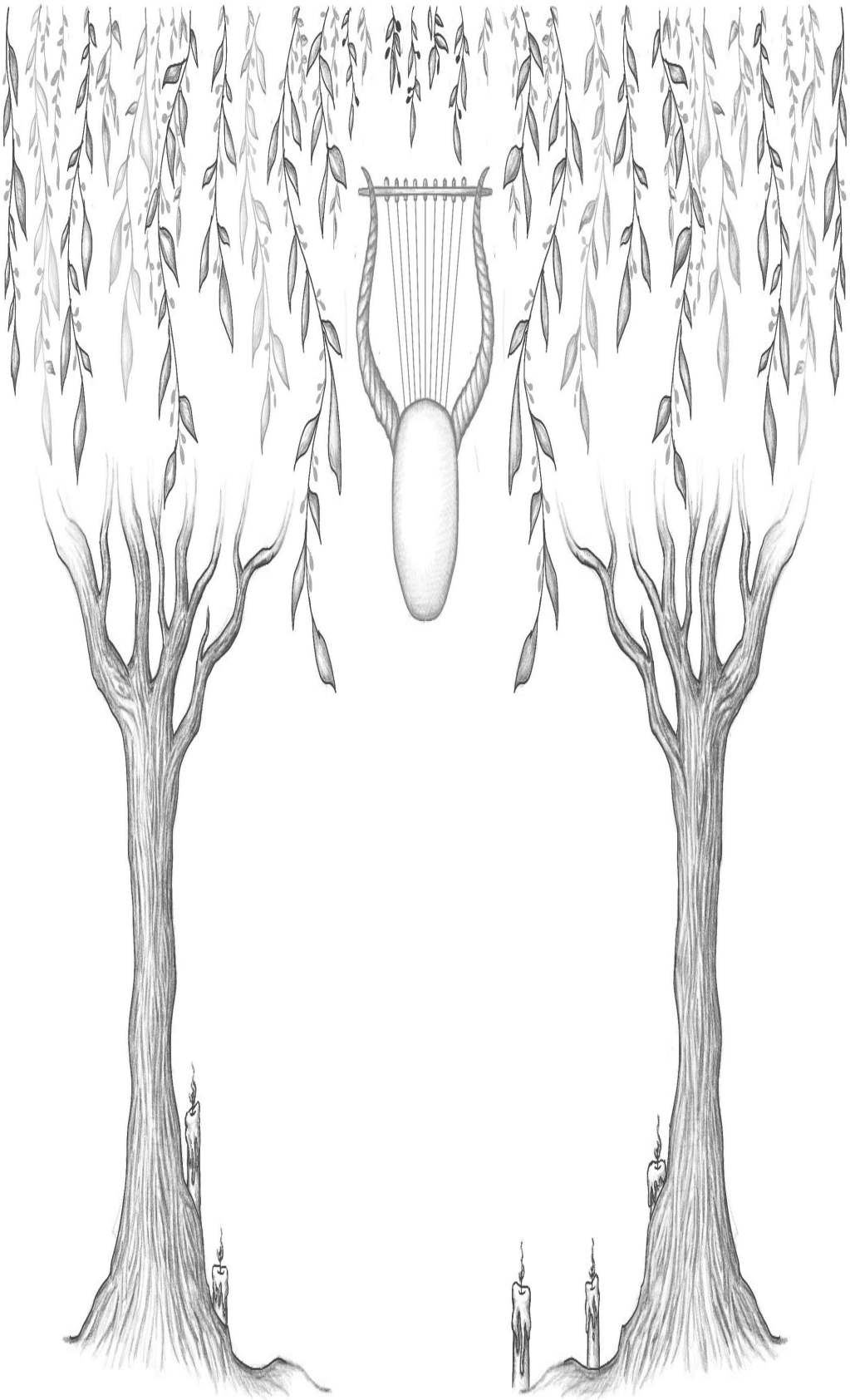
El señor del Bosque lo ayudó. Le indicó que colocara el instrumento contra el lado izquierdo del cuerpo y que utilizara los dedos de dicha mano para pulsar las cuerdas.

—Con la derecha, las rasgáis y las pellizcáis. No tenemos plectro, así que deberá bastar así —le indicó—. Ya estáis en posición. Veamos lo que podéis hacer.

El erudito rozó las cuerdas sin orden ni gracia, lo que provocó un sonido estridente. Tenía los dedos gruesos, poco propensos a las sutilezas. Orfeo le dio algunas instrucciones, pero, al ver que los resultados eran similares, se permitió acercarse a una distancia peligrosa.

—Colocadlos así. —Le rozó los dedos para que presionara en los puntos exactos del travesaño. Ignoró la corriente que le subió por la piel y le sostuvo la otra mano, sin llegar en ningún momento a tocar el instrumento—. Y ahora, así.

Mientras las primeras notas que había tocado desde la Maldición se elevaban hacia las copas de los árboles, Orfeo clavó la mirada en el velo del Académico. Casi podía verle los ojos.



5
EL MUCHACHO VELA

Para visitar al siguiente Maldito, el Académico siguió las instrucciones de Orfeo. Cuando el alba aún despuntaba, emprendió la marcha con su zurrón al hombro, un candil con correa y un tentempié que, al encontrar en la puerta de la cabaña, asumió que habían preparado las ninfas. Bien equipado, se encaminó hacia el norte.

Con el sol a su diestra, dejó el río a la espalda. La pendiente aumentaba conforme avanzaba, ya que el Bosque se extendía por la falda de una montaña. Allí donde los claros se convertían en agrupaciones rocosas, el músico le había dicho que debía buscar las cuevas.

Mientras caminaba, trató con todas sus fuerzas de no pensar en la noche anterior. La conversación con Orfeo le había resultado, al mismo tiempo, agradable e incómoda. Lo había retado, obligándolo a hacer frente a muros propios y ajenos. También lo había escuchado. Le había dado cosas en las que pensar, libres de juicios y expectativas. Le había tocado la mano. No sabía cómo hacer convivir aquel batiburrillo de ideas en la mente, así que prefería dejarlas atrás, junto a la sensación de sus dedos sobre la piel.

Cuando encontró la entrada a la primera cueva, estuvo a punto de no dar el paso, convencido de que no podía ser una madriguera tan pequeña. Al final, se agachó y atravesó el agujero. Al otro lado, una gruta mucho más grande de lo que esperaba se extendía hacia el interior de la montaña. El Académico prendió el candil y tragó saliva.

Dada la naturaleza del Maldito con el que se iba a encontrar aquel día, era lógico que habitara en un lugar como aquel. No podía ver la luz del sol, según había dicho Orfeo. Si lo hacía, se convertiría en piedra. Desde donde estaba, la cueva se extendía como unas fauces infinitas.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó a la oscuridad.

—Quizá. —La palabra reverberó por la caverna.

—Soy el Académico. Me visteis en el banquete.

—Lo dudo —respondió la voz—. Hace mucho tiempo que no voy a ningún banquete.

Mientras hablaba, una silueta iba tomando forma en el fondo de la cueva. El Académico se acercó a ella, candil en ristre.

—Desde luego, a este acudisteis. Orfeo mismo os invitó.

—¿Orfeo? No me suena —respondió en tono burlón.

—Habitáis su Bosque.

—Jamás he visto ningún Bosque. ¿Es algún tipo de edificación?

—¿Perdón? No. Un Bosque es…

No pudo acabar la frase, pues un grito de horror sustituyó a las palabras. Tardó un segundo en darse cuenta de que era él mismo quien lo emitía. Le llevó aún más tiempo comprender lo que tenía delante.

Lo que había tomado por una persona era, en realidad, un montón de huesos humanos y animales ataviados con un traje de hojas y coronados por un cráneo que, en otro tiempo, debió de tener mandíbula.

El auténtico Maldito se descolgaba en aquel momento de una cuerda que pendía del techo de la cueva. Aterrizó a su lado.

—¡Bu! —le susurró al oído, antes de que el Académico se percatara de su presencia.

Dio un salto hacia atrás.

—¡¿Qué demonios?!

El joven estalló en carcajadas, que rebotaron por la gruta como si decenas de cuervos se hubieran puesto a graznar. El Académico se agarró el pecho, donde el corazón le latía al ritmo de mil címbalos, y lo miró con rencor.

—¡Deberíais haberos visto la cara! —exclamó Ícaro, doblado sobre las rodillas de tanto reír. Los rizos se le agitaban con las carcajadas. Destellos rojizos.

—Estoy seguro de que ha sido hilarante, Ícaro —comentó con fastidio mientras se ajustaba el zurrón que se le había resbalado del hombro. Con toda la dignidad que le quedaba, se colocó bien el velo.

—Jocoso como mucho, pero soy propicio a ver la copa medio llena. —Ícaro lo observó de arriba abajo—. ¿Qué hace alguien como vos en un agujero como este?

—He venido a hablar con vos —le informó. A la luz del candil, podía verlo bien. Todo filos y nervio, tal y como le había parecido dos noches atrás. Aunque su tez estaba pálida por la falta de luz, distinguió rastros de pecas.

—¿No tuvisteis suficiente la última vez?

—¿Así que recordáis el banquete después de todo?

—Recordar, recordar… —Ícaro se alejó dando una vuelta sobre sí mismo. Se movía con soltura, indiferente a las irregularidades del suelo de la caverna. Allí donde el Académico debía vigilar cada paso, él danzaba como una náyade en la espuma de una cascada—. ¿Qué es la memoria al fin y al cabo? ¿Existe siquiera?

—Bueno, depende de qué corriente de pensamiento consideréis. Los sumerios, por ejemplo…

—No, no existe —lo cortó—. Lo único real es uno mismo, en este momento, sobre este suelo. Todo lo demás es indemostrable y, por tanto, carente de verdad.

—No es indemostrable —protestó el erudito. Los ojos se le acostumbraban poco a poco a la penumbra—. El hecho de que exista el suelo de esta cueva es prueba de que el agua de un acuífero excavó la roca hace eones. Vos estáis aquí porque vuestros padres copularon. El pasado deja huella.

—¿O queremos nosotros, siempre buscando un patrón, creer que la deja? Quizá la cueva no sea una cueva, quizá el agua no sea agua. Yo soy yo, por ahora. Lo demás son cuentos para niños.

—¿Cuentos, decís? —El Académico sacó el cuaderno del zurrón y se enganchó el candil con la correa a la cabeza para tener las manos libres —. ¿Podríais explicaros?

Pero Ícaro rio de nuevo. Tenía una sonrisa brillante, a juego con el rastro de infancia que aún se le distinguía en las facciones.

—Quizá. Quizá no. —Le dio un capirotazo al candil. El golpecito metálico resonó por la caverna—. ¡Qué ingenioso!

Sin decir nada más, se alejó hacia una de las rutas mientras intercalaba los pasos con pequeños saltos de una roca a otra. El Académico se tragó su desconcierto y lo siguió.

—¿Podríais hablarme de vuestra Maldición?

Ícaro se detuvo en seco. Frente a él, la gruta se bifurcaba en dos caminos. Uno oscuro como la noche y otro, como el lodo.

—¡Por supuesto! ¿Qué deseáis saber?

Poco acostumbrado a una respuesta tan entusiasta, el erudito dudó. Ícaro escogió el camino de lodo y se aventuraron aún más hacia el interior de la gruta.

—Para empezar, ¿cuándo comenzó?

—Veamos… ¡Sí! Era martes, sin duda. El año exacto no podría decirlo. Estación de lluvias, eso seguro.

—¿Estación de lluvias?

—Como lo oís. Me encontraba en medio de mi paseo matutino cuando me topé con un extraño pájaro. Creedme, era de lo más inusual. En lugar de pico, tenía rostro de persona. ¡De persona! Pero los ojos eran felinos, con esa pupila tan curiosa que poseen los gatos. El asunto consistió en que el pájaro-persona-gato me preguntó dónde vivía, pero lo hizo piando, como si de verdad tuviera pico. Yo, que no le entendía, me limité a disculparme y seguir mi camino, pero, como os imaginaréis, eso le enfureció.

El Académico alzó una ceja.

—¿Cómo sabéis que os preguntó dónde vivíais, si no le entendíais?

—¡Porque luego me lo explicó!

—Ah, ¿sí?

—Un periplo de lo más curioso, el nuestro. Nos adentramos en la selva juntos. A cada rato, me daba empujones para que me desviara hacia donde él quería. Venga empujón tras empujón. Al final, llegamos a un manantial. Como llevaba caminando toda la mañana y estaba sediento, bebí profusamente. ¡Resultó que no era un manantial corriente!

—No, claro.

—¡Pues no! Beber de sus aguas dotaba de facultades extraordinarias. A mí me permitió hablar el idioma de mi emplumado compañero, que procedió a explicarme su pregunta anterior y a acompañarme a mi morada. —Por un momento, el rostro de Ícaro se sumió en la confusión —. Y… ¿por qué os estaba contando yo esto?

—Ibais a explicarme cómo habíais acabado Maldito —dijo, aún con la libreta en ristre. A su alrededor, las paredes de roca aguardaban,

impasibles.

—¡Cierto! —Se apresuró a retomar el hilo—. Bien, después de eso, como es de suponer, vivimos numerosas aventuras. En una de ellas, una pequeña homúncula de barro nos pidió que la salváramos del monstruo que había aplastado a su familia. Intentamos hacerlo, por supuesto, pero el malnacido era tan voraz como temible. Terminamos por abandonar la misión.

—¿Y el monstruo os maldijo?

—¿El monstruo? ¡No! Fue la homúncula. Estaba de lo más furiosa y, con su último aliento, decretó que el agua me quemaría y jamás podría volver a comer higos. Bastante cruel, ya que me encantan los higos.

—Vuestra Maldición consiste en que no podéis ver la luz del sol —intervino el Académico, que se había sentado en un saliente de roca un par de despropósitos atrás.

Ícaro fingió pensar. Agitó la nariz, pequeña y afilada.

—Sí, ¿verdad? Era eso. Me habré confundido de historia.

—O me habéis contado un cuento absurdo de forma del todo intencionada. ¿Por qué creéis que evitáis hablar con franqueza de temas que os incomodan?

El joven sonrió.

—¿Quién sabe?

Incapaz de estarse quieto, trepó por una de las paredes. Saltó haciendo una pirueta desde un par de metros de altura.

—¿Por qué no queréis hablar conmigo? —preguntó el Académico.

—¿Quién dice que no quiero?

—Vuestras acciones.

—Claro, y las acciones determinan la voluntad. Un hombre que lucha en una guerra ansía matar por encima de todo.

—No es eso lo que he dicho. —Suspiró. La negrura de la caverna ya perdía consistencia. Ahora, distinguía visos pardos, rojizos y verdes. Las vetas de la roca.

—No creo que hayáis dicho nada en absoluto. Creo que sois una sombra más de mi cueva, sin rostro ni voz.

—Soy el Académico. Como os anunció Orfeo, estoy aquí para investigar vuestras Maldiciones —explicó con paciencia—. Solo quiero hablar con vos.

—¿Por qué tanto interés en mí?



El Académico sopesó diferentes respuestas. Al final, optó por la más humana, aunque fuera la menos científica. En la universidad recomendaban hacer que el sujeto empatizara.

—Sois joven. Apenas un muchacho. Recuerdo lo que es tener vuestra edad y notar el peso del mundo sobre los hombros, saber que nadie a tu alrededor lo comparte. Recuerdo la sensación, cómo te aplasta.

No le hizo falta mentir. Recordaba cómo, tras la muerte de su hermano, todo se había desmoronado. Su madre se convenció de que no los había vigilado con suficiente celo mientras jugaban junto al río. La culpa la carcomía día tras día, hora tras hora. Su padre lo soportaba bebiendo, pero él no podía permitirse ese lujo. Debía cuidar de ella, salvarla.

Sobre todo, porque la culpa no le pertenecía.

Ícaro se quedó en silencio. En algún lugar de la cueva, se escuchaba un goteo lejano.

—No sé de qué me habláis.

—Yo creo que sí. Y también creo que no habéis dicho ninguna verdad desde que entré por esa gruta. Si mentir no es parte de vuestra Maldición, es que estáis decidiendo hacerlo. ¿Por qué?

El joven se levantó de un salto.

—Seguidme y puede que os responda.

Echó a correr por el túnel que tenía a la espalda. El Académico no podía seguirle el ritmo por aquel terreno, así que no tardó en perderlo de vista. Cuando volvió a oír su voz, se acercaba a una nueva bifurcación.

—Deteneos. —La palabra se hizo eco en las paredes de la gruta. A unos metros de distancia, el Académico se dio cuenta de que dos figuras se recortaban contra la oscuridad de los túneles. Dos Ícaros.

—¿Más trucos para asustarme?

—Esta vez, no. Uno de nosotros es el auténtico Ícaro. El otro, una copia. Podéis hacer una sola pregunta para averiguar quién es el verdadero. Escoged a cuál de los dos se la formuláis, pero tened esto en cuenta: uno de nosotros siempre miente y el otro siempre dice la verdad.

El Académico estaba seguro de haber oído aquel acertijo antes. Al menos, una variante. Unos años atrás, había estado interesado en aquella clase de juegos. Le daban la impresión de ser un buen ejercicio para el intelecto. Al menos, entonces. Con los años, se había cansado de ellos, seguro de que eran más luces y colores que auténticos retos mentales.

Tras un rato de hacer memoria, logró recordar y se acercó al Ícaro de su derecha.

—Si le preguntara a vuestro compañero cuál es el auténtico Ícaro, ¿qué me diría?

—Te diría que el auténtico Ícaro soy yo.

—Gracias. —Se volvió hacia la figura de la izquierda, ya seguro de que era la verdadera—. ¿Habéis tenido suficientes juegos?

En realidad, no había sido tan difícil. Al formular la pregunta de aquella forma, lograbas garantizar que la respuesta que te diera cualquiera de los dos sujetos fuese la contraria a la que necesitabas. El mentiroso alegaría que su compañero lo nombraría a él, con lo que ya sabías que sería al contrario. El honesto se vería obligado a reconocer que el otro mentiría, con lo que también sabías que la respuesta era la opuesta. Un pequeño truco de la lógica.

Ícaro dio un paso hacia la luz del candil. Sus rasgos quedaron a la vista, afilados y burlones. Los rizos le enmarcaban el rostro.

—Nunca hay suficientes juegos, Académico. —Sonrió enseñando los dientes—. Pero me complace que hayáis jugado a este. A mi padre le encantaban los acertijos de este tipo. —Mientras hablaba, echó a andar por el túnel izquierdo a un ritmo que permitía que el Académico lo acompañara—. Teníais razón: no he sido sincero, no desde que habéis entrado en mi cueva. Proteger la verdad es un síntoma de sabiduría. Eso decía mi padre. Pero os propongo un juego. Os plantearé acertijos y, por cada uno que resolváis, os responderé a una pregunta de forma honesta.

No le atraía la idea. Las adivinanzas eran vacuas, simples trampas del intelecto. No llevaban a la reflexión ni al descubrimiento.

Sin embargo, tal vez aquel trato sí lo hiciera.

—¿Sin trucos? ¿Seréis totalmente sincero?

—Siempre que vos acertéis.

—Bien. Pero tengo una condición: no más mentiras. Si no queréis contestar a una pregunta porque no consideréis que me lo he ganado, podéis decirlo sin rodeos. Pero nuestra conversación a partir de ahora será sincera.

El joven lo consideró.

—Puedo concederos eso, sí.

—Entonces trato hecho.

Ícaro dio una palmada entusiasta y le indicó que lo siguiera. Con pequeños saltos y piruetas, lo condujo hacia una zona donde el túnel desembocaba en una amplia caverna.

El suelo estaba lleno de velas, luz derramada. El techo, con forma de cúpula, se elevaba varios metros por encima de sus cabezas. Un templo bajo la montaña. Las llamas, aunque tenues, permitían ver que la estancia era inmensa. En un extremo, distinguió un altar tallado en la roca.

—¿Es un santuario?

—¿Esa es vuestra primera pregunta? —preguntó el joven con picardía.

El Académico negó con la cabeza.

—No.

Las carcajadas lo acompañaron hasta el centro de la cueva, donde un círculo excavado en el suelo alojaba un parterre de flores de pétalos negros, grandes y lobulados. Ambos tomaron asiento en torno a él, con el jardín nocturno entre medias.

—Nunca había visto flores que no necesitaran del sol para subsistir —comentó el Académico mientras rozaba una con la mano. El tacto era terciopelo y brisa fresca.

Sin darse cuenta, se encontró pensando qué le parecerían a Orfeo. Le gustaba la expresión que se le dibujaba en la cara cuando algo lo sorprendía, una suerte de fascinación divertida.

—Son una invención de mi padre —respondió Ícaro, que acariciaba los pétalos con reverencia—. Le llevó un tiempo cruzar las variedades adecuadas. Requieren mucha menos cantidad de luz, pero siguen necesitándola. Estas utilizan la de las velas.

—Como vos.

—Así es. De hecho, a todos los efectos, estas flores son mis hermanas. —Sonrió con tristeza.

—¿Tenéis más familia? De carne y hueso, quiero decir.

Aquello provocó que alzara la cabeza.

—¿Esa sí es vuestra primera pregunta, Académico?

Era tan buena como cualquier otra, así que asintió.

—Entonces os formulo mi primer enigma: no hables y dirás mi nombre. Si es necesario que hables, entonces, una vez más, hablando dirás mi nombre. ¿Quién soy?

Clásico. Una afirmación paradójica que contravenía por completo el sentido común. El Académico no había esperado menos.

Aquel acertijo en concreto no le resultaba conocido, pero, sin duda, tenía algo que ver con la voz y la facultad del habla. ¿Qué era aquello que se podía invocar tanto sin pronunciar palabra como pronunciando la indicada?

Por supuesto.

—Sois el silencio.

Ícaro aplaudió, contento. Las flores se agitaron cuando se movió.

—¡Muy bien! Y yo que creía que no os rebajaríais.

—No es para tanto. —Meneó la cabeza, a pesar de que el joven lo había calado—. Ahora, ¿me hablaréis de vuestra familia?

—No hay tanto que contar. Nunca conocí a mi madre. Tuve un primo, pero aquello no salió bien. Desde que tengo uso de razón, hemos sido mi padre y yo contra el mundo. Un hombre extraordinario, mi padre. Matemáticas, retórica, aritmética. Un inventor nato, una mente como pocas. Toda mi vida he aspirado a parecerme a él.

—Estoy seguro de que así es —comentó el Académico con amabilidad.

—Sois cortés, pero andáis errado. Nunca fui especialmente bueno en nada. Solo le ganaba en ambición.

—Podría tratarse de un hombre conformista.

—Conocía sus límites. Pretendía enseñarme a conocer los míos, pero aquello también se me resistía. Al final, tenía razón. Mis aspiraciones resultaron demasiado altas y se volvieron contra mí. Lo decepcioné.

—Se podría decir que volasteis demasiado alto. —Evitó mencionar el sol, aunque las palabras no dichas pesaban entre las velas.

Bajo los rizos, Ícaro le dirigió una sonrisa afilada, casi lobuna.

—Interesante elección de palabras, Académico.

El hombre le quitó importancia con un gesto.

—Sois joven, Ícaro. Está en la naturaleza de los jóvenes desobedecer a sus mayores. Incluso aunque los amen y respeten.

—¿Qué respeto hay en desoír los consejos de un padre? ¿Qué amor hay en denigrarlo?

—¿Acaso pretendíais denigrarlo cuando desoísteis sus consejos? ¿Planeabais las consecuencias que tuvo esa elección?

—Eso me suena a pregunta —declaró el joven en tono cortante.

—Bien. Planteadme otro enigma. Así me ganaré la respuesta.

Eso hizo. En aquella ocasión, se trataba de uno que el Académico conocía, pues estaba en los textos de Heráclito. Según decía, unos niños se lo habían planteado a Homero y este, a pesar de su sabiduría, había sido incapaz de resolverlo.

—Cuantos vimos y agarramos, estos mismos dejamos; cuantos ni vimos ni agarramos, estos mismos llevamos.

Ícaro declamó despacio, con teatralidad. Era evidente que no podía resistirse a un buen juego de palabras. A su alrededor, algunas de las flores relucían con el brillo del tafetán, mientras otras se veían tan oscuras que bien podrían estar hechas de noche.

—Los piojos —respondió el erudito con sencillez. Los niños trataban de librarse de ellos, pero nunca lograban acabar con todos y seguían llevando una parte en la cabeza.

—Una resolución apresurada, Académico, pero correcta —asintió Ícaro.

—¿Suficiente para seguir hablando?

—No sé si tengo respuesta a lo que me planteáis. Por supuesto que no pretendía denigrar a mi padre, pero el ingenio y el cultivo del intelecto deben prepararnos para prever errores básicos, sobre todo si además nos han advertido de ellos.

Poseía una mente rauda. Afilada, incluso. Sin duda, se sentiría a gusto en la universidad.

—Asumo que no querréis detallarme la naturaleza de tal error, pero estoy seguro de que vuestro padre sabía que no lo cometisteis para dañarle —dijo el Académico con benevolencia.

—Por supuesto que no. —Ícaro parecía dolido solo con la sugerencia —. No sabía lo que hacía. Me distraje y luego… Lo que quería era demostrar que podía ser un gran hombre, igual que él. Quería libertad, pero lo hice todo mal. No fui capaz de lograr nada. —Se pasó las manos por la cara—. Solo de pensarlo, me mortifica la vergüenza.

Debía de ser cierto, pues sus mejillas se habían oscurecido.

—No creo que ansiar probar vuestra valía sea motivo de vergüenza.

—¡Lo que probé fue mi falta de valía! Fue tan bochornoso que, por lo que a mí respecta, bien podría no volver a ver la luz del sol.

Ahí estaba: la confección del Maldito.

—Entiendo la vergüenza, pero no conviene confundirla con la culpa. Los remordimientos por algo bochornoso pueden superarse con relativa facilidad.

No había sido el comentario adecuado. Lo supo al ver la expresión de Ícaro. Una flor oscurecida, sin el brillo aterciopelado de sus hermanas.

—Si vos lo decís…

—¿Hay algo más? ¿Alguna razón por la que la vergüenza se haya convertido en deshonra para vos? —inquirió, ansioso por enmendar el error. El muchacho alzó una ceja y se dio cuenta de que había hablado demasiado rápido—. Ah, sí. Otra pregunta. Decidme vuestro acertijo.

—Un viento, dos barcos, diez marineros que reman y un capitán que guía a ambos.

A pesar de no plantearse una cuestión de por sí, el Académico estuvo un rato intentando averiguar a qué podía referirse.

—La flauta doble —dijo por fin.

—Bien deducido. —Ícaro asintió. Volvió a acariciar uno de los pétalos —. Mi padre me educó para la excelencia. Una mente única en mi generación. Y lo decepcioné. ¿No es eso suficiente deshonra?

—Eso deberíais juzgarlo vos. ¿Acaso nunca lo habíais decepcionado antes?

—Había intentado no hacerlo, no.

A base de enigmas y tributos, el Académico se compuso una imagen de Ícaro mucho más nítida. Comprendió que se encontraba ante un muchacho que siempre se había exigido la perfección, a imagen y semejanza de la idea que tenía de su padre. Un muchacho que, ante su primer fracaso, había colapsado como un pergamino expuesto al fuego.

—¿Teníais amigos, allá donde os criasteis?

—Algunos, claro.

—¿Ellos también eran extraordinarios, como vuestro padre? ¿Buscaban la excelencia?

Antes de responder, Ícaro le planteó un acertijo en forma de juego de palabras que conocía de una antigua tonada infantil. No le costó resolverlo.

—Nadie era como mi padre —replicó el muchacho. Después, se encogió de hombros—. Pero eran extraordinarios a su propia manera. En ocasiones, buscaban alguna forma de excelencia. En otras, no se molestaban. Al principio creía que eso era algo malo, pero terminé por aprender que no era así.

—Eran personas corrientes.

—Yo no diría eso. —Aquel calificativo lo indignó, aunque el Académico opinaba que no tenía nada de malo—. Algunos se contaban entre mis personas favoritas en el mundo.

—Y esos elegidos, vuestras personas favoritas, se equivocaron en alguna ocasión a lo largo de su vida, ¿cierto?

—Bueno, claro.

—¿Y qué opinión os merecían como individuos?

—Los tenía en gran estima, por supuesto.

—¿A pesar de sus errores?

—Desde luego. Sus errores no influían en mi cariño, siempre que no fueran malintencionados.

El Académico se echó hacia atrás y asintió. Ícaro, que sí era un muchacho espabilado, entendió las palabras que habían quedado en el aire. Las llamas iluminaron su expresión de contrariedad. Se pasó una mano por el pelo para apartarlo.

—No es lo mismo —se apresuró a rebatir.

—¿Y eso por qué?

El joven buscó la respuesta en el fuego de las velas, en los pétalos negros de las flores, en las paredes de roca.

—No eran hijos de mi padre.

—No, no lo eran. Eran hijos de sus propias familias.

Ícaro se quedó callado unos instantes.

Permanecieron en la cueva, debatiendo sobre las virtudes y defectos del hombre. Fuera, el sol descendía bajo los árboles, pero allí el tiempo no pasaba. La penumbra se espesaba y se aligeraba, las velas jugaban con las sombras. Ícaro planteó más enigmas y el Académico los resolvió todos. Algunos, con bastante dificultad.

«Vi a un hombre robar y engañar violentamente; hacer esto con violencia y pasión era lo más justo».

«El hombre era un artista, que roba de la vida real para reflejarlo en sus obras».

—¡Venga ya! —protestó el Académico, a pesar de haber acertado. Había respondido tras un rato de considerar todas las opciones—. Había mil posibilidades.

—Si lo pensáis, no.

—Un ladrón que robe con fines nobles —sugirió. Otra de las respuestas que había sopesado.

—Sí, pero ¿la pasión sería necesaria? ¿La violencia?

El erudito se cruzó de brazos, molesto, lo que arrancó otra carcajada del joven. En aquel momento, pensó de nuevo en Orfeo. Seguro que disfrutaría de aquello.

—Soy negra, blanca, amarilla, seca y también húmeda. Cuando me extiendes sobre una llanura de madera, gracias a Ares y a la mano, digo cosas sin hablar.

Resopló sin disimulo. Demasiado enrevesada.

—La cera con la que se recubren las tablillas de escritura.

—No se os da nada mal —alabó Ícaro, que ya lo trataba como a un amigo.

Aquello lo hizo sonreír bajo el velo, satisfecho consigo mismo.

—¿Lo bastante bien para que consideréis mis argumentos?

—Quizá —respondió el joven, serio de repente.

Notaba que ya no intentaba ponerlo nervioso ni asustarlo. El sarcasmo había tomado un lugar secundario y, por primera vez, hablaban como iguales.

—¿Podemos, al menos, establecer que no aplicáis los mismos parámetros de valor a todo el mundo?

Ícaro lo sopesó. No paraba de cambiar el peso de una pierna a otra y, a cada rato, se levantaba y se volvía a sentar.

—Eso sería establecer un sistema imperfecto.

—E injusto.

El joven asintió.

—Sí.

—Y todos los pensadores nos han enseñado que debemos huir de la injusticia, ¿cierto? —continuó el Académico.

—Así es.

—¿Qué solución sugerís, pues, para los parámetros que determinan la valía de una persona?

—Establecer los mismos para todo el mundo, por supuesto.

—Estoy de acuerdo. ¿Deberían, entonces, todos los que hayan cometido una falta equivalente a la vuestra, ser condenados a estas cuevas?

Ícaro se encogió sobre sí mismo. La vacilación flotaba en el aire. Sin duda, recordaba a sus amigos, sus errores y sus aciertos. Se lo veía mucho más joven, casi un niño. Si tuviera delante un espejo, ¿se reconocería?

¿Querría mirarse siquiera?

—Supongo que no.

El Académico asintió, satisfecho consigo mismo.

—Entonces, ¿saldréis conmigo a ver el atardecer? Orfeo me espera cuando se alce la luna, pero me gustaría ver el sol una vez más.

—Sabéis que no puedo.

El muchacho se levantó y empezó a dar vueltas por la gruta. El Académico lo imitó.

—Claro que podéis.

Ícaro se detuvo frente al altar de roca. En él, colocadas con cuidado, descansaban unas alas, grandes y maltrechas. El armazón de madera estaba astillado por varias partes y la cera que unía las plumas, antaño blancas y brillantes, se había convertido en churretones informes. De alguna forma inexplicable, el Académico tuvo la impresión de que aún olían a quemado.

—No lo entendéis —murmuró el joven mientras las rozaba con el dedo.

El Académico deseó dibujarlas en su cuaderno. Se contuvo. En aquel momento, se le antojaba una falta de respeto. Se fijó en las correas del

armazón. Si no se equivocaba, una de ellas iría colocada en torno al bíceps, justo donde Ícaro tenía la cicatriz de estrella.

—Explicádmelo.

—Hice lo que creéis que hice —declaró, casi en trance—. Llegué a donde creéis que llegué. Mi padre me había prohibido ascender demasiado, pero me dejé llevar por el viento y olvidé sus consejos. Cuando estaba demasiado alto, creí que iba a llegar al Olimpo, que iba a encontrar el néctar de los dioses y que, con eso, lo compensaría. En lugar de eso, encontré… —Se detuvo, incapaz de hablar de ello—. Destrocé a mi padre, que había pasado la vida ayudándome. Fui un hijo estúpido. Calculé mal. Lo dejé solo.

—Ícaro, fue un error. Todos los cometemos. —El Académico sabía que no paraba de repetir lo mismo—. ¿Qué debo hacer para que me creáis? Ponedme otra prueba. La haré con gusto.

El joven se quedó pensando y, al final, alargó la mano y extrajo algo que había guardado en el altar, detrás de las alas. Era una pequeña caracola. Arrancó un hilo de su túnica y le tendió ambos objetos al Académico.

—Enhebrad este hilo a través de esta caracola en espiral. Mi padre lo hizo.

El erudito tomó los objetos y los examinó.

Lo primero que hizo fue tratar de introducir el hilo por la abertura de la concha y empujarlo poco a poco, pero se quedó atascado al primer giro. Intentó girar la caracola para emplear la gravedad a su favor. No funcionó, pues el rozamiento era demasiado grande.

Extrajo una de las sujeciones que empleaba para recogerse el velo al comer y se dispuso a utilizarlo como pinza. Si lograba introducirlo lo suficiente en el otro extremo de la concha, podría tirar del hilo.

Tampoco funcionó.

—Me temo que no soy tan inteligente como vuestro padre —dijo al fin, tras varios intentos infructuosos—. No me avergüenza admitirlo.

Ícaro asintió. No le sorprendía.

—No pasa nada. Él empleó una hormiga. —Sonrió ante la cara de desconcierto del Académico—. Le ató el hilo a la hormiga y recubrió el interior de la caracola con miel para que el insecto quisiera recorrerla entera. Así, lo enhebró por completo.

—Un hombre ingenioso —admitió el Académico—. Y espero que me perdonéis por no ser él y me escuchéis de igual manera. Es normal sentir remordimientos, Ícaro. Son una prueba más que superar, pero martirizarse es llevarlos al extremo, es cometer otro error.

Tal vez fue aquella forma de decirlo, de seguir viendo el mundo en forma de errores y aciertos. El Académico pensaría en ello mucho tiempo después.

—Entiendo lo que decís —dijo el muchacho.

—Entonces, ¿vendréis conmigo al exterior?

Se tuvo que contentar con un leve asentimiento.

Tras el gesto, ambos se encaminaron juntos a la entrada de la cueva. Ícaro se quedó un poco rezagado y contempló los árboles. Senderos, hojarasca, escondites. El Bosque durante el día era un lugar lleno de posibilidades.

El límite al que llegaba la luz del sol, ya bajo, trazaba una frontera sobre la roca. El Académico la cruzó y sonrió hacia el joven.

Ícaro no se movió. Miró al erudito, que no fue capaz de leer su expresión. Se volvió un momento hacia la cueva y, de nuevo, hacia los árboles.

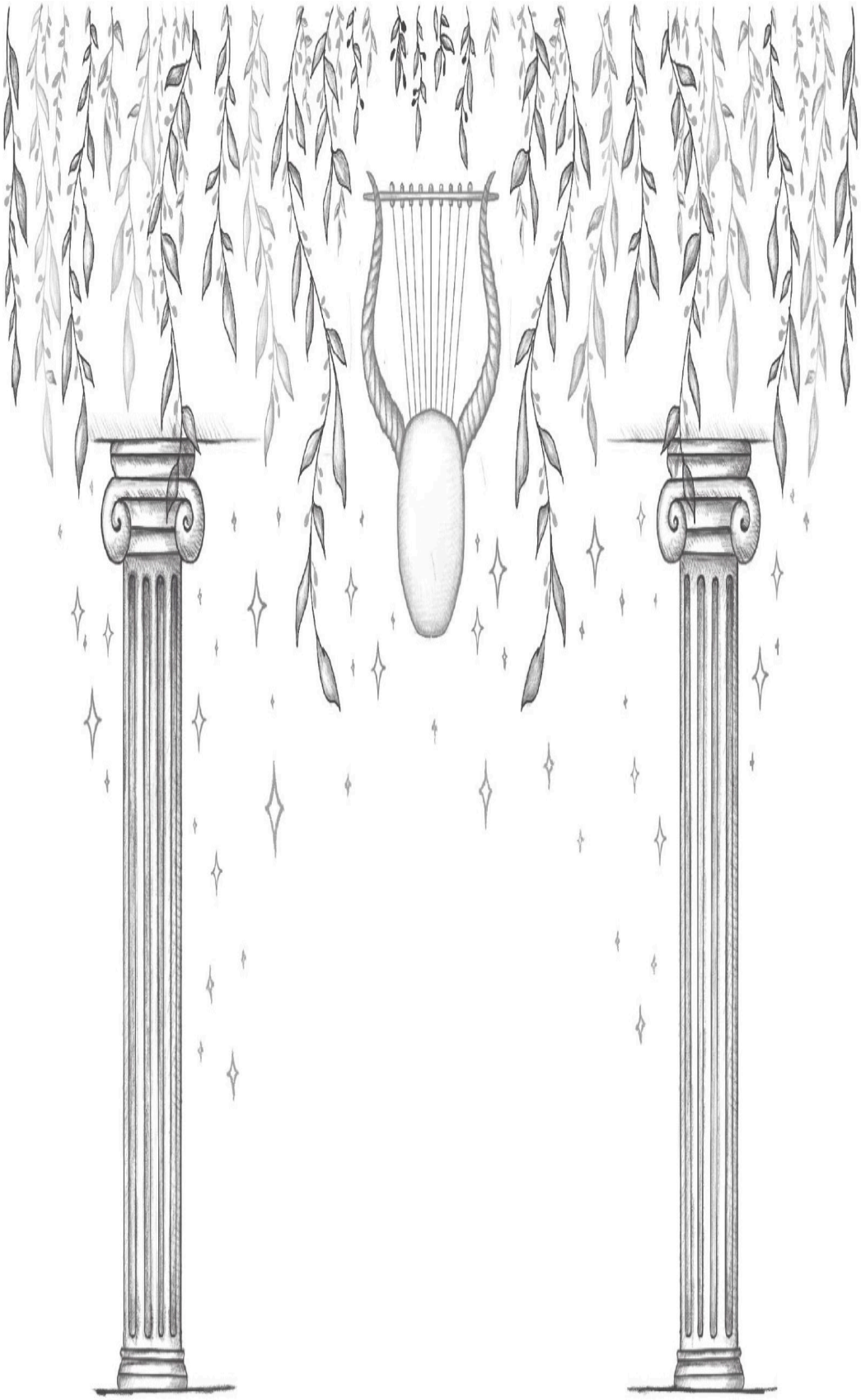
—Me lo he pasado bien —le dijo, con una sonrisa triste—. A ratos, al menos. Gracias por visitarme, Académico, y por ser mi amigo.

—¿No vais a venir conmigo?

—Sé que tenéis razón en muchas cosas. Sin embargo, que mi mente lo sepa no hace que mi alma lo sienta. —Dio un paso hacia atrás, de nuevo hacia la oscuridad—. Estoy Maldito, amigo. No puedo enfrentarme al sol, no puedo contemplar su luz. Me volvería de piedra.

—¡Ícaro! —llamó el Académico, pero ya era demasiado tarde.

Había desaparecido en la cueva.



6
NOCHE DE TORTUGAS

La tercera noche, Orfeo esperó al Académico en su propia casa, una pequeña cabaña al otro lado del puente. La cierva alada pasó a saludarlo de camino a las cavernas, exigiendo un tentempié por el arduo trabajo.

Un rato después, salió al porche trasero. Había instalado allí una mesa anidada entre arbustos, donde le gustaba sentarse al atardecer. Ya estaba tan acostumbrado al Bosque que, a veces, el abrazo de las ramas y los doseles de hojas se le antojaba más acogedor que un techo de paja o madera.

Los faunos se habían encargado del ágape en aquella ocasión y le sorprendió que la comida tuviera tan buen aspecto. No estaba seguro de caerles bien. Nunca había sido desagradable con ellos, así como tampoco con las ninfas, pero no les había prestado mucha atención. Lo cierto era que no le había prestado mucha atención a nadie. No desde que había llegado al Bosque.

Respetaba a la Dama y compadecía al resto. Incluso sentía cierta debilidad por el chiquillo volador, pero no se acercaba demasiado a ninguno. Nunca cruzaba la línea. El Académico era una *rara avis* en medio de la bandada.

No era uno de sus Malditos, por lo que podía hablar con él con una libertad que pocas veces se permitía. Tampoco era un fauno o una ninfa, apenas hecho de ideas y suspiros de la floresta. Se le antojaba real. Más real que todos ellos.

Tras comprobar que la mesa estaba puesta, regresó a la parte delantera y se sentó frente a la casa. Lo esperó con paciencia, aunque tardó en aparecer. Terminó por divisarlo mientras cruzaba el puente con lentitud, como si no tuviera prisa. Estaba a punto de ir a su encuentro cuando se percató de su postura. Caminaba cabizbajo, sin prestar atención al mundo a su alrededor.

La cierva iba a su lado, mucho más cerca que la noche anterior. Cada tanto, volvía la cabeza para mirarlo, como si estuviera preocupada.

—Buenas noches, mi señor —saludó sin alegría al verlo. El velo hacía imposible leer su expresión, pero tampoco era necesario. Con el tono bastaba.

—Buenas noches, Académico —tanteó, sin saber bien cómo tratarlo en aquel estado. Acarició a la cierva, que se acercó a él y le dio un golpecito con el morro—. Estaréis cansado. Acompañadme al jardín trasero. Allí podréis tomar asiento.

—Gracias.

Los guio hasta la mesa, una roca plana que Orfeo había arrastrado hasta allí tiempo atrás. La altura era perfecta para tomar asiento en la hierba y comer con comodidad. Como en las cenas anteriores, había sido adornada con velas y guirnaldas de hiedra. No obstante, en aquella ocasión, no hubo palabras de halago.

—¿Deseáis vino? —le preguntó mientras se sentaban y la cierva se instalaba a descansar entre la hierba.

—Por favor.

Resultaba extraño que se mostrara tan dispuesto, pero decidió que era mejor no comentar nada.



El Académico, por lo general deseoso de conversar y debatir ideas, permaneció callado. También lo hizo el animal, que los observaba con la cabeza apoyada en el suelo. La cena era frugal. Pan de cebada y una selección de frutas que los faunos habían reunido, acompañadas de una porción de queso y nueces. El músico y el erudito bebieron sendos tragos de vino, pero no hubo brindis.

Después de un rato, Orfeo no pudo aguantar más. Uno supondría que, como músico, conocería el valor de los silencios, pero aquel le resultaba de lo más antinatural.

—Estáis muy callado —terminó por decir. «Qué original», se reprendió a sí mismo—. ¿Os preocupa algo?

—He estado con Ícaro —contestó él con sequedad.

—Oh. ¿Se ha dedicado a mofarse de vos? No es personal, es su forma de lidiar con el mundo.

—No. Bueno, sí, pero solo al principio. —Meneó la cabeza—. Ese no es el problema.

De nuevo, Orfeo escuchó con paciencia los acontecimientos del día del Académico. Cuando le habló de las triquiñuelas de Ícaro, no se sorprendió. Sí lo hizo cuando le explicó el trato al que habían llegado.

—No comprendo vuestro disgusto —expuso al final.

—¿Cómo? ¿No me habéis entendido? La Maldición persiste.

—Desde luego —Orfeo no había esperado que fuera de otro modo—, pero me da la sensación de que habéis logrado grandes avances. El muchacho se ha abierto a vos por completo. Es extraordinario.

—¿Extraordinario? Hablé con él, lo comprendí. Sus deseos, sus problemas, sus remordimientos. Y él consideró que tenía razón en mis argumentos. Pero sigue Maldito.

—No creo que estas cosas funcionen de forma tan sencilla —apuntó mientras colocaba queso y varios pedazos de fruta en una torta de cebada—. ¿Acaso vos sí?

—¡Bueno, claro que no! —La cierva alzó la cabeza al oírlo elevar el tono. Resultaba evidente que estaba enfadado, pero el músico no sabía muy bien con quién—. Pero soy experto en Maldiciones. Trabajé durante años para serlo, para encontrar… Y lo conseguí. Analicé esta

Maldición y la comprendí. Y, de alguna forma, eso no ha servido de nada.

—Estoy seguro de que el joven Ícaro no es de la misma opinión —lo consoló.

—Pues debería. Vine aquí para ayudarlo y se ha quedado como estaba.

—¿Vinisteis para ayudarlo o para lograr vuestros objetivos? —Orfeo dio un trago de vino.

—¿Qué diferencia hay?

—Me da la impresión de que buscáis más méritos académicos que altruismo, si os digo la verdad. —Antes de que pudiera interrumpir, alzó las manos—. No digo que os juzgue por ello. Yo mismo he buscado muchas veces la excelencia en el arte por encima de cualquier otra cosa.

El Académico contempló su copa mientras tragaba un bocado de higo. Tenía los hombros tan hundidos que parecía la mitad del hombre que era.

—No sabéis de lo que estáis hablando —murmuró, en un tono que no le había oído emplear nunca. Había sombras en aquellas sílabas, pozos.

Orfeo se encontró a sí mismo inclinándose hacia delante.

—Disculpad si…

—Y si tuvierais razón, ¿qué problema habría? No creo que haya nada de malo en ello, dado que es mi profesión. —Hablaba de nuevo en voz alta, reclamando su lugar—. ¿Un médico debe hacerlo todo por altruismo sin poder enorgullecerse nunca de su propia habilidad, que tanto le ha costado cultivar?

—Por supuesto que no —respondió con sencillez—. Como os digo, yo mismo he hecho muchas cosas que podían aparentar ser altruistas y cuyo motor era, en realidad, el deseo de probarme a mí mismo, de sobrepasar límites. La vanidad es hija del hombre.

—Lo dice el héroe que bajó al Hades a por su amada.

Lo comentó con un resoplido, como si no hubiera planeado traerlo a colación de aquella forma. Era lógico, dado que se trataba de la hazaña por la que todo el mundo conocía a Orfeo, la que se había convertido en su identidad misma. Era lo primero en lo que pensaban cuando oían su nombre.

«¿Por qué se dio la vuelta Orfeo?».

La cierva lo miró a los ojos. Intentó mantenerse calmado.

—Incluso en cuanto a eso, hay quienes me acusan de haberlo hecho para impresionar a los dioses.

—¿Cómo?

—Bueno, si de verdad quería volver a verla —no se encontraba con fuerzas para pronunciar su nombre—, podría haber acabado con mi vida. De esa forma, la habría seguido al Hades sin trampas.

Había oído aquellas palabras antes. Él mismo las había pensado.

—Menuda estupidez —comentó el Académico en un raro alarde de mala educación—. Entonces, ambos habríais perecido. ¿Qué sentido tendría eso? Vos queríais devolverle la vida.

—Cosa que no hice —se encontró a sí mismo diciendo, como si fuera un fracaso como cualquier otro.

Debió de haber algo en su tono, en los espacios entre las palabras. El Académico, en lugar de rebatírselo, de intentar reflexionar sobre ello como siempre hacía, se quedó callado. Masticó y tragó.

—Lo lamento —terminó por decir. Sonaba sincero.

Orfeo asintió. Era lo más cerca que había estado nunca de hablar de aquello.

—¿Queréis que empiece con la lira? —sugirió el Académico, con el plato ya vacío. Lo dijo en un tono mucho más enérgico; sin duda, impostado. El músico no pudo evitar una oleada de gratitud—. El tiempo apremia.

Contempló su lado de la mesa. Dio un último bocado al pan de cebada y, antes de apurar el el trago final de vino, dijo:

—Tenéis razón.

El movimiento alteró a la cierva, que se levantó y se sacudió el frío nocturno. Toda aquella verborrea la había aburrido. Con una breve agitación de las alas y sin dedicarles ni una sola mirada, desapareció en el Bosque.

El Académico abrió la boca para llamarla, pero Orfeo le indicó con un gesto que la dejara ir. Sería mejor no agobiarla.

Tal y como habían comentado la noche anterior, el erudito analizó las uniones entre los elementos. En general, estaban en un estado deplorable. Antes de que la luna fuera visible en el claro de la cabaña de

Orfeo, el Académico ya había desmontado por completo el instrumento y contemplaba el desaguisado.

—¿Y ahora qué? —preguntó, desesperado.

—Bueno, yo apartaría a un lado lo que se puede salvar, así me haría una idea de qué recursos necesito.

El erudito le hizo caso. Resultó que, aunque las cuerdas y el travesaño estaban deteriorados, ambos brazos habían sobrevivido bastante ilesos. La mayoría de las piezas pequeñas eran salvables. La peor parte se la había llevado el caparazón, que tenía una grieta de lado a lado. Era tan grande que impedía que funcionara como caja de resonancia.

—¿Se puede soldar?

Orfeo se inclinó sobre él para verlo bien.

—No. Quedaría irregular y el sonido se resentiría.

—¿Y qué sugerís?

El músico se encogió de hombros.

—Es vuestra tarea, no la mía.

—Bueno, podría cambiarlo por otro caparazón, pero no sería de oro.

—Debe ser de oro —declaró con solemnidad. La verdad era que no le importaba demasiado, pero disfrutaba un poco de ver al Académico frustrarse por algo tan mundano como aquello. Por alguna razón, no paraba de pensar en la voz con la que había reaccionado a su comentario sobre la ambición. Aquel dolor y aquella desazón. No quería volver a oírlos—. De lo contrario, no sería mi lira.

—No voy a encontrar una tortuga de oro —protestó.

—No con esa actitud, desde luego.

El otro hombre se quedó mirándolo, todo líneas gruesas y desconcierto.

—¿Me estáis diciendo que sabéis dónde hay una tortuga de oro?

Orfeo sonrió con picardía. Por un momento, se sintió como cuando era niño y, junto a sus amigos, les gastaba bromas a los navegantes.

Hacía mucho tiempo que no se sentía así.

—Os estoy diciendo que, si no la buscamos, jamás la vamos a encontrar.

Se levantó y le tendió la mano al Académico. Sus dedos, varios tonos más oscuros, se aferraron a él durante apenas un segundo. Tuvo la misma sensación que la noche anterior. Una suerte de calidez eléctrica.

Caminaron juntos. El roce de las túnicas arrancaba murmullos roncos que armonizaban con el rumor del agua. El río descendía cada vez más tempestuoso.

Se acercaron a una zona de rápidos. El sonido de la corriente, cada vez más fuerte, se apoderaba de la sinfonía del Bosque, ahogando al resto de participantes.

—Así que hay tortugas en el Bosque —comentó el Académico cuando dejaron atrás los rápidos. Orfeo seguía maravillándose con su voz, sobre todo después de un tiempo sin oírla. Tenía un timbre único, aterciopelado y cálido. Había estado pensando en ello. Era el timbre exacto con el que imaginaba que sonaría, de poder hacerlo, la luz del sol al descender sobre el mar.

—En épocas del año determinadas, algunas especies van a morir a la parte baja de los ríos, donde pueden descansar entre las rocas y no las arrastra la corriente. Para nuestro río, siempre es época de muerte de tortugas.

—¿Habéis recorrido todo el Bosque?

—No. No creo que nadie lo haya hecho. —Orfeo miró a su alrededor, hacia la negrura tras los doseles de hojas y los senderos difuminados—. Es inmenso. Pero me gusta caminar. Ayuda a despejar la mente. A veces, puedo recorrer varias leguas sin siquiera darme cuenta.

—¿Como si estuvierais dormido?

—Exacto.

—Eso no suena muy sensato. —Titubeó—. Los sabios dicen que hay que estar presente en el aquí y el ahora. De hecho, Ícaro dijo algo similar.

—¿Ícaro?

—Dijo que lo único real es uno mismo en este momento, que la existencia de todo lo demás es cuestionable. También mencionó algo sobre querer ver patrones y sobre los cuentos para niños.

Orfeo rio de nuevo.

—Siempre ha sido un muchacho de lo más despierto.

—¿Tiene algún sentido para vos?

—Bueno, el ser humano tiende a querer comprenderlo todo, como hacéis vos. Y, para comprender algo, es necesario que tenga sentido, ¿cierto? Que tenga lógica. Pero muchas cosas en la naturaleza y en la

vida no la tienen. Hay muchos Misterios. Así que utilizamos un lenguaje que comprendemos. El lenguaje de las historias.

—¿Estáis diciendo que superponemos la estructura de las historias a nuestras vivencias, como si les cosiéramos un parche para hacerlas más bonitas?

—Más bien como si fueran un texto que necesitáramos traducir. Y no solo al pasado, sino también al futuro.

Pensó en todas las veces que había dudado sobre qué camino tomar, sobre qué hacer ante un problema. A menudo, recordaba las leyendas que conocía. En los grandes héroes y sus retos. «Si a él le salió bien», pensaba, «también podría conseguirlo yo».

La primera vez que tocó ante Apolo, casi no logró dejar de temblar. Su madre le había insistido para que le demostrara sus habilidades, a pesar de que él no se sentía preparado. Al menos, no le había mentido y le había dicho que sería comprensivo si fallaba.

No falló. Se convenció a sí mismo de que era un personaje mítico, de que las horas de trabajo, los halagos y las miradas conmovidas al oírlo tocar solo podían conducir a la excelencia, al favor de los olímpicos.

Se lo había repetido tanto que, en presencia del Señor de la Música, no falló ni una nota. Tocó como se había dicho a sí mismo que podía tocar. Hizo realidad el cuento.

Y un dios le palmeó la espalda.

—No sé si estoy de acuerdo —rebatió el otro hombre. Caminaba a su lado sin perder el ritmo. Su zancada, más larga que la de Orfeo, cada vez era menos torpe. Comenzaba a acostumbrarse a caminar por el Bosque —. Hay muchas experiencias que he tenido que no poseen, ni de lejos, la elegancia y la coherencia de una historia.

El músico asintió.

—¿Y no será porque forman parte de una historia mayor que os estáis contando?

—Quizá sí —concedió el Académico—. O quizá no. Tendría que pensar más en ello.

Orfeo soltó una carcajada.

—Si no cumplís vuestra parte del trato, tendréis todo el tiempo del mundo para pensar.

Por un momento, pensó que se lo tomaría mal. Sin embargo, desde las alturas, el Académico exhaló un resoplido divertido.

Continuaron en silencio. En aquella ocasión, en uno más cómodo. La luna se colaba entre las hojas; haces de plata rompían la penumbra.

—Os envidio un poco —comentó el erudito en un momento dado.

—¿Porque soy arrebatadoramente guapo y talentoso? —preguntó el músico. Se sentía ligero, casi como si pudiera jugar.

El erudito se rio de nuevo y negó con la cabeza.

—Porque demostráis estar muy seguro de todo. Opináis como si tuvieseis la certeza de tener razón, como si no pudieseis fallar.

Orfeo tragó saliva. A su derecha, una lechuza ululó con brío. Aquello había sido un golpe bajo. Uno atinado, sí, pero no por ello menos bajo.

—Sé que puedo fallar. Soy muy consciente de ello, creedme.

—Pero os mostráis seguro —insistió el Académico—. Firme.

—Es necesario para obtener respeto. Así me lo enseñaron —contestó Orfeo con brusquedad.

—Estoy seguro de que tenéis razón, mi señor.

Volvía a ceder ante él. Suspiró. Lo desafiaba hasta cierto punto, pero nunca se arriesgaba a enfadarlo de verdad. Al fin y al cabo, para él continuaba siendo el señor del Bosque.

—Creo que el verbo «mostrar» es la clave del asunto —Conciliador, decidió explicarse—. Recordad que soy poeta y músico. Casi desde que tengo uso de razón, he tenido audiencia. Ya de niño aprendí a actuar, como todos aquellos que dedican su vida a mi profesión.

Recordaba discusiones con su padre, marcharse de la sala y llorar en sus aposentos. Recordaba salir un rato después con una sonrisa en los labios y pasarse la noche saludando a invitados. Conversaciones animadas, carcajadas, vino. Recordaba quedarse solo de nuevo y pensar: «¿Quién soy? ¿Quién acaba de estar en esa habitación?».

—¿Así que siempre estáis actuando? ¿Siempre que hablamos?

—No es así exactamente. No actúo a propósito, ¿sabéis? —intentó explicarse. Ojalá fuera tan sencillo como un simple engaño—. Es más sutil. A veces, me descubro mostrándome más seguro de lo que me siento, más estoico o más cómico. Puedo intentar evitarlo, pero es difícil. Ya es parte de quién soy.

—¿Podríais intentarlo cuando esté con vos? —pidió, envalentonado —. Me gustaría hablar con vuestro auténtico yo.

Orfeo sintió una sensación extraña, brisa sobre carne viva.

—Puedo, pero no sé si sería muy justo.

—¿A qué os referís?

—Pretendéis que yo me descubra por completo y, mientras, vos aún lleváis el velo.

Lo dijo en tono juguetón, pero consiguió ofenderlo. Lo notó en su forma de caminar a su lado, de mover los hombros. Lo notó en sus graves.

—No es lo mismo en absoluto. Ya os he dicho que el velo es una tradición de mi gente, desprenderse de él es una demostración de intimidad y confianza que debe otorgarse por voluntad propia.

—¿Y mostraros tal como sois no lo es?

—No es lo mismo —insistió el erudito.

Orfeo meditó sus palabras mientras esquivaban un tronco caído en medio del sendero. Llevaba allí años. El musgo y la hojarasca formaban una alfombra sobre la corteza muerta.

El silencio comenzó a pesar.

—Comprendo que es una tradición —afirmó con sinceridad—. Pero, para mí, mostrarme del todo sincero y vulnerable también requiere un grado de intimidad y confianza notables.

—Lo puedo entender —concedió el Académico.

Un punto medio. Al menos, podían encontrar uno.

Cuando llegaron a la zona del río donde solían descansar las tortugas más ancianas, detuvieron la marcha y el debate. Tras acercarse a la ribera, observaron con atención, buscando. Con la única ayuda de la luna y algunas luciérnagas, costaba distinguir los caparazones de las rocas que sobresalían del agua. La luz era leve, apenas un velo. Después de un rato, a Orfeo se le acostumbró la vista.

Entró en el río, el agua hasta las rodillas, para coger una de ellas. Era muy anciana. Podía notarlo en el color de la piel y en lo poco que se movía. Tenía los ojos velados, casi blancos de la vejez.

La acercó a la orilla, donde el Académico la cogió. Sus grandes manos aferraron el caparazón con delicadeza, cuidadosas. No podía ver su expresión, pero sí la forma en que la acarició. Había ternura en el gesto.

—No vivirá mucho más. —Al músico le dolió tener que decírselo, pero era mejor que no se encariñara—. Ninguna de las que lleguen hasta aquí lo hará.

El otro hombre asintió, sin decir nada. A pesar de no poder leer la expresión de su rostro, comenzaba a ser capaz de interpretar los pliegues del velo, las distintas inclinaciones. Ladear la cabeza de aquella forma hablaba de pena.

También en silencio, Orfeo tomó de nuevo la tortuga y volvió a dejarla en el río. Lo hizo con respeto, buscándole una piedra con la que poder parapetarse de la corriente.

—¿Ahora buscamos una de oro?

—Buscamos una de oro —confirmó Orfeo

El aire entre ellos seguía algo tenso. El músico no pretendía insultar su cultura, pero tampoco quería dejarse avasallar. Comenzaba a ser consciente de que su debilidad por la voz del Académico lo inclinaba a darle la razón en momentos en los que, por lo general, sería reacio a hacerlo.

Recorrieron el río. A veces, por la orilla. A veces, por el borde del propio cauce, donde el agua les llegaba a las pantorrillas. La noche era cálida, con reflejos azulados que se enredaban en la corriente. La luz de la luna le arrancaba fulgores al agua; la convertía en un portal a un mundo hecho enteramente de estrellas.

—Lo he estado pensando —dijo el Académico—. Y sí que buscaba méritos, como dijisteis, pero también quería ayudar a Ícaro. Lo ansiaba de veras.

—Os creo. —Orfeo se volvió para mirarlo—. Y me da la impresión de que él lo sabe.

—Pero el final sigue siendo el mismo. Siempre insisto en la importancia de la intencionalidad sobre el resultado, pero estoy fallando en aplicármelo a mí mismo.

—¿Creéis que solo importan las intenciones que tenemos, y no lo que acabamos haciendo?

—A nivel moral, sí.

—¿Y eso qué significa? ¿Para el alma?

—Supongo que se podría decir así…

—Pero eso es una locura —exclamó el músico, atónito ante tamaño despropósito.

—¿Una locura?

—Una auténtica locura. Si mi intención es llevarle un regalo a mi hijo y, para hacerlo, quito un fósil que forma parte de un puente y eso provoca la caída de la estructura y de todas las personas que pasan por encima, ¿no tengo culpa de nada? ¿No perjudica mi alma?

El Académico puso los brazos en jarras. En alguien de su tamaño, resultaba una postura bastante cómica.

—Un ejemplo un tanto rocambolesco, ¿no os parece?

Orfeo situó los pies entre dos rocas para mantenerse firme ante la corriente.

—Pero válido de todas formas.

—Bueno, si vuestra intención fuera hacer feliz a vuestro hijo, supongo que no. No tendríais culpa en el sentido estricto. —El erudito se encogió de hombros.

—¿No tengo la responsabilidad de saber que eso podría pasar, de utilizar mi intelecto y mi prudencia? ¿No cargo con la culpa de no haberlo hecho?

—Vuestros deseos eran puros.

El músico lo observó, con el río corriendo entre los pies.

—No lo decís en serio —resopló—. Menudo concepto de la moral más conveniente.

—¿Cuál es el vuestro?

—El opuesto. Lo que cuenta es lo que logramos o no, por muy buenas o malas que sean nuestras intenciones. Es lo más justo.

—¿Así que, si mi objetivo es salvaros la vida y lo intento con todas mis fuerzas, pero me lo impiden poderes externos y no lo logro, no he hecho nada?

—Otro ejemplo extremo, pero, siendo justos, no.

—¿Por mucho que lo haya intentado?

—No os quito el mérito de haberlo intentado, que es valioso en sí mismo, pero en realidad no habéis logrado nada, ¿no?

El Académico no escondió su desconcierto.

—¿Cómo es posible que tengamos visiones tan dispares? Ambos somos hombres de edad similar y, dadas nuestras conversaciones hasta

este momento, con ciertas similitudes intelectuales.

Orfeo se encogió de hombros.

—Tal vez haya otro hombre por ahí cuyo concepto de la moral sea una mezcla de estos dos. No lo sabemos.

—Tal vez él opine que importan las intenciones tanto como los resultados.

El músico asintió mientras la luna, cada vez más baja, hacía lo propio. Continuaban buscando tortugas y, aunque algunas tenían el caparazón muy claro y ya habían fenecido, ninguna llegaba a presentar el tono metálico del oro.

—Imagino que Ícaro no estaba de acuerdo con vuestra idea de moral —comentó Orfeo.

—Al principio, no. Luego reconoció que tenía razón.

—Y eso os gustó, ¿cierto? —indagó, con curiosidad. Suponía la respuesta.

—Es evidente. —Se encogió de hombros, ya sin tratar de mostrarse recatado o humilde—. Pero no sirvió para eliminar la Maldición.

El músico alzó los brazos con gesto impotente, para indicarle que no podía ayudar con aquello.

—Lo intentasteis. Eso es lo que cuenta —dijo en tono burlón.

De nuevo, no supo si había hecho bien hasta que el Académico soltó una carcajada.

—Sois un auténtico hipócrita.

Orfeo rio también. Le gustaba aquella versión del erudito. Más descarada. Más sincera. Hacía mucho tiempo que no reía así, que no hablaba así. Casi había olvidado cómo era experimentar aquel tira y afloja.

A su alrededor, las pinceladas del amanecer teñían el Bosque de azules imposibles. Púrpuras. Rojos. Cuando los primeros rayos de sol alcanzaron el río, todo ocres y bronces, una tortuga destelló con el brillo áureo de los héroes.

—¡Ahí! —exclamó el Académico, y se lanzó a la corriente.

El músico fue tras él, sorprendido. Cuando hablaba de encontrar una tortuga de oro, estaba de broma. No eran precisamente comunes. ¿Cómo demonios había acabado una en su Bosque?

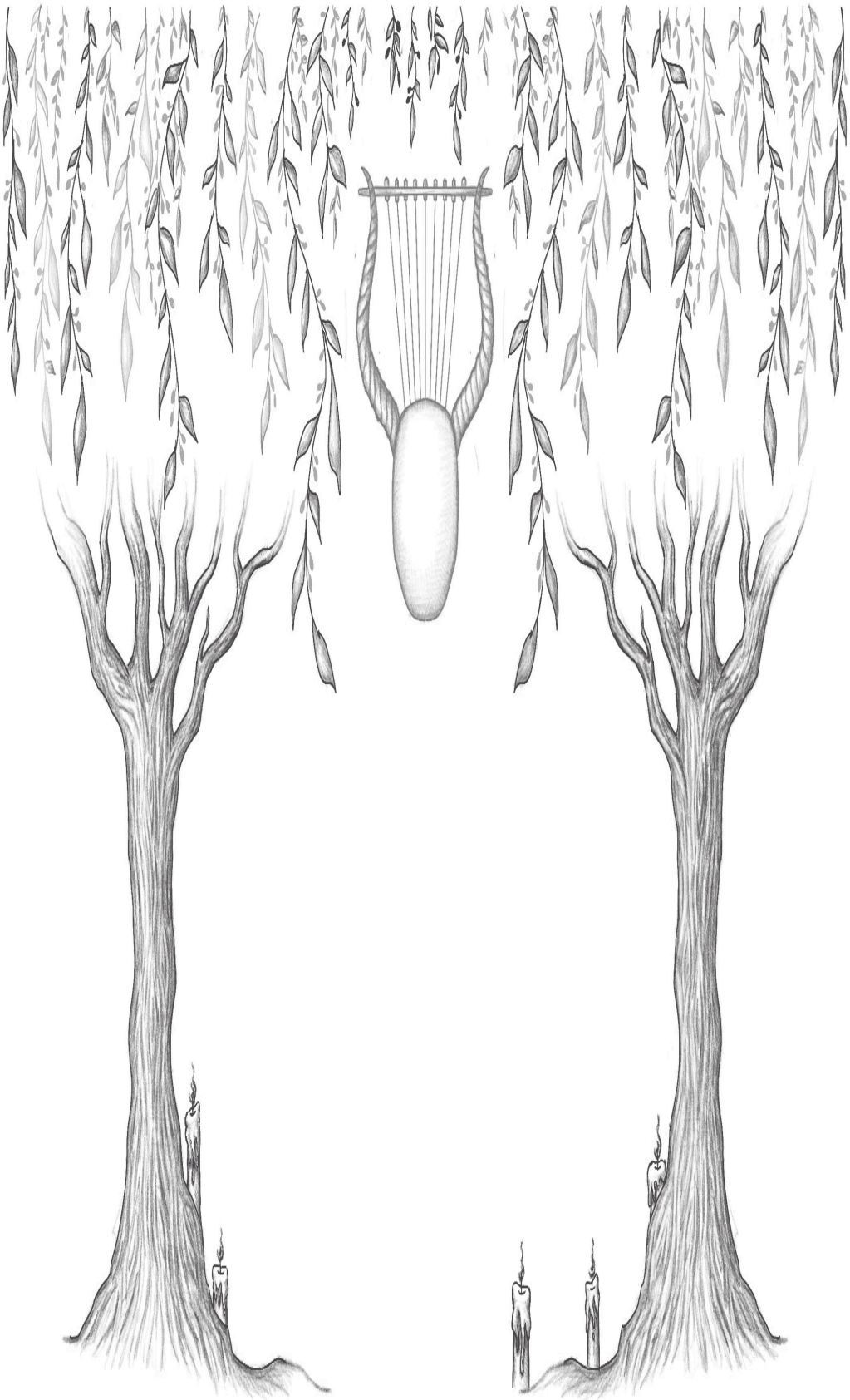
No había tiempo para hacerse preguntas. El Académico luchaba contra la fuerza del agua. Se apresuró a ayudarlo y, juntos, sacaron el caparazón del río. Su huésped había perecido hacía tiempo, por lo que la tarea no fue tan desagradable.

Cuando volvieron a la orilla, jadeantes y con la nueva caja de resonancia en el zurrón, el Académico declaró:

—Hoy visitaré al hombre del telar.

Aquello hizo que Orfeo levantara la cabeza con brusquedad.

No iba a ser un día fácil.



7
EL VIEJO Y EL TAPIZ

El Bosque albergaba varias ruinas de construcciones que, antaño, debieron de contar con cierto esplendor. Fue en una de ellas donde el Académico encontró al Hombre Harapiento.

Todo el mundo le había dicho que era mejor no pronunciar su nombre. A diferencia de la Leona, él no había escogido aquel epíteto. Había sido el propio Académico quien, tras ver que nadie pensaba hacer las presentaciones, había resuelto apodarlo de alguna forma.

Según se decía, la sola mención de su auténtico nombre amenazaba con romper el hilo que lo unía a la cordura, que ya debía de ser fino de por sí. Se alteraba, hiperventilaba y, según comentaban, podía volverse agresivo.

—Buenos días, mi señor —lo saludó al llegar a la explanada. Restos de columnas rodeaban el lugar, formando una pequeña fortaleza.

Por supuesto, no hubo respuesta. Como ya había comprobado durante el banquete, el Hombre Harapiento jamás levantaba la vista del tapiz ni emitía palabra alguna.

—No conseguiréis que hable —le había advertido Orfeo, no sin cierta lástima—. Ni siquiera vos.

El Académico no estaba acostumbrado a que creyeran en él. Era así de simple y así de claro. Las dudas del músico no le resultaban ajenas, pero sí aquel último comentario. «Ni siquiera vos».

Como si él fuera especial.

Aquella muestra de estima casi había mitigado la crudeza de la advertencia. En cualquier caso, no contemplaba rendirse. El Hombre Harapiento tenía una de las Maldiciones más interesantes que había visto. Su atención siempre estaba puesta en el telar. Su consciencia, atrapada entre las hebras. Al menos, eso parecía a simple vista.

—He venido a acompañaros en este día tan agradable. —Tomó asiento en una de las columnas guillotinadas por el tiempo. El sol brillaba en el cielo, aún con la luz dorada de las primeras horas de la mañana—. Si me lo permitís.

Los dedos continuaron su viaje por el telar, ágiles a pesar de la vejez.

—He traído un pequeño banquete para los dos —continuó—. Mirad: vino de las reservas de Orfeo, pan y un buen queso. ¿Lo compartiréis conmigo?

Ya sabía que no iba a obtener respuesta, por lo que comenzó a comer por su cuenta. Mientras lo hacía, observó al anciano.

La tez morena, maltratada por la exposición al sol, y las manos curtidas hablaban de oleaje y tormentas en alta mar. Las arrugas enmarcaban una mirada aguda que ni siquiera centrada en el tapiz perdía aquel brillo de inteligencia. Pudo imaginar que, en otro tiempo, debió de ser un conversador ágil y avispado.

El Académico pasó horas frente a él, decidido a que se acostumbrara a su presencia. A su alrededor, el Bosque crepitaba con los sonidos que ya le resultaban familiares. Un conejo se acercó a olisquear la comida y, al poco rato, acudieron varios petirrojos.

Intentó hacerle preguntas al anciano, contarle viejas anécdotas. Le habló de la ocasión en la que él y su hermano criaron renacuajos, del malhumorado profesor de lógica que había tenido en la universidad. En un momento dado, incluso le habló de Orfeo.

—No comprendo por qué, pero logra alterarme, hacer que pierda los papeles. Tiene esos ojos grises tan… No encuentro la palabra, pero resulta imposible ignorarlos. O tal vez sea esa mueca burlona que pone siempre.

Nada servía. El Hombre Harapiento seguía tejiendo en completo silencio.

—Mi madre tampoco hablaba, al menos hacia el final —comentó el Académico en un momento dado, perdido en una maraña de pensamientos verbalizados sin control—. Se desvanecía, cada vez más incorpórea. Pensaba que hablar la anclaría al mundo, pero no sirvió de nada. Le repetí una y otra vez que había sido yo quien no lo había vigilado bien, que era el hermano mayor, pero tampoco sirvió de nada…

Sacudió la cabeza, se obligó a callar. Para apartar aquellos pensamientos, se acercó a ver el telar.

Se situó a la espalda del anciano. Por la forma en que los músculos se tensaron, supo que él lo había notado. Se quedó asombrado al ver que

el tapiz no representaba nada. Una simple extensión azul, de un tono similar al de un lago cuando le da el sol.

—¿Eso es lo que tejéis? ¿La nada?

Silencio.

—¿De dónde sois? —preguntó, ya a la desesperada.

Más silencio.

Estaba a punto de darse la vuelta, decepcionado, cuando el Hombre Harapiento añadió hilo blanco. Con unos cuantos movimientos de muñeca, plasmó una pequeña ola.

El Académico comprendió.

—¿El mar? ¿Sois marino?

La respuesta tardó en componerse, pues requería muchos hilos distintos. En el tapiz aparecieron, poco a poco, un barco, una isla y multitud de aquellas olas.

—Ya veo. Un hombre de mar. ¿Y cómo habéis acabado en el Bosque?

Nudos, más lana. Los dedos se movían a toda velocidad.

Primero, un ojo y una oveja.

Luego, una mujer con alas y cuerpo emplumado.

Un caballo de madera.

Un cerdo.

Un cuchillo.

Y, bajo todo lo demás, un barco.

—Debe de haber sido toda una aventura —comentó el Académico, sin saber qué más decir ante aquel galimatías.

Por suerte, la fuerza del hábito tomó las riendas. No importaba la forma en que se comunicaran, a todos los Malditos había que hacerles la misma pregunta.

—¿Podríais hablarme de vuestra Maldición?

Los dedos se pusieron en marcha de nuevo. La imagen que tejió en el telar era de una exquisitez insólita. Representaba a una mujer hermosa, de brazos fuertes y cabello recogido con hilos de oro. Sentada frente a aquel mismo telar, trabajaba con expresión concentrada.

—¿Es vuestra esposa? ¿Qué le ocurrió?

Pero el anciano no había terminado. Junto a la tejedora, un niño cobraba forma, todo piernas espigadas y rizos oscuros. Sus ojos, grandes como océanos, miraban hacia el Académico.

Con un toque final, el Hombre Harapiento añadió lágrimas para que recorrieran ambos rostros.

—Vuestro hijo…

Aguardó antes de preguntar nada más, pues su entrevistado seguía afanado en el telar. Volvió a representar la misma imagen, pero, en aquel caso, la mujer era mucho más anciana y el niño, ya un hombre joven. De nuevo, ambos lloraban por él.

El Académico tomó nota de aquello.

—Os ausentasteis de vuestro hogar durante mucho tiempo, mientras vuestro hijo crecía y vuestra esposa envejecía. ¿Por voluntad propia?

El anciano tejió un barco perdido en el mar, rodeado de tormentas y monstruos.

—Solo intentabais volver con vuestra familia —comprendió el Académico—. En ese caso, el dolor que causó vuestra ausencia no debería ser responsabilidad vuestra, ¿cierto?

El anciano no le dio la razón.

Continuó su trabajo en el telar, contándole una historia de errores, desavenencias y giros azarosos. Había enfadado a la gente equivocada, tomado el camino más largo y elegido la ruta más complicada. Un dios se había puesto en su contra mientras su destino giraba y giraba en los mares de su patria.

El Académico intentaba bosquejar los motivos del tapiz en el cuaderno. Pronto, aprendió a comprender los patrones. Cuando el Hombre Harapiento utilizaba azules y violetas, su ánimo respecto a lo que sucedía era neutro, equilibrado. Si recordaba algo con cariño o alegría, empleaba ocres y amarillos, con toques de naranjas. Cuando, en cambio, utilizaba rojos y tonos oscuros de granate o bermellón, significaba que sentía remordimientos respecto a lo sucedido. Las hebras carmesíes enmarcaban los errores.

Y había muchas. El color de la sangre predominaba cada vez más en el telar conforme la narración avanzaba.

—Sois un hombre, mi señor —terminó por decirle, abrumado ante toda aquella culpa. Dejó escapar un suspiro—. Cometer errores está en nuestra naturaleza.

El anciano respondió con una nueva imagen. Otra mujer, muy distinta a su esposa, cobró forma a través de las hebras. Ataviada con una túnica

oscura bordada con lechuzas, no era ni joven ni anciana. Había un cierto brillo maternal en su mirada severa, pero no era una maternidad tierna. El casco la señalaba como la diosa Atenea.

La imagen estaba llena de expectativas defraudadas.

«Debía ser más», imaginó que el Hombre Harapiento le decía. Ella así se lo había transmitido.

—No tiene sentido pensar de esa forma. Ninguno de nosotros puede ser más de lo que es. Y eso no es algo malo.

Aguardó mientras los hilos volvían a formar imágenes entre las hebras. En aquella ocasión, adoptaron la forma del Monte Olimpo, una representación de la ambición y las metas.

—Tengo ambición, claro —asintió el Académico—, pero no incluye aspirar a lugares que no puedo alcanzar. Sé que la perfección es uno de ellos.

El anciano tejió de nuevo. Un Académico hecho de hilo cobró forma en el Olimpo y otro en la tierra situada por debajo. Uno superaba los límites; el otro permanecía con los pies en el suelo.

—Una cosa es superar límites, mejorar. Y otra muy distinta es pretender ser infalible —rebatió el erudito—. Los errores son inevitables, necesarios para avanzar. Además, no estamos aquí para hablar de mí.

El Hombre Harapiento se inclinó sobre el telar. Cuando sus manos bajaron el ritmo de tejido, la imagen era grotesca.

Cadáveres por todas partes. Sangre, extremidades amputadas, cenizas. Sus errores no eran como los de otros hombres. Habían costado destinos, segado vidas a lo largo y ancho del mar.

El Académico no pudo evitar sentirse conmocionado ante la imagen. Agarró con fuerza el cuaderno y tragó saliva.

—No se trata de eso —intentó pensar en algo para rebatir aquello, una forma de justificarlo—. En el contexto en que os encontrabais, esa clase de daños podían estar a la escala de las circunstancias. Si debéis luchar o morir, nadie os reprochará que luchéis. Vuestra intención no era causar esos males.

El Hombre Harapiento agarró un puñado de lana oscura y estuvo un rato tejiendo un monte distinto. En aquella ocasión, un hombre

ascendía por una ladera escarpada. Arrastraba una roca de grandes dimensiones.

Sísifo, un símbolo de penitencia.

—¿Castigo? ¿Podríais explicaros?

Pero los dedos del anciano guardaron silencio, de nuevo dedicados a crear un océano de lana azul.

—Está bien, intentaré entenderos. Esto significa que también veis la Maldición como un castigo, ¿cierto? El telar es vuestro verdugo.

El hombre tejió con furia en aquella ocasión. Sus dedos dieron forma a una imagen hermosa: el telar iluminado por los primeros rayos de sol. Un símbolo de amor, de hogar.

—¿Cómo, si os tiene atrapado bajo su yugo?

Otra vez la primera mujer. Su esposa. El telar era suyo y, por lo que podía deducir, la culpabilidad del Hombre Harapiento estaba ligada a ella mucho más que a los muertos. La había dejado sola durante años, defendiendo sus tierras y criando a su hijo.

Como manifestaciones del arrepentimiento, las Maldiciones adoptaban todo tipo de formas. Cuando la culpa estaba relacionada con el agravio hacia una persona en concreto, no era extraño que el tormento tuviera que ver con ella.

—¿Podríais hablarme de vuestra esposa?

Dudó. Durante unos minutos, las manos permanecieron calladas.

Al final, el tapiz se llenó de imágenes de montañas y flores, de niños que se perseguían y adolescentes que se robaban besos furtivos. Conversaciones bajo mantos de estrellas y sonrisas que hacían palidecer al sol.

—Parece una buena mujer.

Por primera vez, el anciano hizo una pequeña mueca. Una sonrisa. Por muy raída y mellada que estuviera, una sonrisa era una sonrisa.

Entonces representó a la mujer en actitud de explicarle algo. A su espalda, se desplegaban mapas y cálculos. Una versión más joven del Hombre Harapiento escuchaba y tomaba apuntes. Debatían sobre estrategia militar. Ella era la experta.

Pero era él quien iba a ir a la guerra.

—No todos los hombres reconocerían que su esposa es más inteligente que ellos.

Se encogió de hombros, como si no le importara que el mundo estuviera lleno de necios.

El Académico asintió. Lo respetaba.

—¿Tejéis por ella?

El tapiz se llenó de imágenes de la mujer tejiendo mientras miraba por la ventana, la vista perdida en un lugar más allá del mar.

—Ella tejía mientras os esperaba —comprendió—. Y ahora creéis que le debéis lo mismo.

El Hombre Harapiento no respondió. Se quedó muy quieto, casi rígido, con la boca entreabierta. A través de los labios, el Académico distinguió algo en su lengua.

Una cicatriz con forma de estrella.

Tras unos minutos, poco a poco, volvió a encorvarse sobre el telar. Los hilos retomaron su andadura y volvieron a dibujar el conocido mar. Oleaje, oleaje, oleaje. Aquello daba la impresión de calmarlo.

El Académico se alejó unos pasos; le dejó espacio. Decidió dar un paseo por las ruinas mientras sopesaba qué palabras debería escoger, qué estrategia sería más adecuada. Le había prometido a Orfeo curar al menos a uno de los Malditos y, de momento, no estaba teniendo ningún éxito.

Una marca de Maldito en la lengua. Era inusual y, sin duda, significaba algo. El Hombre Harapiento sentía que, en algún momento, había hablado de más. Tal vez estuviera relacionado con lo que había tejido sobre enfadar a un dios.

Y ahora, no hablaba en absoluto.

La culpa nacida del amor era una de las más complicadas. Lo había aprendido tiempo atrás y todos los escritos coincidían en ello. El amor ensalzaba al ser amado. La culpa mutilaba la imagen propia. El cisma entre ambos se ensanchaba y la situación se volvía compleja.

—Si ella estuviera aquí… —murmuró para sí mismo.

Era consciente de que incluso aquello podía probarse inútil.

La hiedra, sana y ambiciosa, rodeaba las columnas y coronaba los restos de los capiteles. Había un tipo especial de belleza en las ruinas, una suerte de quietud. La dulzura sutil de lo efímero, tal vez. La intimidad de algo que ya ha terminado.

En la linde del claro, vislumbró a la cierva. Las alas permanecían plegadas, inútiles. Como siempre, lo observaba con expresión inescrutable.

Un ruido lo distrajo. Una ardilla que rebuscaba entre la maleza. Mientras la miraba, se le ocurrió una idea. Con una pequeña esperanza entre las manos, regresó junto al Hombre Harapiento.

—Habéis tejido muchos episodios de vuestra historia —le dijo, nada más llegar—. Me habéis mostrado numerosas imágenes de vuestra esposa y vuestro hijo. ¿Podríais mostrarme una vuestra? El velo me impide veros la cara con claridad y, según las costumbres de mi pueblo, no puedo descubrirme ante vos, pero podría retirármelo si estoy mirando hacia el telar. Me gustaría tener una noción más clara de con quién hablo.

Era una excusa pobre, lo sabía. Esperaba que se la creyera, pero, por un momento, dudó de si funcionaría. Contuvo la respiración.

El Hombre Harapiento no varió la expresión ni volvió a ponerse rígido. En lugar de eso, se puso a tejer como si la petición hubiera sido del todo razonable. Como si, en realidad, hubiera estado deseándolo.

La imagen que cobró forma bajo los dedos era, al mismo tiempo, una constatación y una sorpresa. En lugar de representar su aspecto actual, el anciano tejió un hombre joven, en plena forma física, que sostenía una lanza. El arma estaba cubierta de sangre y la expresión del muchacho solo se habría podido definir como demoniaca. Ojos llenos de odio, dientes largos como los de un lobo y labios curvados en una sonrisa demente.

Un monstruo.

El Académico tragó saliva.

—Interesante. —Esbozó un boceto en el cuaderno con trazos rápidos y ligeros—. ¿Así es como os veis? ¿Por qué?

Las historias de hilo rojo reaparecieron. Los crímenes, los remordimientos.

—Tuvisteis que hacer cosas terribles para regresar a casa, ¿es eso?

Una nueva imagen del monstruo. Esta vez, aún más grotesco. El anciano se clavó un dedo en el pecho con torpeza, como si ya no estuviera acostumbrado a hacer otro gesto que no fuera tejer. Se señalaba a sí mismo.

—¿Como si os hubierais transformado?

El Hombre Harapiento volvió a detener su tejido.

—Las hicisteis para volver con vuestra familia, ¿cierto?

En aquella ocasión, la respuesta fue una estampa de la mujer y el joven dándole la espalda al espectador, al Hombre Harapiento.

Se le ocurrió una idea.

—¿Creéis que si le pidiera a vuestra esposa que tejiera una imagen vuestra, sería similar a esta?

El Hombre Harapiento le quitó importancia con un encogimiento de hombros. No veía qué peso podía tener aquello.

—Me habéis dicho que vuestra esposa es sumamente inteligente, así que asumo que debéis de tener sus opiniones en gran estima.

El tapiz permaneció mudo durante un rato. Hebras de colores varios se cruzaban entre sí, sin un patrón claro. Al final, el anciano decidió hacer un gesto negativo con la mano, como si quisiera indicar que no siempre era así.

—No, claro, solo cuando os conviene a vos. —El Académico solía mantener un tono más neutral en sus entrevistas, pero aquella comunicación a través del telar lo frustraba cada vez más—. Quizá argumentaríais alguna razón, como que su amor por vos la ciega. No es esa la imagen que me habéis pintado de ella. Una mujer estratega, brillante. Además, si ella y vuestro hijo son los agraviados, tal vez deberían ser a quienes escuchéis ante todo.

Aquella conversación cada vez le recordaba más a su madre.

—Mamá, es culpa mía —solía decirle el Académico de niño, sollozando—. Él se resbaló y yo no llegué a tiempo para cogerle la mano. La corriente se lo llevó y había tanta sangre… Mamá, es culpa mía.

Su madre meneaba la cabeza y, después, desaparecía. Echaba a andar por las calles, sin rumbo, y no regresaba en horas.

Su padre empezó a notar que, cada vez que tenía uno de aquellos ataques de llanto, su madre empeoraba. Por ello, le enseñó a refrenarlos a base de palizas. Para cuando cumplió los diez años, el Académico ya nunca lloraba por su hermano.

El Hombre Harapiento volvió a retratar a su mujer. En aquella ocasión, aún más bella; las lágrimas, más detalladas. El retrato de una

criatura inalcanzable.

—Sí, sé que creéis que ya no sois digno de ella. —Suspiró, aplastado por los recuerdos—. Y sé que tejéis para compensárselo. Pero, y perdonadme el atrevimiento, ¿de qué le sirve a ella que estéis aquí tejiendo?

Otra imagen de la mujer y el joven viviendo en paz. Al otro lado del telar, de nuevo, la figura de Sísifo.

El Académico sintió auténticas ganas de abandonar la profesionalidad, de sacudir a aquel viejo terco y quemar el telar. Por supuesto, se contuvo.

—¿La ayuda a ella en algo? ¿A vuestro hijo? —preguntó al final, repitiéndose—. Dejar que los remordimientos por nuestras acciones nos ahoguen no las borra ni nos hace personas mejores, tan solo más tristes.

El Hombre Harapiento ladeó la cabeza. Durante un rato, no hizo nada más. Después, se irguió en su asiento. Su actitud cambió. Los dedos se volvieron más danzarines, más rápidos. Representaron un caballo de madera, los laureles de los vencedores, la gloria de la guerra.

—Exacto, también lograsteis grandes hazañas. —El Académico asintió con vehemencia. Ya sabía quién era aquel hombre.

Tras concluir sus imágenes de gloria, el anciano volvió a encorvarse. Meneó la cabeza. Miró al erudito una sola vez y, sin necesidad de palabras, quedó claro lo que le estaba diciendo. Abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. La cicatriz con forma de estrella, tan fina como grotesca, destelló iluminada por la saliva.

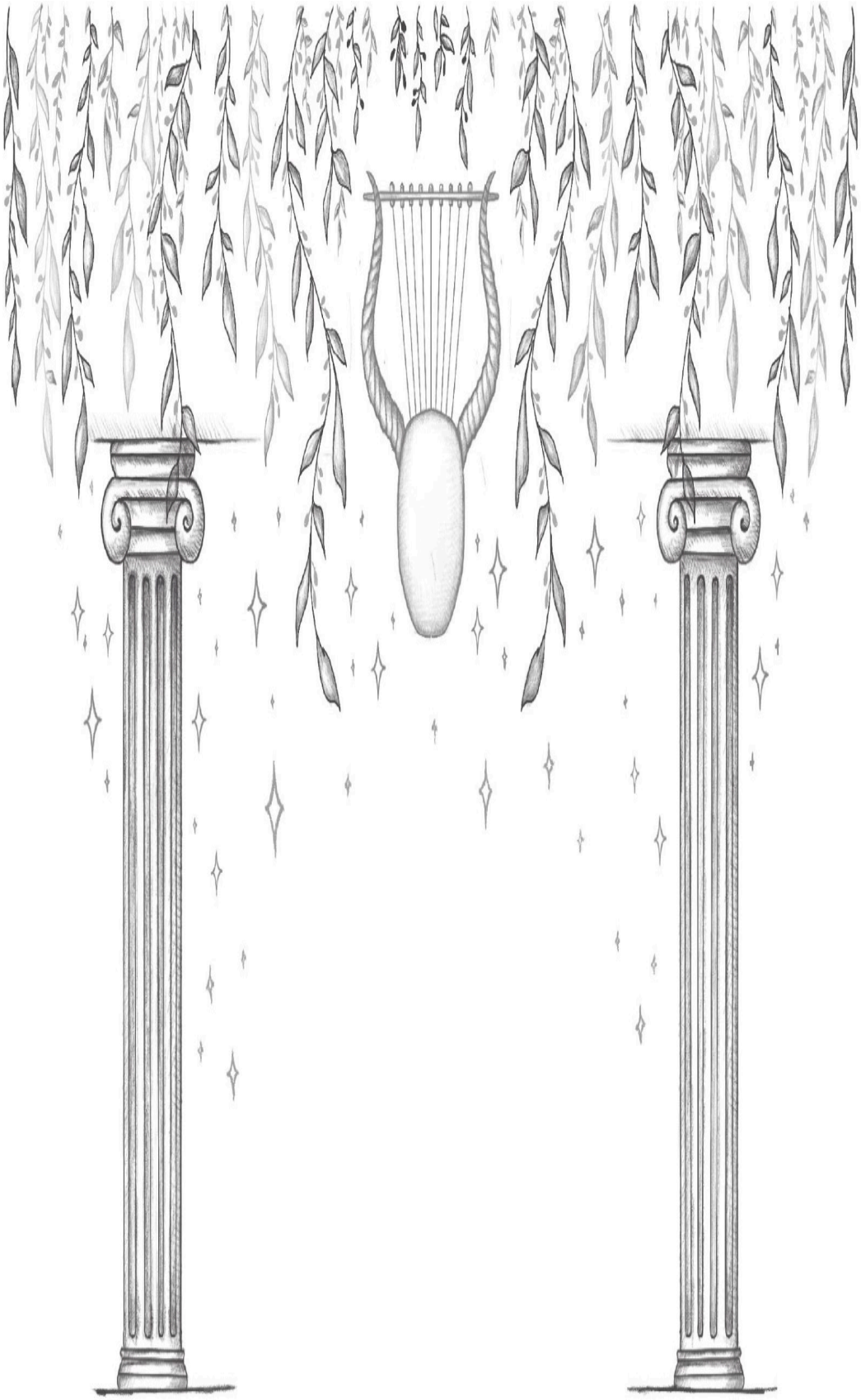
«No lo entendéis».

Había cierta altanería en la derrota de su mirada. La soberbia de alguien que le tendió una trampa a Troya, que burló a los dioses y se salió con la suya.

Lo sospechaba desde hacía un tiempo, pero el caballo de madera lo confirmaba. Aquel hombre era Odiseo. Había cegado al hijo de Poseidón y se había asegurado de que supiera quién lo había derrotado. El dios lo había perseguido sin descanso, lo que alargó diez años el viaje de regreso a Ítaca, donde aguardaban su mujer y su hijo. Por lo que decía, aquello lo había convertido en un monstruo.

Quizá fuera cierto y el Académico no lo entendiera. Al menos, no lo suficiente para ayudarle.





8
NOCHE DE LINO

La cuarta noche, Orfeo esperó al Académico en las ruinas donde celebraban los banquetes.

El antiguo templo dormitaba, vacío. Piedra, sombra y ecos. En momentos como aquel, era fácil imaginar a las sacerdotisas de antaño, con sus túnicas del blanco de las nubes. Días de contemplación, plegarias y ofrendas quemadas. Días de fuego y quietud.

Había pasado mucho tiempo desde entonces. Orfeo desconocía cuánto, pero las piedras no habían perdido del todo su pátina sagrada. Aún se podía sentir el deseo de fe.

Los pasos del Académico disiparon el encantamiento, acompañados por los de la cierva, mucho más leves. Los vio atravesar una de las arcadas, dos siluetas sólidas en la noche líquida.

Tal y como había imaginado, el erudito no llegó de buen humor.

—Ese hombre es imposible —farfulló en cuanto sus miradas se encontraron.

El músico sonrió mientras la cierva se mantenía a su lado. Aunque solo permitía que la tocara Orfeo, se la veía mucho más cómoda con el Académico de lo que se mostraba con nadie más. La mayoría de los Malditos ni siquiera la habían visto nunca.

—Se han escrito poemas sobre ello, sí —asintió Orfeo.

—Es cerrado, soberbio y terco como las mulas. Y ya sé lo que me vais a decir.

—Ah, ¿sí?

—Vais a decir que me lo advertisteis, cosa que ya sé.

Tuvo que contenerse para no echarse a reír.

—Pues os equivocáis una vez más. Iba a preguntaros cómo sabéis que es soberbio. El hombre no habla.

—Hemos hablado a través del telar —explicó el Académico, como si fuera evidente.

—¿Cómo?

Mientras caminaban entre las ruinas, el erudito se lo explicó. Le habló de cómo había intentado conversar con él y de cómo, en un momento dado, había obtenido una respuesta en forma del dibujo de una ola. A partir de ahí, la conversación había avanzado hacia terrenos más farragosos.

—Suena increíblemente tedioso y complicado —comentó Orfeo, aun así impresionado. La cierva alada se acercó a él con los ojos muy abiertos. Ya sabía lo que quería, por supuesto, así que le tendió una pequeña manzana que se había guardado en la túnica. Muy ufana, la agarró con los dientes.

—Lo era mucho más por la terquedad del tejedor. —El Académico golpeó una piedra del camino mientras el animal masticaba, satisfecho.

—No lo entendéis. ¡Habéis logrado algo extraordinario! —Orfeo se detuvo frente a él y le puso una mano en el pecho para pararlo. Aquello sobresaltó a la cierva, que decidió marcharse y perderse en la espesura.

El erudito bajó la cabeza hacia la mano. Luego, volvió a subirla.

—¿Sí?

—¡Sí! ¿Es que no lo veis? Ese hombre lleva sin hablar con ninguno de nosotros desde que llegó. Siempre he creído que las secuelas de la guerra y del viaje de vuelta a su hogar lo habían dejado incapacitado. ¡Y ahora resulta que habéis mantenido una conversación sobre la vida con él usando un telar parlante! —Estaba genuinamente impresionado. Aquel hombre era extraordinario.

—No era un telar parlante estrictamente hablando…

Orfeo lo agarró de ambos hombros. Tenía ganas de sacudirlo.

—Sois un ser humano la mar de frustrante, Académico, ¿sabéis? —Lo soltó antes de pensar en lo que iba a decir—. Tan frustrante como extraordinario.

Aquello los hizo callar a ambos. Al menos, durante un momento.

—Gracias.

Orfeo no pensaba dejar que se le notara el sonrojo. Sonrió de oreja a oreja con naturalidad y le dio la impresión de que, tras el velo, el otro hombre sonreía también.

Caminaron sin prisa entre las ruinas, que se extendían hasta mezclarse con la vegetación, como si ambos fueran uno y lo mismo.

Adoquines fundidos con el musgo, columnas que emergían de la tierra. Aquí y allá, manos de estatua que sostenían flores recién nacidas.

Ambos eran conscientes de que la lira aguardaba.

Podía esperar un poco más.

—Hay belleza en este lugar —comentó el Académico de pronto—. Hace que la destrucción sea… casi hermosa.

—La naturaleza da sepultura a lo que una vez fue —asintió Orfeo. Él mismo lo había pensado muchas veces—. Y su forma de hacerlo con respeto es la belleza.

El erudito meneó la cabeza.

—Terminaréis por tener razón. Cada vez pienso más como un poeta.

—¿Tan terrible sería?

—No lo sé. La verdad es que ya no tengo claras muchas cosas.

El músico lo miró con cierta preocupación. Podía intuir lo que pensaba el otro hombre. Ya solo le quedaba un día en el Bosque, un Maldito al que intentar curar.

—¿Os preocupa nuestro trato?

—Me preocupa fracasar.

—En eso puedo entenderos.

—Pero es tan hipócrita por mi parte… —protestó—. Sé que el fracaso es parte de la vida, que debemos aprender a manejarlo tanto como el éxito. Muchas de mis tesis se basan en eso. Y, sin embargo…

—Sin embargo, la teoría no siempre es aplicable a la vida real. Menuda sorpresa, ¿eh?

—La verdad es que sí —respondió, sin esconderse—. Siempre había supuesto que lo era. Para mi pueblo, los libros son sagrados. Se dice que contienen las Verdades, que siempre he pensado que eran la solución a cualquier problema.

—Y, si todos los problemas que se puedan presentar han sido ya resueltos en esos libros vuestros, ¿por qué el mundo no es un vergel carente de dolor y sufrimiento?

El Académico cambió el peso de un pie a otro.

—Bueno, siempre había supuesto… Siempre había supuesto que era porque no todo el mundo tiene acceso a ellos.

Orfeo dejó escapar una carcajada. El otro hombre también soltó una suave risa.

—Sí, sí. Sé que suena muy ingenuo.

—Además de paradójico —aportó el músico—. Uno pensaría que habría una solución también para eso en los libros.

—Uno lo pensaría, ¿cierto?

Orfeo se aseguró de tomar el camino largo hasta la cabaña. Le apetecía seguir paseando con el Académico por el Bosque, donde la voz del erudito era de noche y luz de luna. Le gustaba la forma en que se acompasaban sus pasos, como si estuvieran hechos para caminar juntos.

También le sorprendía pensar en aquellas cosas.

Acabaron por llegar a la cabaña. Toda madera, hiedra y paja, se alzaba como una parte más del Bosque, una seta que hubiera tomado una forma inusual. Empezaba a acostumbrarse a verla surgir de entre los árboles con el Académico a su lado, lo cual era extraño. No había ocurrido tantas veces.

Decidido a no seguir aquella línea de pensamiento, lo invitó a entrar. Sería mejor trabajar en la pequeña sala de descanso, cobijados del frío y la humedad. Cruzaron el estrecho umbral de madera y Orfeo se dispuso a prender los candiles.

La cabaña era modesta, apenas una estancia y dos pequeños cuartos anexos. La había construido al poco de llegar al Bosque, cuando el trabajo manual era lo único que le despejaba la mente. El tiempo se confundía entre las hojas, por lo que no sabía cuánto le había llevado levantarla. Un tronco tras otro y tras otro. Un día, estaba completa.

Desde entonces, el interior había cambiado mucho. Había fabricado muebles, acomodado esquinas con alfombras y colgado varias pinturas de la costa de su tierra. En ocasiones, incluso llevaba flores para que dieran color a la estancia.

El Académico le había preguntado por las pinturas la noche anterior.

—¿Son obra vuestra?

—Lo cierto es que sospecho que son cosa de Ícaro. A veces aparecen en la puerta y es el único al que he visto mezclar hojas y bayas para hacer pigmentos.

Aquello los había hecho sonreír a los dos.

Le indicó a su acompañante la zona de descanso, donde una mesa baja estaba rodeada de varias telas y cojines rellenos de hojas.

—¿Vino? —ofreció mientras tomaban asiento en el suelo.

El Académico asintió. Con la luz de los cirios, el velo se volvía más etéreo. Opaco en algunas zonas, translúcido en otras. Orfeo intuía una mandíbula marcada y una sonrisa amplia.

—¿Se os ha pasado el enfado? —preguntó mientras servía las copas.

—No estaba… —El Académico dudó—. Supongo que sí lo estaba, pero no con él. Ni con vos, por supuesto. Soy yo. Es cosa mía.

Sacaron los pedazos de la lira del arcón donde los habían guardado la noche anterior. Tal y como estaba en aquel momento, costaba creer que fuera a volver a sonar con armonía alguna vez.

—Tenéis una manera curiosa de veros a vos mismo.

—No sé a qué os referís.

—Sí, lo sabéis. —Orfeo no lo dejó escapar. Con los ojos clavados en el velo, donde sabía que estaban las sombras de los suyos, lo obligó a mantenerle la mirada.

Al cabo de un momento, el erudito bajó la cabeza.

—Es complicado.

—Quizá pueda entenderlo.

—Quizá —concedió él. Tras un momento de silencio, habló. Las palabras salieron en un susurro, hechas de hilo—. Mi madre estaba Maldita.

El aire se espesó.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó el músico con voz queda. Temía que, si hablaba demasiado alto, ahuyentaría al hombre como ocurría con la cierva.

—Se desvanecía. Sus manos se volvían de aire. Sus piernas, su rostro. Cada día un poco más hasta que… —Tragó saliva—. Al principio, no sabíamos qué le pasaba. La gente del pueblo lo llamaba Maldición, pero nadie sabía qué significaba eso. Mi padre empezó a beber.

—¿Y vos?

—Me frustraba. Cada vez que veía una parte de su cuerpo volverse translúcida, le gritaba y le pedía explicaciones. Lloraba e iba a buscar a mi padre. Era un crío estúpido. Pero entonces llegó aquel sabio al pueblo. Me dijo que las Maldiciones estaban conectadas con la conciencia, que bebían del arrepentimiento. Y así fue como lo comprendí.

—¿Vuestra madre se arrepentía de algo?

Asintió.

—Mi hermano pequeño murió cuando éramos niños. Estábamos jugando en la orilla del río, junto a un rosal en flor, y él decidió que quería ver de cerca un canto rodado. Mi madre había ido a saludar a una vecina que se acercaba por el camino. El río se lo llevó antes de que llegara a gritar su nombre. Cuando lo encontramos, días después, apenas parecía humano.

Orfeo lo comprendió todo.

—Y ella se sentía culpable por no haber estado más atenta.

—Era como si se nutriera de culpa. La tejía a su alrededor como una araña su red y, después, se envolvía en ella. Yo intentaba arrancársela, decirle que había sido yo quien estaba más cerca, quien debía haberlo vigilado mejor. No servía de nada.

—¿Y vuestro padre?

El Académico chasqueó la lengua.

—Mi padre empezó a beber cada día, se volvió violento y, una tarde, se marchó.

Lo dijo rápido, como si no creyera que mereciera el tiempo empleado para pronunciar las palabras.

—Pero vos os quedasteis.

—Me quedé hasta que se desvaneció, hasta que la casa estuvo vacía. Después, partí en busca del sabio.

—Y decidisteis estudiar Maldiciones.

Se encogió. Los grandes hombros se hundieron. Había dolor allí, en el movimiento. Daba la impresión de ser un gesto inconsciente y el músico deseó acercarse, tocarlo.

Se sorprendió a sí mismo al pensar aquello. Antes del Hades, había sido una persona cariñosa. Solía abrazar a sus amigos, a su nodriza. Se pasaba el día cogiéndole la mano a Eurídice, colgado de su brazo o rodeándola por los hombros. En aquellos tiempos, necesitaba sentir con la piel.

Desde que había llegado al Bosque, no había vuelto a tener aquella necesidad. No hasta aquel momento, en que la idea se le pasó por la cabeza como si fuera lo más natural del mundo.

—No teníais por qué contármelo —dijo, porque era lo más cercano que se le ocurría a una caricia—. Os agradezco que lo hayáis hecho.

—Hacía mucho tiempo que no hablaba de ellos, de ella. —El Académico apretó las manos y, después, las relajó—. Pero sí, eso fue lo que me llevó a ir a la universidad y, con el tiempo, a especializarme en Maldiciones.

—¿Es un campo muy popular? —preguntó Orfeo. Le daba la impresión de que su invitado necesitaba aligerar la conversación.

La luz de las velas titilaba. La estancia ya comenzaba a entrar en calor.

—Más o menos. No hay tantos estudiosos, pero sí muchos enfoques. Los más conservadores siguen las teorías tradicionales. Creen que las Maldiciones son castigos divinos por acciones imperdonables. —El erudito jugueteaba con la copa de vino mientras hablaba—. La corriente de Gelien, en la que me encuentro a grandes rasgos, desecha el componente divino. Dentro de este pensamiento, más progresista, hay casi tantas divisiones como expertos. Incluso hay quienes defienden que las Maldiciones son necesarias de forma temporal, que elevan el espíritu.

—¿Vos no estáis de acuerdo?

El Académico bebió un largo trago e inclinó la cabeza, como si estudiara a Orfeo.

—¿De verdad os interesa todo esto?

El músico abrió mucho los ojos, fingiéndose ofendido.

—Por supuesto. Soy el señor del Bosque. Me compete directamente, ¿no creéis?

—Supongo que sí —contestó, reacio.

—¡Pues contadme! —Orfeo se levantó con energía—. Mientras tanto, prepararé algo de comer.

—¿No hay ninfas hoy?

El músico sonrió.

—Les he dado la noche libre.

La realidad era que no le apetecía llamarlas. Eran unas entrometidas y ya habían estado haciéndole comentarios inapropiados sobre el Académico. Los faunos eran mucho peores, así que quedaban descartados.

—Bien, si insistís… Lo cierto es que yo considero que los beneficios de permitir una temporalidad a las Maldiciones son menores que los riesgos. El ser humano es un animal de costumbres y su capacidad de adaptación, incluso a las condiciones dañinas, no tiene límites. Por eso…

Continuó explicándole sus teorías, que Orfeo escuchó mientras cortaba queso y preparaba unos trozos de fruta en una tabla de madera. Se había fijado en que al Académico le gustaban más los higos que las uvas, así que colocó unos cuantos en su plato.

En condiciones normales, consideraba que teorizar sobre las Maldiciones era un esfuerzo estéril. No lo veía como tal en aquel momento, en que los estudios eran lo único que parecía alejar al Académico del dolor. Las palabras se aupaban unas a otras en su boca, como si tuvieran prisa por llegar a una cima imaginaria. Se aferraba a ellas para resistir la corriente.

—Realmente os importa mucho todo esto, ¿cierto?

Lo dijo con ternura, pero el erudito bajó la cabeza, algo avergonzado.

—¿Creéis que demasiado?

—¿Qué? ¡No! Nunca dejéis que nadie os diga que algo os importa demasiado. Solo los infelices piensan eso de las pasiones de los demás.

Aquello lo animó.

—Siempre he sentido lástima por la gente que no siente fascinación por la investigación. O por el arte —se apresuró a añadir.

—¿Por qué?

—Bueno, ¿vos no? No tienen una motivación para levantarse por las mañanas, para quedarse por las noches trabajando, para avanzar a pesar de las dificultades.

—Creo que estáis siendo un poco condescendiente, mi querido invitado —replicó Orfeo—. Hay gente que siente pasión por sus seres queridos, por la exploración del mundo, o, ya que estamos, simplemente por el bienestar que puedan alcanzar en la vida. Eso los hace avanzar, sonreír y disfrutar, que es de lo que se trata, al fin y al cabo. Creer que nuestras pasiones son superiores a las suyas es un poco… pretencioso.

—Puede que tengáis razón. —En lugar de amilanarse, como habría hecho las noches pasadas, el Académico consideró sus palabras. Orfeo

se dio cuenta de ello cuando añadió—: ¿La exploración del mundo?

—Vivimos en un lugar extraordinario, lleno de belleza y horror. Hay gente que, al contemplar esa belleza, produce arte. Para otras personas, el propio arte está en la contemplación, en la apreciación de los detalles del mundo que los rodea.

Pensaba en Eurídice, por supuesto. La recordaba con la mirada prendada de los primeros brotes verdes de la primavera, de las flores del almendro o de los colores que la luz arrancaba a los guijarros del río que recogía en sus paseos.

—Mira —solía decir—. Mira este patrón de grises en la piedra. Estas espirales parecen nubes de tormenta.

A veces, él le componía tontas cancioncillas sobre aquellas cosas. Y ella reía, encantada.

—Búrlate lo que quieras, pero yo disfruto de la vida —le contestaba.

Tenía razón. Por eso, cuando había sucedido aquello… Cuando la serpiente había… No había podido soportarlo. No había podido soportar la idea de que Eurídice no volviera a encontrar una caracola entre la arena, un arcoíris reflejado en el agua.

—¿Os encontráis bien? —preguntó en aquel momento el Académico.

—Sí, por supuesto —respondió Orfeo, sin dejar que el nudo que se le había formado en la garganta le cambiara el tono. Había aprendido a modular la voz casi antes que a leer.

—Pero… estáis llorando. —El Académico se acercó a él.

—¿Qué? —Se llevó las manos a las mejillas. Húmedas—. No-No me había dado cuenta. No sé…

—¿Os sucede a menudo?

No lo sabía. A veces tenía momentos como aquel, ratos de desconexión de su propio cuerpo y de todo lo que lo rodeaba. Entraba en una especie de trance y pasaba tanto tiempo solo que no podía estar seguro de si lloraba a menudo.

Quizá llevara siglos paseándose por el Bosque entre lágrimas, sin que nadie se acercara lo suficiente como para notarlo.

—No tiene importancia.

El Académico lo ignoró y le tomó las manos para apartárselas de la cara. Sacó un paño de la túnica y le limpió las mejillas con suavidad.

Al darse cuenta de lo que hacía, Orfeo le agarró las muñecas y se alejó.

—No hace falta que hagáis eso —dijo con voz tirante. Estaba demasiado cerca. Era demasiado real.

—Estoy a vuestro servicio. Al menos, una noche más. Tal vez, para siempre.

El músico se mantuvo erguido, preso de la rigidez.

—Entonces reparad mi lira. Ese es el servicio que acordamos y el que requiero.

El Académico asintió. No pudo ver si fruncía el ceño, pero le dio la impresión de que así era. Despacio, se apartó. Sin decir nada más, se puso a pulir el caparazón, como habían acordado.

Orfeo lo observó, sin saber qué pensar. Recordar a Eurídice siempre lo ponía en una situación vulnerable. Por suerte o por desgracia, en el Bosque solía hallarse protegido por la soledad, por lo que no tenía que lidiar con los riesgos que esa vulnerabilidad conllevaba. Ahora, pasaba las noches con el Académico. Era demasiado tiempo. Los acercaba demasiado.

—Cuando era pequeño, quería fabricar velas —dijo el erudito sin previo aviso.

—¿Qué?

—Quería ser fabricante de velas. Me fascinaban. Podía pasarme horas contemplando una. Cuando mi madre me dejó encender una por primera vez, casi no dormí de la excitación. Supongo que descubrir el fuego me impactó mucho, de una forma personal.

Orfeo se quedó mirándolo como si fuera una lagartija a la que le hubieran salido cuernos.

—Prometeo estaría muy contento —comentó, sin pensar.

El Académico soltó una carcajada breve, cantarina.

—Sí, ¿cierto? Escuché su historia de más mayor, pero recuerdo que pensé que, de niño, lo habría adorado como a un dios.

También sin pensar, Orfeo sonrió. Se le relajaron los músculos y le dio un bocado al queso. Qué extraño era aquel hombre.

Las anécdotas se sucedieron mientras la comida desaparecía de la mesa. Historias de infancia y juventud, de tiempos dulces y de diversión. Dejaron fuera la oscuridad y la tristeza anteriores, pintando un lienzo inexacto y conveniente de lo que habían sido sus vidas. Poco a poco, Orfeo volvió a sentirse cómodo.

A juzgar por su tono, el Académico también.

—No puedo creer que le compusierais una canción a una botella.

—Fue por una apuesta —rio el músico—. Y era una botella muy bonita.

La lira tomaba forma. El erudito no tenía mucha idea de lo que hacía, pero Orfeo lo guiaba sin llegar a tocar nada. A cada paso, lo miraba con expresión interrogante, en una petición silenciosa de aprobación. Al final, llegaron al punto en que no se podía avanzar más sin disponer de las cuerdas para emitir el sonido.

—Una cuerda por cada una de las nueve musas, ¿era así? —preguntó el Académico.

—Así es.

—¿Cáñamo?

—A título personal, prefiero lino.

—¿Y de dónde vamos a sacar lino aquí?

—Oh, venga, Académico, no tenéis ninguna fe en mí, ¿cierto? —Le guiñó un ojo.

Se sentía mucho más animado. Le tendió la mano para ayudarlo a levantarse y, juntos, salieron de la cabaña. Se adentraron en el Bosque, que aguardaba lleno de vida. La noche era ventosa. Sobre sus cabezas, las nubes se movían entre las estrellas.

Orfeo sabía que las ninfas habían encontrado una pequeña explanada de lino más allá de las ruinas del norte. Les gustaba fabricar ropajes que luego no se ponían e incluso habían hecho algunos para él. Solían añadir detalles maliciosos, como pequeñas espinas o insectos molestos, por lo que no eran sus preferidos.

Él mismo era un sastre pasable. Tras abandonar el hogar de su padre, había aprendido a confeccionarse sus propias ropas. A Eurídice le había hecho un par de vestidos, que ella había insistido en que eran muy bellos a pesar de su simplicidad. Por eso, desde que había descubierto la explanada de las ninfas, había estado recogiendo lino para sus propios proyectos.

Si no podía tocar, al menos, le quedaba el bordado.

—¿Solíais reparar la lira vos mismo o teníais sirvientes para ello? —El Académico caminaba a buen ritmo, pero no paraba de mover la cabeza

hacia todas partes, como si quisiera ver todo el Bosque al mismo tiempo.

Dejaron atrás el claro del Jabalí y el Lince, donde los faunos juraban que, cada atardecer, estos animales se enzarzaban en una pelea a muerte. Según ellos, siempre ganaba el jabalí, que dejaba al lince agonizar durante horas en una muestra de crueldad. Lo único que había llegado a ver Orfeo de semejante contienda eran dos figuras hechas de palos y troncos que los propios faunos habían colocado allí.

—Creo que imagináis mi vida mucho más opulenta de lo que era. —El músico evitó pisar la madriguera de un topo y siguió avanzando—. Claro que la reparaba yo mismo. Ya os dije que incluso le añadí dos cuerdas más.

—Para honrar a las musas, sí. —El Académico hizo un gesto de asentimiento con la mano—. ¿Cuándo lo decidisteis?

Pasaban junto a un sauce. El viento lo agitó y los doseles de hojas se enrollaron en el aire. A los pies del árbol, quedaron a la vista varios brotes de campanillas de invierno. Orfeo recogió una de ellas para observarla de cerca. Siempre le habían parecido flores musicales, dignas hijas de su nombre. Los pétalos blancos miraban hacia el suelo sin tristeza, como si estuvieran deseosos de que alguien los hiciera sonar.



—Siempre he sido consciente de la importancia de la inspiración. Y me he sentido agradecido por los momentos en los he sido bendecido con ella. Si no hubiera sido así, no habría podido lograr nada con mi arte.

Para su sorpresa, el Académico resopló. Con su considerable envergadura, el sonido fue potente.

—¿Algo de lo que he dicho os resulta ofensivo?

Las noches anteriores, no habría contestado.

—Ofensivo, no. Ingenuo, simplista… Ofensivo, lo que se dice ofensivo, no.

—¿Me acabáis de llamar simple? —Orfeo estaba atónito. Se guardó la campanilla en el bolsillo.

Pero el otro hombre ya no se amedrentaba.

—Oh, vamos, sois un músico extraordinario y un poeta prolífico. Habéis trabajado en todo tipo de condiciones. Incluso viajasteis con los argonautas. ¿Y me estáis diciendo que creéis que todos vuestros logros se deben a nueve espíritus que os susurran al oído en los momentos precisos?

Le habían repetido palabras como aquellas muchas veces. Extraordinario. Brillante. Talentoso.

Había descubierto que era muy peligroso creérselas.

—Las musas no son espíritus. —En aquel momento, él sí que estaba un poco ofendido.

—Sean lo que sean, os quitáis mérito sin motivo. Todo lo que habéis hecho surge de vuestra propia mente, de ningún sitio más.

—¿Eso creéis? ¿La inspiración no existe, pues?

—Llamamos inspiración a los momentos de lucidez y conexión de ideas que crea nuestra propia cabeza. No es algo externo a vos.

—¿Así que solo me necesito a mí mismo para hacer arte?

El Académico asintió.

—Exacto.

Continuaban por el sendero, que apenas se distinguía lo suficiente para ser digno de tal nombre. Las rocas y los troncos caídos lo difuminaban, pero Orfeo jamás se perdía en aquella zona del Bosque. Conocía cada arbusto, cada remolino que dibujaba la madera de los

troncos. Tras tanto tiempo en la floresta, era capaz de distinguir las manchas de las hojas.

—Vale, dejadme plantearos un escenario —dijo el músico mientras rozaba con la mano un grupo de helechos. Encajes de algodón verde—. Desde el principio de mi vida, habito en una sala vacía, sin salida ni mobiliario. Nunca veo a nadie ni nada que no sea yo mismo. ¿Qué pasaría?

—¿Que os moriríais de inanición?

—Venga, tomáoslo en serio —le pidió.

—Está bien. Está bien. ¿Qué queréis decir con «qué pasaría»?

—¿Podría crear arte?

—No lo sé, ¿qué tipo de arte? No habéis dicho nada de que tengáis materiales. No estaréis intentando probar la existencia de la inspiración basándoos en que el arte necesita materiales para plasmarse, ¿no?

—No, intento probarla basándome en que el arte necesita temas que tratar, motivos en torno a los que construirse. El amor, las hojas secas, la autodestrucción de los imperios. Todo ello proviene del mundo que nos rodea, de las vivencias propias y ajenas. Es externo.

El Académico guardó silencio un momento.

—Es interno. Por lo que tengo entendido, el arte se basa en cómo impactan esas cosas al artista. —Se llevó una de las grandes manos al pecho, señalando.

—Bien, pero son necesarias, ¿no?

—Supongo que sí. Pero las ideas y aspectos mundanos en los que se basa el arte siguen sin ser nueve deidades caprichosas.

—Las musas son las personificaciones de todas esas ideas y aspectos. Encarnan aquello que nos inspira y cada una se ocupa de una disciplina: Calíope, de la poesía épica; Clío, de la historia; Érato, de la poesía lírica; Euterpe, de la música; Melpómene, de la tragedia; Polimnia, de la oratoria; Talía, de la comedia; Terpsícore, de la danza y Urania, de la astronomía.

—Seguro que sí.

Orfeo resopló.

—No hay necesidad de ser condescendiente —protestó. Se detuvo en seco, lo que obligó al otro hombre a hacer lo mismo, el cuerpo cerniéndose sobre el suyo. Habían llegado a los límites de la explanada,

donde el lino crecía a sus anchas, pero no iba a avanzar más hasta que razonara aquello—. No hace tanto, me pedisteis que respetara vuestra cultura. ¿No deberíais predicar con el ejemplo?

El Académico ladeó la cabeza. No podía ver su expresión, pero los hombros se le pusieron rígidos. De nuevo, los hundió como si quisiera encogerse.

—Lo siento. Tenéis toda la razón. No sé por qué no me he dado cuenta. —Sonaba azorado—. Además, lo habéis razonado bien; tiene lógica. Es solo que…

—¿Qué?

—Es frustrante ver que menospreciáis vuestros logros de esa forma, como si se explicaran con intervención divina en lugar de vuestro propio talento o trabajo.

—Creo en las virtudes de un temperamento humilde.

El Académico volvió a protestar.

—Está bien, pero aun así…

Orfeo se hartó. Fue repentino e inesperado, pero la explosión llegó.

—Vale, ¿os preocupa que no esté orgulloso de mis propios logros? —Lo dijo casi con rabia. Debía de ser una visión extraña: él increpando hacia arriba, a los veinte centímetros que lo separaban del rostro del erudito—. Lo estuve. Toda la vida. Asquerosamente orgulloso, podríamos decir. De ser el elegido de Apolo, de haber salvado a los Argonautas, de cada uno de los halagos complacientes y excesivos que recibía cada vez que ponía las manos en la lira. Y, después, estaba orgulloso de haber embelesado a los muertos, de haber amansado al perro del infierno y haber conquistado al dios de los condenados con mi música. ¿Y sabéis para qué sirvió? ¿Todo ese orgullo? La perdí de todas formas. Me di la vuelta de todas formas.

El Académico asintió. No se amilanó, como cabría esperar, sino que se acercó a él y le puso una mano en el brazo. Una caricia suave, leve. A aquella distancia, si echaba la cabeza hacia atrás, distinguía aún más los rasgos a través del velo. Ojos grandes, nariz amplia, pómulos tallados con cincel.

—¿Por qué os disteis la vuelta?

Orfeo se quedó inmóvil.

—¿Qué…?

Lo peor no fue que lo preguntara. Lo peor fue que, por su tono, se dio cuenta de que llevaba mucho queriendo hacerlo.

«¿Por qué se dio la vuelta Orfeo?».

El músico dio un paso atrás. Entre los brotes de lino, el viento aulló y las plantas se agitaron. Tras el lamento, podía oír la más antigua de las músicas. Se lo llevaba lejos de allí.

Los tendones de los brazos se habían convertido en cuerdas de arco. La mandíbula, en un bloque de mármol. No sentía el cuerpo. Las manos, el pecho, los hombros. Allí donde habían estado, solo quedaba un hueco.

El Académico comprendió su error demasiado tarde. Movió la cabeza, a punto de decir algo.

—Recoged el lino —ordenó el señor del Bosque.

La voz fue dura, con filos sanguinolentos. No quería que hubiera lugar a réplicas o debates. No quería más preguntas.

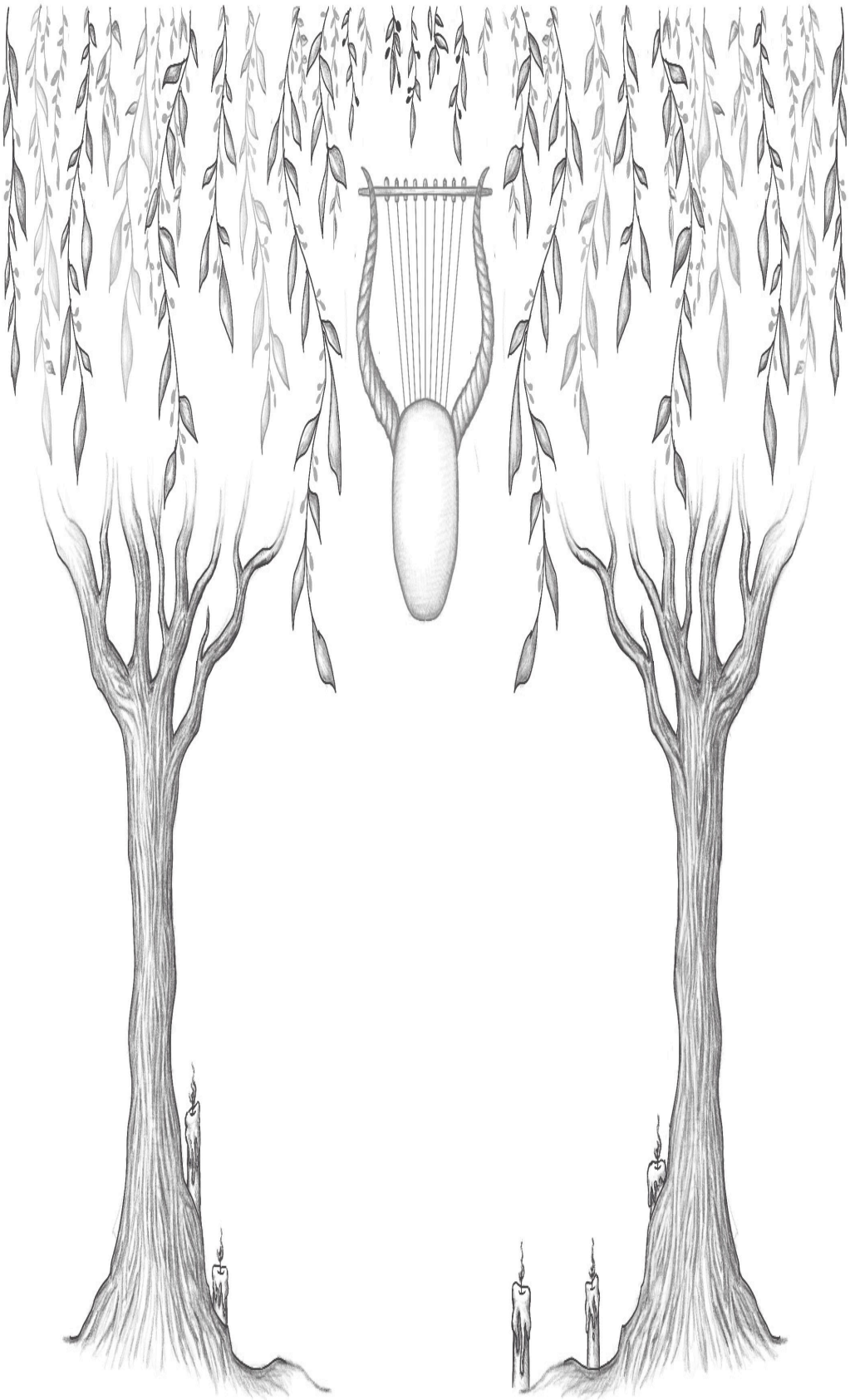
El Académico debió de percibirlo, pues no dijo nada. En silencio, se agachó entre las plantas y comenzó a recolectar los tallos en el zurrón. Durante un rato, el Bosque respiró bajito.

Orfeo guiaba sin decir nada, demasiado tenso, demasiado seco.

«¿Por qué os disteis la vuelta?».

Llevaron el lino a la cabaña para trenzarlo e, incluso allí, la quietud se mantuvo. Notaba al Académico a punto de decir algo a cada rato. Con toda probabilidad, alguna disculpa o petición de explicaciones. Al final, siempre callaba.

Bien. Que todos callaran.



9
GRILLETES DE ESPINOS

El quinto día, el Académico fue a ver a la Dama.

La encontró en la poza bajo la cascada, tal como le había indicado Orfeo con brusquedad aquella mañana. Sentada sobre una roca, tenía los pies sumergidos en el agua y el cabello blanco bañado por el sol. Los grilletes formaban sombras que podían confundirse con joyas oscuras. Había quietud en aquella imagen, como si fuera una mujer corriente que se relajaba en la arboleda.

A excepción de los ojos, ocultos por los espinos.

—Buenos días, mi señora.

Intentó hablar con tono neutro, pero era difícil. Solo podía pensar en sus errores de la noche anterior, en la cara de Orfeo cuando le había hecho la pregunta.

Había visto muchas almas rotas, con colmillos. Había visto a su padre convertido en un sabueso y a su madre cuando ya no quedaba nada de su madre en ella. Pero jamás había visto una mirada endurecerse de aquella forma.

—El júbilo sea contigo, Académico —lo saludó ella, alegre. Antes de que pudiera decir nada más, alzó una mano—. Sé por qué habéis venido, pero voy a tener que decepcionaros. Mi Maldición no se puede romper. Aún no.

Aunque aquello lo pilló desprevenido, procuró recomponerse enseguida.

—¿Por qué decís eso?

—Porque sé mucho sobre Maldiciones. Más que vos, incluso. Y no funcionan así.

—¿Y cómo funcionan, según vos?

Bajo el antifaz de espinas, la mujer sonrió.

—¿Por qué no os dais un baño conmigo?

El Académico cambió el peso de un pie a otro.

—No puedo quitarme el velo —declaró.

La Dama rio.

—No será necesario. El agua conoce vuestro rostro, lo llevéis o no.

Dudó durante unos segundos. Al final, decidió recogerse el velo bajo la barbilla, como era costumbre en los baños públicos de su tierra. Se dispuso a dejar el zurrón, con el cuaderno a buen recaudo, en la orilla. Dentro, guardó también el manto y la túnica, pero se dejó los bombachos puestos. Con el torso desnudo, entró a la charca.

A un par de metros, la Dama se tumbaba, flotando en el agua clara. La sangre que manaba de los grilletes dibujaba patrones en la superficie cristalina. Remolinos del color del vino, espirales que se retorcían y hablaban de tormentas y castigo.

El Académico no era ajeno a la visión de la sangre en el agua. Veía el rostro de su hermano en ella, tan hinchado que resultaba irreconocible. Cuando lo encontraron, sabía que era él por el pequeño lunar del hombro, por el brillo rojizo del pelo. Sabía que era él porque saberlo era lo mínimo que podía hacer un hermano por otro.

—¿Por qué queríais que me bañara? —preguntó.

—A veces, veo las cosas con más claridad cuando estoy aquí. El agua me libera, calma mi mente. Veo la luz jugueteando con las ramas de los árboles y el mundo me parece mucho más grande de lo que es.

—Hay quien diría que ya es bastante grande.

La mujer hizo un gesto desdeñoso con la mano, como si no hubiera que tener en cuenta las opiniones de tales necios. Al hacerlo, el Académico se fijó en las espinas, en los grilletes que le aprisionaban las muñecas. Igual que en el banquete, imaginó cómo sería llevarlos.

—¿No os duele? —le preguntó con voz queda. No quería ser irrespetuoso, pero tenía que saberlo.

La Dama no se molestó en comprobar a qué se refería.

—Duele menos en el agua. Es la otra razón de que venga tanto a las pozas.

Acarició la superficie con las manos. El sol se escondía tras las nubes, que se apresuraban al mandato del viento.

—¿No es excesivo? Ese dolor, todo el tiempo. Sea lo que sea lo que hayáis hecho…

—Por supuesto que es excesivo. Si bien es cierto que no sabéis lo que he hecho.

—¿Me lo contaréis?

—Oh, es una historia vieja. Aburrida, incluso. De esas con moralina. No las soporto.

—¿La moralina es lo que os hace estar aquí?

—¿En el río?

—En el Bosque.

—Oh. —Por un momento, se quedó pensativa—. Podría decirse que sí. Un crimen, un culpable, una moraleja, un castigo. Es frustrante lo simple que resulta.

—¿Cometisteis un crimen?

La Dama se sumergió más en el agua. A pesar de tener los ojos cubiertos por espinos, el Académico supo que lo observaba.

—Primero, deberíamos definir qué es un crimen —respondió en tono sugerente. Por un momento, fue una criatura del río. Anciana y esquiva.

—Una acción que resulta dañina.

—¿Para quién?

—Para cualquiera que sea inocente.

—¿Eso quiere decir que si, por accidente, hago rodar una piedra que cae ladera abajo y golpea a un joven, estoy cometiendo un crimen? ¿Y si lo hago a propósito y golpeo a un asesino? ¿Entonces no? —La Dama dibujaba círculos en el agua con las manos mientras hablaba.

—Bueno, evidentemente depende del daño que cause la piedra, de vuestras intenciones y de las de la víctima.

—¿Y en qué grado depende? ¿Quién lo decide?

—Para eso existen las leyes y los sistemas de justicia.

—¿Y si no hay nadie cerca? ¿Y si nadie se entera?

—Entonces depende de la conciencia de cada uno.

—Exacto.

La Dama asintió, como si ya estuviera satisfecha. El Académico se quedó descolocado.

—Pero entonces, ¿cometisteis un crimen?

—¿Cómo voy a responderos? —La mujer flotó hacia la parte más profunda de la poza—. No podéis definirme unos parámetros.

—¿Hicisteis daño a alguien?

—Sí.

—¿Teníais intención de hacer lo que hicisteis?

—Oh, sí.

—¿Sabíais que ibais a provocar daño?

Se encogió de hombros.

—Me arriesgué.

El Académico analizó las respuestas. La Dama era una conversadora certera, si bien no indiferente. Sus respuestas rápidas escondían océanos. Sobre ellos, el cielo se oscurecía cada vez más rápido. El aire olía a lluvia.

—¿Qué fue lo que hicisteis?

—Abrí una puerta. Una ventana, una tapa… No lo recuerdo muy bien. —Se encogió de hombros.

—¿Qué?

La Dama negó con la cabeza. Un trueno rugió entre los árboles.

—Deberíamos salir —dijo, de nuevo con voz dulce. Los rayos no tendrían clemencia con el agua. Quizá tampoco con la floresta, pero aquel riesgo habría que correrlo—. Os mostraré mi morada.

La siguió río abajo, hasta una zona más vieja del Bosque. Allí, los árboles llevaban eones en pie y habían empleado el tiempo en extenderse a placer. Troncos que costaba rodear, redes de hojas densas como tapices. Mientras caminaban entre los gigantes verdes, empezó a llover.

Llegaron junto a uno de los robles de mayor tamaño. La lluvia resbalaba entre las ramas y los empapaba a ambos. Con un gesto de la mano rodeada de grilletes, la Dama indicó el hueco en la corteza.

—¿Esta es vuestra morada?

No contestó. En su lugar, se agachó y entró en el árbol hueco. Al Académico no le quedó más remedio que imitarla, a pesar de que para él no fue tan sencillo. Tuvo que encogerse y gatear para lograr abrirse paso.

—Tomad asiento donde os plazca. Quitaos los ropajes mojados. Os dejaré otros. Hoy, sois mi invitado.

El interior del roble era más grande de lo que había sospechado. Podría pasar por una cabaña pequeña, pero era muy distinta a la de Orfeo. Para empezar, el erudito no cabía de pie. Además, allí no había imágenes del mar.

En lugar de los cuadros de Ícaro, las paredes estaban recubiertas de tapices. Representaban diferentes paisajes del Bosque, todos hechos

con hilos de diversas tonalidades de verde.

—¿Son de quien creo que son?

La Dama sonrió.

—Tiene talento —explicó—. Y me gusta que se sienta útil.

—No sabía que los regalaba —comentó él, sin poder evitar recordar el rostro de Odiseo cuando lo había dejado en el claro. La lengua partida, la cicatriz de estrella.

—Apuesto a que no le pedisteis ninguno.

En lugar de contestar, aceptó la túnica que le tendió y se la colocó antes de ponerse el manto, que había protegido de la lluvia. La Dama se cambió tras una cortina hecha de hojas que separaba la estancia principal de lo que supuso que sería su dormitorio.

El Académico continuó admirando la casa. Había una gran cantidad de tapices, así como de diferentes artefactos acumulados por todas partes. No se trataba de herramientas ni útiles del hogar, sino de un montón de objetos que provenían de todas las partes del mundo.

—¿Eso es un astrolabio? —preguntó, sin tocarlo.

—Así es —asintió la Dama, orgullosa—. Podéis cogerlo si gustáis.

El Académico se lo agradeció, fascinado por la pieza. Sin duda, había pertenecido a algún marino adinerado. Los materiales y la talla eran exquisitos.

—Tenemos algunas cosas en común, vos y yo —comentó la anciana, ya con un atuendo seco. En aquella ocasión, se había ataviado con una túnica púrpura. Los tonos oscuros disimulaban la sangre.

—¿Eso creéis? Apenas me conocéis.

—Y, sin embargo, sé que sois tozudo. Ayer pasasteis el día entero hablando con un hombre que no habla. El día anterior, con un muchacho que solo se comunica en enigmas y, antes de eso, con una mujer que está convencida de ser el mal encarnado. Por no hablar de que lleváis cuatro noches con Orfeo, que se me antoja lo más meritorio de todo.

—Eso no es meritorio —protestó el Académico sin pensar, ofendido sin saber bien por qué—. ¿No apreciáis a Orfeo?

—No se trata de aprecio, querido, sino de aguante. El muchacho es una tragedia andante. Muy difícil de tratar.

—Es muy… —carismático, brillante, fascinante— agradable —terminó por decir.

La anciana asintió.

—Lo que lo hace aún más trágico. —Se sentó en uno de los cojines que tenía repartidos por el suelo e invitó al Académico a hacer lo mismo—. Pero no me refería solo a eso. También es evidente que sois curioso, un rasgo con el que me identifico a un nivel profundo.

El hombre miró a su alrededor.

—¿Por eso coleccionáis todos estos objetos?

La Dama sonrió. Mientras lo hacía, casi era posible olvidar los grilletes de espinos que le rodeaban el cuello. ¿Podría llegar a desangrarse de uno de aquellos cortes? ¿Y si era así, cuánto faltaba?

—Me encanta saber de las nuevas invenciones, de cómo avanza el mundo. Las expediciones, los descubrimientos… Sobre todo, me encanta conocer la explicación de todo ello, las implicaciones técnicas.

—Indagar en los entresijos —asintió el Académico.

—Así es.

El erudito se acomodó mejor en el cojín. El hueco del árbol se le antojaba casi acogedor.

—Ya entiendo lo que decís. A mí me fascina investigar y comprender las Maldiciones.

—Y, sin duda, habréis aprendido mucho desde que estáis aquí.

Se encogió de hombros.

—Tengo la impresión de que cuando llegué, sabía más. Cada vez tengo menos cosas claras. —Con cada noche que pasaba en el Bosque, su ignorancia se hacía más vasta, inabarcable como la espesura—. Vos misma decís que sabéis más que yo de Maldiciones. No me extrañaría que así fuera.

—Hay quien diría que reconocer el propio desconocimiento es la prueba más palpable de sabiduría. Y, en cuanto a mí, no tengáis en cuenta nada de lo que digo. Siempre he sido muy poco sabia.

—Me cuesta creer eso.

—Oh, eso es porque me veis aquí, en mi retiro, con este aspecto de vieja arrugada. —Suspiró con nostalgia—. En otros tiempos, fui impulsiva e insensata. No precisamente la viva imagen de la mesura.

—Habláis como si lo recordarais con cariño.

—¡Porque así es! —exclamó la Dama—. Añoro a la joven que fui, incluso aunque a veces la aborrezca.

—¿Cómo es eso posible?

La anciana se echó a reír.

—Porque soy humana, querido. Estoy muy segura de que no soy el primer ser humano que os encontráis. Vos mismo parecéis un ejemplar bastante saludable de la especie.

El Académico ladeó la cabeza, desconcertado. Una ardilla se asomó a la entrada del árbol y, tras olisquear un poco en el interior, desapareció de nuevo en la espesura.

—¿Perdón? Claro que soy humano, no entiendo qué tiene que ver…

—Sois curioso y tozudo, pero también sois demasiado… ¿Cómo decirlo? Demasiado rígido. Queréis las cosas en casillas, ordenadas y clasificadas.

—A eso se dedica la ciencia —protestó él.

—¡Por supuesto que no! —La Dama dio una palmada—. La ciencia busca entender, no simplificar. Eso es labor de la cobardía.

—Para entender algo, es necesario dividirlo en partes, analizar cada una de ellas —argumentó el Académico, que comenzaba a sentir cómo la conversación le pasaba por encima como un rebaño de reses encabritadas.

—Tan necesario como comprender el conjunto, sí. Hacer solo una de las dos cosas es garantía de fracaso. ¿Por qué lo decís?

El erudito abrió y cerró la boca una vez. Dos. A la tercera, decidió mantenerla cerrada.

—Oh, lo siento, os he abrumado. —La Dama agitó las manos. Estaba bastante seguro de que, cuando lo hacía, las espinas debían de clavarse más hondo. No obstante, la mujer no hizo ninguna mueca de dolor—. No era mi intención. Es que rara vez tengo ocasión de hablar con una mente despierta y dispuesta.

—No, no, no os disculpéis —se apresuró a tranquilizarla—. Al menos, vos sí habláis conmigo.

—Oh. ¿Orfeo?

—No es solo él. Pero sí. Creo que he cometido un error imperdonable con él y temo que no haya vuelta atrás.

—¿Qué error?

La ardilla regresó con una compañera. Ambas otearon desde la abertura y, tras varios movimientos del hocico, decidieron entrar. La Dama debía de estar acostumbrada, pues no dijo nada mientras los animales correteaban por la estancia hasta instalarse en uno de los cojines.

—Le pregunté por qué se dio la vuelta a las puertas del Hades —explicó el erudito.

La mujer lo observó un instante. Después, meneó la cabeza y suspiró.

—Oh, querido.

—Lo sé. Lo sé.

—¿Por qué hicisteis tal cosa?

—Bueno, no quería hacerlo. Se me escapó. Me pudo la curiosidad, supongo. Quería saber por qué.

—¿Queréis decir que no lo sabéis?

—No, claro que no. ¿Vos sí?

—¡Es lo mismo de antes! —La Dama alargó la mano hacia las ardillas, que se acercaron mientras olisqueaban la sangre y los espinos. De algún lugar de la túnica, extrajo dos bellotas y se las tendió. Volvió a mirar a su invitado—. Orfeo se dio la vuelta porque es humano —declaró, como si aquello lo explicara todo.

—No entiendo qué queréis decir con eso.

—Los humanos dudamos. Los humanos sentimos incertidumbre, inseguridad, ansiedad. Los humanos tropezamos y nos damos la vuelta y caemos. Fallar es inherente a la naturaleza humana, pues nosotros inventamos el concepto mismo. —Mientras hablaba, la anciana acariciaba a una de las ardillas, que se había acercado a su túnica para olfatear en busca de más bellotas—. Orfeo se dio la vuelta porque la fe absoluta en que Eurídice estaba detrás de él era un imposible. Se dio la vuelta porque la amaba, porque tenía que comprobar que estuviera allí de verdad.

La lluvia resonó en el exterior, más fuerte. Las ardillas se alteraron y se escabulleron hacia un rincón.

—Porque es humano —completó el Académico.

—Exacto. La mayor de las tragedias.

El erudito se quedó en silencio, meditando. De pronto, se sentía muy triste.

—Sí que lo es. Una tragedia, quiero decir.

Imaginó a Orfeo, algo más joven que en aquel momento, con la cara iluminada por los primeros rayos de sol tras tanto tiempo bajo tierra. La nariz recta y los ojos grises, tan hermosos como siempre. Lo imaginó sonriendo, escuchando los cantos de los pájaros, a punto de salir. Y lo imaginó volviéndose para verla, para asegurarse.

Eurídice desvaneciéndose en el aire. Tras ella, la caverna infinita y, después, nada.

—Pero no todo es malo, querido. —La voz de la Dama lo devolvió a la lluvia y al árbol—. Los humanos caemos por naturaleza, sí, pero eso también significa que tenemos la capacidad de llegar muy alto.

—Que le pregunten a Ícaro —bufó, con mal talante. La apatía lo envolvía como una manta fría.

—Oh, venga, venga. No os apenéis. Dejadme que os prepare una infusión.

El Académico asintió en señal de aceptación. Cuando la Dama le tendió el vaso de madera, se dio cuenta de que lo que había confundido con arrugas en el dorso de la mano era, en realidad, una cicatriz. La estrella de cuatro puntas que la marcaba como Maldita.

Tomaron un preparado de hierbas que sabía a rayos, pero que servía para calentar las entrañas. Tras unos cuantos sorbos, el hombre notó la calidez. Casi era un consuelo tras varias noches de vino.

—Me gustaría pediros una cosa —dijo su anfitriona mientras le servía una segunda taza.

—Vos diréis.

—Quiero que me habléis del mundo más allá del Bosque. Quiero saber del lugar del que venís, sus ciudades, sus gentes… Quiero saberlo todo.

—Todo podría ser mucho. —El Académico dio otro sorbo.

—Y, a cambio —continuó ella, como si no la hubiera interrumpido—, os contaré lo que sé sobre Maldiciones.

Alzó la cabeza. No debería acceder a aquello. Debería mantenerse al margen, mostrar lo menos posible de sí mismo y seguir el protocolo. Preguntar por la Maldición del sujeto, indagar sobre el origen de la culpa, comprender, dialogar.

No obstante, aquella oferta… Era lo bastante honesto como para admitir que estaba perdido. Lo bastante para reconocer un posible mapa.

Siendo realistas, en el caso de la Dama, el protocolo se había torcido en los primeros dos minutos. Aquel bien podía ser el único modo de que hablara de su Maldición.

Ya llevaba más fracasos en el Bosque de los que quería contar. ¿Qué mal podría hacer probar un nuevo enfoque?

—Trato hecho —accedió.

La Dama sonrió. Las espinas se le clavaron aún más en los pómulos.

Se embarcó en la narración. Le habló de la ciudad doble de Nantara y de las repúblicas guerreras de Hetalión. Le relató las leyendas de los vergeles de Norinda y le describió Umba, el desierto infinito. Con cuidado, compuso el mapa de su tierra, con sus pueblos y ciudades-estado, sus puertos y sus extensiones de dunas.

Sobre todo, le habló de las bibliotecas. Su universidad había sido construida en torno a la más grande, la Biblioteca Real de Senendra.

—Nunca he estado en una —confesó la Dama—. En una biblioteca, quiero decir.

El Académico se horrorizó.

—¿Nunca? ¿De veras? —Se le antojaba una existencia aún más miserable que la condena a los grilletes de espinos.

Por el tono con el que habló, ella estaba de acuerdo.

—Mi padre me hizo para sus propósitos y, cuando los cumplí, aún era demasiado joven —explicó—. Llevo aquí desde entonces.

—¿Lleváis aquí más tiempo que Orfeo?

—Más tiempo que nadie. Cuando llegué, el río apenas era un reguero; el Bosque ni siquiera era un bosque.

El Académico se echó hacia atrás, impresionado.

—¿Y vuestra curiosidad? Me habéis hablado de ella. ¿No queréis ver el mundo?

—Claro que quiero, querido, pero no puedo. Aún no. Mi curiosidad fue lo que me trajo aquí. Me convencieron de que era mi mayor falta y, algunos días, cuesta creer lo contrario. —Se enderezó en su asiento—. Así que me contento con las historias de los que están de paso, como

vos. A veces, me hacen algún regalo, me cuentan algún secreto o me muestran alguna obra. Con eso, vivo.

El erudito asintió, aún horrorizado. No sabía qué decir sin ser descortés.

—Sé lo que estáis pensando: que es una existencia lamentable y que debería ponerle fin.

—¡No! Jamás diría…

—Tranquilo, querido. No me refería a eso, aunque yo misma lo he pensado muchas veces. Me refería a que seguramente creáis que debería luchar contra la Maldición.

—Oh, sí. Eso sí —contestó, aliviado.

—Eso es parte de lo que no entendéis. Ya lucho contra ella. Todos lo hacemos, en mayor o menor medida.

Agachó la cabeza, aún con mal sabor de boca.

—Claro, perdonadme.

Para su sorpresa, la Dama se echó a reír.

—Unas disculpas muy poco creíbles, querido Académico. Puedo ver las palabras agolpadas tras vuestros labios, peleándose por salir.

—No sé a qué os referís. —Se colocó los pliegues del velo, aunque estaba convencido de que ya lo llevaba en la posición correcta.

—Claro —rio ella—. En ese caso, ¿por qué no me habláis de esa biblioteca vuestra? El sol aún está alto tras las nubes.

A aquello sí que estaba dispuesto.

—Parece un lugar tranquilo, a la manera de este. —Hizo un gesto con las manos para abarcar el hueco del árbol y, más allá, el Bosque—. La gente tiende a pensar eso de las bibliotecas, que son lugares de sosiego y calma, un poco como templos. Basta pasar algo de tiempo en una para comprender que, bajo la superficie, los pasillos bullen con la energía de los libros y sus lectores.

—¿A qué os referís?

—Todos los lectores están siempre embarcados en una búsqueda. Persiguen mundos en los que sumergirse, lugares que explorar. Sin embargo, para encontrar el adecuado, solo disponen de unas pocas pistas. Títulos, autores, referencias. Es complicado y, a menudo, se pierden durante horas entre los pasillos. —Hablar de ello era una mordedura en el corazón, un anhelo que no se había dado cuenta de

que sentía—. En el caso de los académicos, esa búsqueda se orienta hacia el proyecto en el que estén trabajando. Por lo general, empresas que les llevarán años de investigación, contraste y experimentación. Nadie tiene tiempo para pararse a sentir el sosiego.

—Interesante ángulo para describir a los eruditos. —La Dama sonrió de nuevo, no sin cierta ironía—. Siempre había oído que eran gente dedicada al recogimiento y la reflexión.

—¡Y lo son! Lo somos, quiero decir—. El Académico carraspeó—. Pero es lo que siempre se malentiende. La reflexión requiere de energía, de voluntad para cuestionarse el mundo que nos rodea. La investigación necesita motivación. Ambas en grandes cantidades, pues hay que enfrentar escollos y piedras a cada paso.

—¿Más de la que requieren otras profesiones?

—Oh, eso no sabría decirlo. No creo que dependa de la profesión, sino de la actitud del que la ejerza. Alguien que se limita a aceptar la realidad a su alrededor sin hacerse preguntas es alguien que no precisa de mucha voluntad, ¿no?

La Dama inclinó la cabeza, pensativa.

—Quizá necesite esa voluntad para trabajar de otra forma, para luchar por sobrevivir.

El erudito abrió la boca y volvió a cerrarla. De nuevo, se había precipitado. Siempre se había considerado un hombre paciente, pero el Bosque lo contradecía desde su llegada. Tal vez nunca lo hubiera sido.

Tal vez aquello era lo que le habría hecho falta para salvar a su madre.

—Tenéis razón, por supuesto.

La anciana le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Así que esa biblioteca de la que me habláis está siempre llena de académicos correteando de un lado para otro en busca del libro que necesitan, ¿es así?

—De vez en cuando, también los leemos —contestó él con un resoplido, agradecido por la oportunidad de reconducir el tema—. Es lo que hacemos la mayor parte del tiempo, la verdad. Tomamos notas, debatimos, escribimos ensayos. Una buena lectura es una de las mayores fuentes de inspiración, pues planta semillas en el pensamiento que suelen dar frutos más tarde.

—¡Vaya! Habláis casi como un artista.

«Eso le encantaría a Orfeo», pensó con tristeza.

—He aprendido que el arte y la ciencia no están tan alejados como creía antes.

La Dama asintió.

—Así que vuestra estancia en el Bosque no está siendo totalmente infructuosa.

Sin pretenderlo, el Académico arrugó la expresión.

—No había venido aquí a aprender sobre arte.

—Tal y como me habéis descrito a vuestra gente, habéis venido al mundo para aprender sobre todo lo que hay en él, ¿cierto?

—Sí, por supuesto, pero yo me especializo en Maldiciones. —No sabía cómo explicarse.

—¿Y pensáis negar cualquier otro conocimiento?

—No, claro que no, pero…

—Habláis con admiración de cuestionarse el mundo y ponerlo todo en duda en pos de la investigación, así que deberíais poner en duda también lo que vos mismo sabéis.

—¿Y qué consigo con eso, además de inseguridad? —preguntó, mordaz.

—Avance. Si creéis que lo sabéis todo sobre algo, jamás podréis avanzar.

—No creía saberlo todo sobre las Maldiciones. Solo creía… —Buscó las respuestas en los tapices, en el sonido del agua—. Creía que estaba más preparado, que podría ayudar más. ¿Nunca os ha pasado?

«Creía que podría redimir lo que ocurrió, dejar de pensar en mi madre desvaneciéndose».

No lo dijo.

La Dama dio un último sorbo a la infusión y colocó el vaso sobre una piedra que hacía las veces de mesilla auxiliar. En el exterior, a juzgar por el ruido, la lluvia aún arreciaba.

—No puedo decir que sí. Mi problema siempre ha sido el contrario. Fui una niña aislada. Mi mundo se reducía a mi familia y nuestras tierras, a bucles de las mismas conversaciones y los mismos reproches. El aire se viciaba y, con el tiempo, me volví muy consciente de mi propia ignorancia, de lo poco que conocía del mundo. Mi mayor anhelo era saber más, entender más.

—Una voluntad loable.

—Eso creéis, ¿verdad? Una parte de mí también lo piensa. Lo sabe, más bien. Incluso así, es el motivo de mi condena: otra parte de mí está convencida de lo que le contaron, de que su curiosidad fue un pecado.

—¿Cómo podéis pensar las dos cosas al mismo tiempo?

De nuevo, la Dama dio una palmada.

—¡Por fin! Una buena pregunta —exclamó—. Perdonad, querido, no quiero desmerecer el resto de vuestras cuestiones, pero esta sin duda ha sido dar en el blanco, como se suele decir.

El Académico frunció el ceño.

—¿Y cuál es la respuesta?

—¡No lo sé! No tengo ni la más remota idea. —Se mostraba de lo más satisfecha.

—¿Eso no os resulta frustrante?

—Por supuesto, pero, como os dije antes, soy humana. He tenido la oportunidad de conocer a muchos hombres y mujeres a lo largo de estos años y me he dado cuenta de una cosa: es un mal que nos aqueja a todos.

—¿Pensar dos cosas opuestas al mismo tiempo? No, yo estoy bastante seguro de mis opiniones. Al menos, en aquellos temas sobre los que he podido formarme una opinión.

—No se trata de estar convencido de dos axiomas opuestos, sino de creer en ellos a distintos niveles.

El Académico se sentía perdido. A todas luces, inducirlo a la confusión era una habilidad de la Dama.

—No lo entiendo —confesó.

—Pongamos que vais a emprender un viaje a una tierra remota. Durante vuestra infancia, todos en vuestro pueblo os han contado historias de terror sobre dicha tierra, plagada de escorpiones venenosos y bandidos. Habéis crecido con miedo a ese lugar, asociándolo a la sola mención de su nombre.

»Ahora que sois un erudito y vivís en una ciudad llena de cultura, sabéis datos mucho más concretos. Resulta que la plaga de escorpiones se erradicó hace años y que la economía ha mejorado mucho en la última década, por lo que los índices de delincuencia han bajado hasta estar por debajo de los de vuestro propio hogar. Sabéis que las

posibilidades de que os acontezca alguna desgracia son iguales o menores a las de vuestros otros viajes. Estáis dispuesto para partir y vais a hacerlo. Sin embargo, sentís miedo. Tenéis pesadillas con escorpiones y bandidos y os levantáis cada mañana con sudores fríos.

El Académico abrió la boca. Estuvo a punto de replicar. «¿Por qué iba a tener miedo?». «No puedo creer las dos cosas al mismo tiempo». Entonces pensó en su padre. A menudo, lo recordaba como un hombre amable, que le acariciaba el rostro y lo llevaba de la mano por el mercado. Pero aquella mano se había vuelto de piedra y las caricias, de sangre. Cuando recordaba el alcohol, los golpes y los insultos farfullados, sabía que también estaba recordando a su padre.

—Comprendo a qué os referís —dijo, con la boca seca—. Las emociones persisten en la mente y, a veces, se mezclan con los axiomas que las contradicen.

La anciana asintió, conforme.

—La emoción y la razón pueden contradecirse. Lo hacen a menudo. Es lo más humano que hay.

Recordó unas palabras. Una gruta. Unas alas de madera a las que apenas les quedaban plumas.

—Ícaro dijo algo relacionado con esto. Dijo que sabía que tenía razón, pero que no lo sentía así. En aquel momento, no entendí a qué se refería.

—¿Ahora lo hacéis?

—Eso creo. Lo que me dijisteis cuando llegué, eso de que sabéis mucho más que yo sobre Maldiciones, tiene algo que ver con esto, ¿verdad?

—¿No podéis deducirlo vos?

El Académico se quedó en silencio. Lo pensó.

—Yo creía que comprender la culpa, hablar sobre ella, servía para eliminarla. Pero la culpa es una emoción, o sea que la razón no sirve de nada.

—¡Ya estáis yéndoos al extremo de nuevo! —Las espinas proyectaban sombras sobre su rostro, pero no sonaba enfadada. No de verdad—. Por supuesto que sirve, es muy necesario. Pero la parte que implica el sentimiento no se puede arreglar desde el exterior. La gente tiene que querer ayuda para que la ayuda sirva de algo. Tiene que estar

preparada para recibirla. Ese es el primer paso. De lo contrario, solo podréis llegar hasta un punto.

—¿Y qué se puede hacer mientras tanto?

—Acompañar. —La Dama pronunció la palabra como si hablara de una gran tarea, a pesar de que al erudito le sonaba casi inútil—. Hablar, conversar, escuchar. Es lo único que se puede hacer.

La mujer se dispuso a preparar otra taza de té. El Académico paseó la mirada por la estancia, perdido. Se fijó en el ánfora que había en una esquina, mucho más limpia que el resto del habitáculo.

Un recipiente con motivos prehelénicos, impoluto hasta un punto sobrenatural.

Recordaba una historia. La primera mujer, creada para sucumbir a su curiosidad, abre un ánfora que contiene todos los males del mundo. Con el tiempo, las malas traducciones cambian «ánfora» por «caja».



La caja de Pandora.

Observó a la Dama, con sus grilletes, sus espinos, su cicatriz de estrella en el dorso de la mano que abrió la caja. Una anciana y, al mismo tiempo, una entidad del caos. La idea era demasiado inmensa, demasiado vasta. «Abrí una puerta», había dicho.

Una puerta a todo el dolor de la humanidad.

—Los espinos… —murmuró.

—¿Perdonad?

—Habéis dicho que os duelen, pero no es solo eso, también os aprisionan.

—Los grilletes de un preso —asintió ella—. Me los pusieron tras mi crimen. La gente de mi padre. Solo que esos eran de hierro, claro. El dolor de las espinas parecía más… apropiado.

—Por el dolor que causasteis.

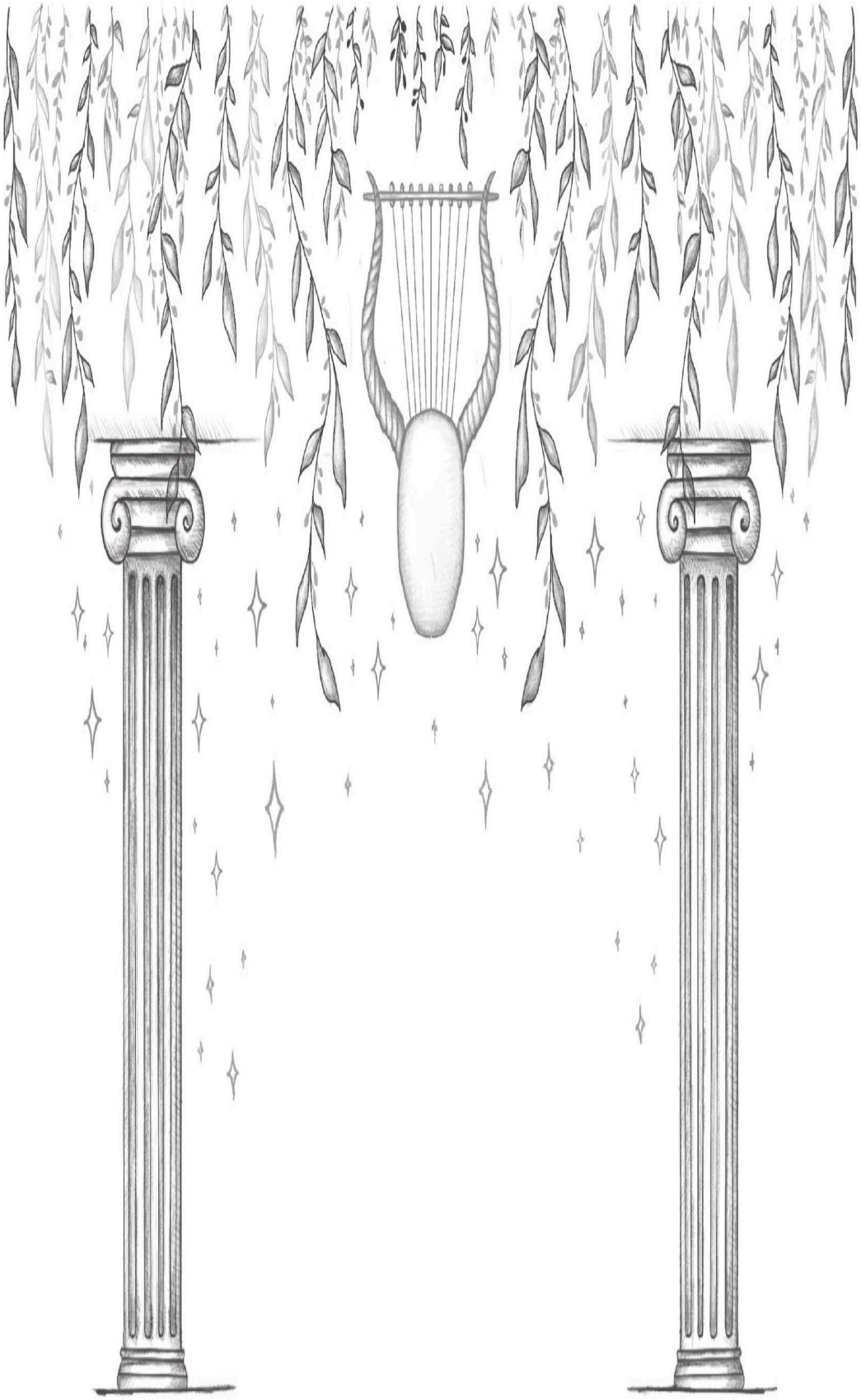
—Por el dolor que causé —asintió ella.

—Entonces, estáis diciendo que nunca podré curar una Maldición.

—No. Estoy diciendo que podréis ayudar a muchas personas a avanzar, a mejorar, a continuar día a día. Y que, a aquellas que estén listas, las podréis ayudar a curarse. No parece una perspectiva tan mala, ¿no?

El Académico miró más allá del hueco del árbol, hacia donde el Bosque se teñía del azul de la hora previa al anochecer y los primeros búhos ululaban.

—No, no lo parece.



10
NOCHE DE NOMEOLVIDES

La última noche, Orfeo esperó al Académico en el templete donde empezó todo.

Apenas había anochecido cuando lo vio aparecer al otro lado del campo de flores de niebla, una figura de noche, de sombras y de sueños. A su vera, la cierva alada caminaba muy cerca y, de vez en cuando, le daba golpes con el hocico. Orfeo nunca la había visto mostrarse tan cariñosa.

—Buenas noches —los llamó desde la distancia.

Al oírlo, el Académico se detuvo. La cierva hizo lo propio y le lanzó una mirada interrogante. Los pétalos brumosos los rodeaban, caricias silenciosas.

Antes de seguir avanzando, el erudito alzó los brazos. Un gesto extraño, penitente. Con un breve tirón, se quitó el velo de la cara.

Orfeo lo observó, tan inmóvil como una de las estatuas del Bosque. Ni siquiera el aliento pasaba por él, temeroso de su reacción. La cierva se acercó y olisqueó.

No se movió hasta que el Académico caminó hasta él.

—Buenas noches, Orfeo.

No respondió.

Su rostro no era como lo había imaginado. Había visto esbozos de los rasgos, fragmentos de líneas fuertes y marcadas, pero nada más. Ahora sabía que la nariz chata, rota hacía mucho tiempo, se curvaba con cierta violencia. Sabía que tenía los labios grandes y llenos. La piel oscura.

Era hermoso. De una forma inusual y, aún así, indiscutible. Lo era. No obstante, el primer pensamiento del músico no fue de belleza y admiración. Fue de reconocimiento.

Porque reconocía la marca que tenía en la frente. La había visto en incontables ocasiones, en incontables súbditos. Una cicatriz que cortaba a golpe de desgracia, de sueños quebrados, de arrepentimientos.

Una estrella de cuatro puntas. La marca de los Malditos.

—¿Cómo…? —Por primera vez, la voz lo abandonaba.

El Académico sabía cuál era la fuente de su estupor. Se llevó una mano a la frente y bajó la mirada, azorado.

—Sorpresa, supongo.

—Estáis Maldito —susurró Orfeo—. ¿Siempre lo habéis estado? ¿Desde que llegasteis?

—Desde mucho antes.

—¿Cómo?

—Creo que ya lo sabéis. —Encogió los anchos hombros.

—¿Lo que me contasteis de vuestra madre…?

Él asintió.

—No pude salvarla, así que decidí estudiar Maldiciones hasta ser capaz de curarlas. La marca no tardó en aparecer.

—Pero ¿cuál es vuestra Maldición?

—Acabo de decíroslo. —El Académico sonreía con tristeza.

—No comprendo… —Pero sí comprendía.

Estaba ahí desde que lo conocía, desde el primer día que había oído su voz entre las sombras del Bosque, desde el banquete. ¿Quién hacía un trato como el que había hecho si no estaba desesperado? ¿Quién estaba tan enredado en su propia tela de araña que estaba dispuesto a acabar con su vida si eso significaba seguir rodeado de seda?

Una Maldición invisible, como la suya o la de Ícaro, pero mucho más vasta. Grande como un océano que erosiona la costa.

—Mi Maldición es la obsesión —afirmó el erudito. No tenía claro si en el Bosque o en su mente—. No descansaré hasta que logre curar Maldiciones.

—Así que sois consciente.

—Claro que lo soy. —Se encogió de hombros. La cicatriz le partía el rostro, hermoso y terrible—. Pero nunca me ha importado. Convertí una Maldición en un propósito.

Orfeo dudó.

—Creo que convertisteis un propósito en una Maldición —dijo con cuidado.

—Sea como fuere, aquí estamos.

—No me lo dijisteis. —Una acusación vacua, pero que no pudo evitar hacer.

—No os lo debía. No soy uno de vuestros súbditos.

El músico asintió. Lo miró a los ojos. Jamás los había visto antes; estaba seguro. No obstante, le resultaban familiares de una forma brumosa, casi inconcreta. Los reconocía de las tierras de la memoria, porque allí los había imaginado cientos de veces. Los ojos de aquella voz de melaza y terciopelo. Almendrados, del color de la miel. Hipnóticos.

—¿Por qué? —murmuró—. ¿Por qué mostraros ahora?

—No es para que me perdonéis, si es lo que teméis —contestó el Académico—. Os dije la verdad. Mi gente solo se quita el velo ante aquellas personas con las que siente confianza e intimidad.

Por muy estúpida que fuera la pregunta, se sentía impelido a hacerla.

—¿Y yo soy una de esas personas?

El Académico sonrió con timidez y se encogió de hombros.

—Me lo he quitado, ¿cierto?

—Cierto. —Tragó saliva.

El silencio se enredó entre ellos. La cierva, rodeada de pétalos de bruma, los observaba. Las alas inmóviles, tan atrofiadas como siempre.

—¿Seguís enfadado?

Orfeo continuaba mirándolo. De forma lejana, pensó que debería parpadear. O moverse, ya puestos.

—No… —Se interrumpió antes de decir «no lo recuerdo» como un auténtico idiota—. No. Ya no lo estoy.

Al menos, era verdad. Con independencia del rostro del Académico, llevaba todo el día pensando en la pregunta que le había hecho la noche anterior, en la forma en que se le habían revuelto las entrañas. Cuando era niño, solía quedarse inmóvil cada vez que el mundo lo abrumaba.

Tras la partida del erudito al alba, pensó en su padre y sus liras, en la sonrisa de suficiencia de su madre cuando tocó ante Apolo. Pensó en Eurídice. Después, echó a andar entre los árboles.

Los senderos reptaban bajo sus pies, viejos amigos. Musgo, rocas, campos de margaritas. Recorrió las ruinas donde celebraban los banquetes, la orilla del lago de lágrimas de la Leona y una de las entradas a las cuevas de Ícaro.

En cada lugar, pensó en el Académico. En los hombros encorvados sobre el cuaderno, en la ambición de su trabajo, en las confidencias que

le había hecho. Al principio, todo estaba teñido de rabia.

—Pero lo estuvisteis.

El músico asintió.

—¿Podríais explicarme la razón? Entiendo que fue una indiscreción por mi parte, pero estas noches he aprendido que tenéis mucha paciencia con ese tipo de cosas. Y no solo conmigo. Me gustaría saber por qué eso en concreto os irritó tanto.

Siempre otra pregunta. Debería estar harto de él, fijarse en la estrella de su frente y ver la misma deformidad que veía en su propia marca. Debería ver al Maldito, no mirarlo como si colgara la luna en el cielo cada noche.

—¿Habéis conseguido curar a la Dama? —preguntó sin previo aviso. No quería contestar.

El Académico alzó la barbilla. La cierva se acercó a él y le apoyó la cabeza en la pierna.

—No —dijo con firmeza mientras le hacía una breve caricia—. Y soy consciente de lo que significa. Cuando salga el sol, se habrán acabado las cinco noches de vuestra invitación y habré fracasado oficialmente en mi misión. Seré vuestro.

Orfeo apretó los puños. Con las uñas, se hizo daño en las palmas de las manos. No debería haber esperado otro resultado y, aun así… Cambió el peso de un pie al otro, sopesó qué hacer.

—No quería que me vierais como Orfeo —dijo con voz suave.

—¿Perdón?

—Mi enfado —aclaró—. Después de estas noches, me permití creer que me veíais solo como el señor de este lugar, alguien con quien hablar de arte y ciencia en los descansos de vuestro trabajo de campo. No quería que me vierais como un Maldito, que es lo que soy.

—Y al preguntaros eso…

—Al preguntarme eso, supe que habíais pensado en ello. Mucho. Que habíais pensado en mí como el Orfeo de las historias, que habíais pensado en mi Maldición y en cómo me la gané. Todos se preguntan por qué me di la vuelta.

El Académico asintió. Al hacerlo, los bordes de la cicatriz titilaron. Bruma y noche.

—Yo ya no lo hago.

—Ah, ¿no? —Entrecerró los ojos—. La Dama cree que lo sabe, ¿verdad? Siempre ha sido una metomentodo.

—He oído que por eso se la conoce, sí. —Ya sin el velo, la sonrisa irónica del Académico se distinguía a la perfección. Una mueca pequeña, más encantadora aún de lo que había esperado—. ¿Creéis que está equivocada?

—Ni lo sé ni me importa lo más mínimo. La respuesta es mía.

Suya y de nadie más. Suya y de Eurídice cuando volviera a verla. Suya y de Hades, que sabía lo que hacía cuando le puso aquella prueba.

Los muertos no pueden regresar a la vida y el señor del Inframundo se asegura de ello. Sabía que Orfeo fallaría, que tendría que darse la vuelta para mirarla.

—Lo respeto. —El Académico se acercó un paso hacia él.

Habían estado a distancias menores en otros momentos. No obstante, sin el velo, todo cambiaba. No había nada entre los alientos de ambos, nada entre las miradas. Estaban demasiado cerca.

—¿Nos sentamos? —preguntó a toda prisa.

Había preparado él mismo la comida, igual que la noche anterior. La mesa era sencilla, con un par de velas y sin guirnaldas. Se había asegurado de dejar espacio para que el Académico pudiera trabajar en la lira, que ya estaba casi terminada.

—¿Comemos o trabajamos? —preguntó este, como si el músico ya fuera su dueño.

—Comamos, primero, si os parece. Estaréis hambriento. El hogar de la Dama no está precisamente lleno de comodidades.

—No ha estado mal. Hemos tomado infusiones.

Orfeo puso los ojos en blanco.

—No sé cómo os habéis tragado ese brebaje.

El Académico soltó una risa.

—Me ha costado un poco, no quiero mentiros. Ya me había acostumbrado al vino.

Y así comieron, a la luz de las velas que endulzaba los rasgos y una canción vaporosa que resonaba en los silencios. La cierva se hizo un ovillo al pie de una de las columnas del templete y permaneció junto a ellos mientras cenaban. De vez en cuando, uno de los dos le ofrecía algo de comida, que siempre aceptaba con altanería.

Cuando solo quedaron platos vacíos, el erudito se puso a trabajar en la lira. Orfeo lo observó en silencio mientras encajaba piezas, ataba cuerdas de lino y tallaba engarces. Pulió los brazos para dejarlos lustrosos y, tras asegurar el nuevo travesaño, contempló la estructura.

—Estáis decidido a terminarla esta noche —comentó el músico en tono casual.

—Quiero cumplir, al menos, esta parte del trato. Sé que no cambia nada, pero para mí significa que no habré fracasado del todo.

—La tarea era imposible. No debe mortificaros fracasar en algo imposible.

—No era imposible. —Antes de que Orfeo pudiera replicar, el Académico continuó—. Soy consciente de que era mucho más difícil de lo que creía. Ahora sé que fui arrogante al venir aquí con la presunción de que podría lograr una hazaña tan difícil, pero no creo que fuera imposible para otra persona.

—Sois un experto en la materia. ¿Quién podría haberlo hecho mejor?

—Como ha quedado dolorosamente patente, no soy experto ni en la teoría. He leído mucho sobre Maldiciones. Lo que es lo mismo que decir que he leído mucho sobre la culpa. Creía que leer y comprender me hacían un experto, pero no es así.

—Habíais hecho trabajo de campo —recordó Orfeo.

—Poco. Y de insuficiente calidad. —Por su tono, estaba decidido a flagelarse—. Lo basaba todo en unos axiomas que se han probado débiles. Creía que comprender algo era aprender a vencerlo, que la culpa era tan lógica como una operación matemática, que todas las emociones lo eran. Y eso no es lo peor.

—¿No?

—Lo peor es que me creía inteligente. Creía que sabía mucho más que los demás.

La amargura de su voz lo alarmó. Por primera vez, podía verla reflejada en sus ojos, miel vidriosa.

—Espero no estar oyendo lo que creo. Ni siquiera vos seríais capaz de haber decidido creer ahora que sois estúpido. —No estúpido. Presuntuoso, quizá. Necio.

—¿La Dama os ha convencido de esto? —Orfeo frunció el ceño.

—La Dama ha sido muy amable, creedme. Me ha señalado mis errores, pero lo cierto es que ya eran evidentes por las conversaciones que he tenido con el resto de Malditos. Por lo demás, se ha limitado a explicarme cosas.

—Puede ser bastante sabia —concedió el músico—. Y justo por eso, creo que ella estaría de acuerdo en que la tarea era imposible en las condiciones actuales.

—Yo sé que no es así. Con todo lo que sé ahora, si pudiera seguir investigando, podría desarrollar métodos mejores, ayudar a quien estuviera preparado… —Se le perdió la mirada en algún punto más allá del horizonte y, de golpe, tiró de ella de vuelta.

—¿Habláis vos o la Maldición? —preguntó con voz queda.

—Eso ya no importa. —Él le dedicó una sonrisa deshilachada. La cicatriz permanecía sobre la frente, encerrando la mente en una prisión sin paredes.

—Importa. Claro que importa.

La mueca del Académico fue una fortaleza que se rendía, un reino derrotado que aceptaba su destino.

—Gracias, mi señor.

—Llamadme Orfeo. —Lo dijo demasiado rápido, demasiado brusco—. Como antes.

En aquella ocasión, la sonrisa fue más luminosa.

—Y terminad la lira, haced el favor —continuó—. Tenemos cosas que hacer.

—Como mandéis, Orfeo. —Le guiñó un ojo y se dispuso a trabajar en las cuerdas.

El lino trenzado no era fácil de manejar. Aunque el músico ya lo había tratado durante el día y le daba instrucciones para domarlo, las hebras eran rebeldes por naturaleza y había que trabajar para mantener la cohesión de la cuerda. Una vez conseguido esto, solo quedaba ensamblar con ellas el travesaño, el puente y los pivotes inferiores.

Cuando terminó, el Académico se quedó quieto. Contempló su obra con el ceño fruncido.

—¿Ocurre algo?

—No, es solo que… —Le dio un par de vueltas entre las manos—. Creía que habría algo épico en este momento. Algo de… algo. ¿Vos

diríais que ha quedado bien?

Orfeo soltó una carcajada.

—Ha quedado maravillosa. Una lira excelente.

—Pero… —Su expresión desconfiada seguía siendo la mar de cómica —. Es la lira de Orfeo. Sé que no queréis que os vea como una leyenda, pero espero que no pase nada si la veo así a ella. Es la Lira. ¿No debería ser más majestuosa?

—¿Para qué iba a querer ser majestuosa? Su propósito es ser tocada. Es la música la que debe ser majestuosa.

—Fue un regalo de un dios.

—Y ahora, la ha reparado un académico. ¿A dónde queréis llegar?

—No estoy seguro.

Orfeo meneó la cabeza sin poder evitar sonreír.

—La lira es maravillosa. Estoy empezando a pensar que os gusta regodearos demasiado en el lado malo de las cosas. —Se puso en pie—. Ahora, guardadla en el zurrón y vamos.

—¿A dónde vamos? —El Académico se levantó para seguirlo. La cierva permanecía hecha un ovillo, toda blandura y quietud. No hizo ademán de moverse.

—Es la última noche del pacto y, aunque habéis recorrido el Bosque, no habéis visitado los mejores lugares. Mis sitios predilectos.

Por un momento, temió que se negara. Podría alegar que, si iba a pasar la eternidad allí, no había ninguna prisa. En lugar de eso, se colocó a su altura.

—¿Vais a enseñármelos todos esta noche?

—Algunos. También debéis dormir.

Dejaron a la cierva alada dormitando en el templete y, una vez más, caminaron por el Bosque. Orfeo guiaba y el erudito se mantenía a su lado. Se había vuelto a poner el velo. Aunque la espesura solía ser un lugar solitario, nunca sabías cuándo podías encontrar a otro caminante.

Mientras caminaban, el Académico le preguntó a Orfeo por sus días en el Bosque. Sus deberes, sus aficiones. Él le dio respuestas vagas, sin querer entrar en detalles sobre su existencia actual. Antes de darse cuenta, se encontró a sí mismo hablando de los acantilados de su juventud, del olor salado del mar en la brisa.

—Lo echáis de menos —comentó el erudito—. Pero también da la sensación de que le tenéis cariño al Bosque.

—Un hombre puede amar dos lugares.

—¿Seguro? Tal vez, si ama un lugar nuevo, ya no sea el mismo hombre.

Las palabras se hilaron con el encaje de hojas que, contra el cielo nocturno, formaba patrones de sombras espolvoreadas. Orfeo las consideró.

¿Era un Orfeo distinto el que había corrido por las rocas resbaladizas, el que había buscado cangrejos en las largas tardes de verano? ¿Era un Orfeo distinto el que había acariciado el cabello de Eurídice?

En aquella ocasión, sintió las lágrimas agolparse tras los párpados.

Se obligó a recomponerse cuando llegaron a la primera parada que había planeado.

—La llamo la Laguna Quebrada —anunció, con la voz algo ronca.

Ante ellos, un lago de aguas negras como el azabache interrumpía el entramado de la floresta. En realidad, era un ensanchamiento del río, que seguía discurriendo a ambos lados. El nombre le venía del salto de agua que había en medio, provocado por un desnivel del terreno.

—Parece un espejo roto. —El Académico se acercó a la orilla.

Tenía razón. El cielo se reflejaba en la superficie del agua, fracturado como ella.

—Roto, quebrado. —Hizo un ruido de asentimiento. Se deshizo de los pensamientos sombríos—. Podría componer una canción sobre cómo esa característica es la que lo hace notable y le da su belleza. ¿Qué tal os suena eso?

—Un poco manido, ¿no? —El erudito soltó un bufido burlón y se dio cuenta de que había respondido sin pensar. Lo supo por la forma en que se giró para mirarlo con urgencia—. No quería decir…

—Venga, Académico. ¿Aún no podéis distinguir cuando estoy de broma?

Aquello lo hizo sonreír. La luna iluminaba el velo lo justo para permitirle distinguirlo al alzar la mirada. Durante un rato, contemplaron las estrellas reflejarse sobre el lago partido en dos. En la orilla este,las luciérnagas campaban a sus anchas.

—Os gusta reíros de mí —acusó el Académico.

—Puede que un poco. —Orfeo lo guio y reanudaron la marcha—. Es solo que me alegra ver que no estáis… Bueno, que vuestro humor no se ha oscurecido por el último día del trato. Creía que estaríais devastado.

—No estoy devastado. No me gusta fracasar, pero hice el trato libremente. Soy capaz de atenerme a las consecuencias de mis propios actos. Además, ¿una eternidad recorriendo el Bosque? No suena tan mal.

—¿Y vuestra investigación? ¿Y vuestra Maldición?

—Aquí es donde divergen sus caminos. —Alzó la mirada un instante hacia el cielo, donde las estrellas se enhebraban en los huecos entre las copas de los árboles—. No puedo evitar ansiar curar Maldiciones, pero investigar sobre ello ya no tiene sentido. Si quisiera hacer auténticos avances, tendría que empezar de cero. Sería demasiado trabajo y aquí, en el Bosque, imposible.

Orfeo examinó aquellas palabras como lo que eran: insectos venenosos. La estrella continuaba cortando la piel bajo el velo, por lo que aquella aceptación era falsa, una serpiente disfrazada de res.

—¿Desde cuándo os asusta el trabajo duro?

El Académico se limitó a encogerse de hombros. No veía necesario responder.

—¿Os estáis rindiendo? —insistió el señor del Bosque, con algo más de vehemencia.

Ante aquellas palabras, su acompañante se detuvo y le cogió las manos. Las envolvió con las suyas, mucho más anchas.

—¿Qué importa eso, Orfeo? Acepto quedarme aquí, con vos. Accedí a ello y estoy dispuesto.

El músico se permitió sostenerle las manos un momento más. Eran cálidas, como su voz y sus ojos. Un poema por escribir.

Se soltó con suavidad.

—Sigamos.

Llegaron a una pradera llena de nomeolvides, que Orfeo le presentó al Académico como el Calvero Azul. Le gustaba visitarlo de vez en cuando porque siempre habían sido sus flores preferidas. Eurídice prefería las dedaleras y su madre, las glicinas, pero él sentía debilidad por los pequeños botones de pétalos azules.

No le dijo nada de aquello al erudito, que echó a andar entre las flores. El velo flotaba, de la misma levedad que los pétalos. Cuando se encontró casi en el centro, se arrodilló para recoger unos ejemplares.



—Para vos —dijo mientras regresaba a su lado con las flores en la mano, diminutas entre sus dedos.

Orfeo aceptó el obsequio.

—Gracias. —Se le atragantó la palabra en la garganta.

Era un gesto tan pequeño, tan cotidiano, que casi parecía que llevaran recorriendo aquel sendero desde hacía décadas, que aquella fuera una noche normal entre muchas.

Por un momento, su alma de poeta se lo imaginó.

Casi podía verlo, estampas hechas de Bosque. Las caricias de musgo, las sonrisas de luna menguante y las discusiones de amapolas y helechos. Recuerdos de una vida que no existía, enredados en la espesura.

Pero no eran reales y, mientras contemplaba los pétalos suaves del ramillete de flores, supo lo que debía hacer.

—Si os lo pido, ¿me contaréis exactamente qué os dijo la Dama?

El Académico asintió. A medida que avanzaban por la floresta, cada vez más densa, le relató los acontecimientos del día. Uno más de sus rituales.

Orfeo escuchó con atención las palabras de la primera de las mujeres, la que se había condenado por su propia curiosidad.

—Así que se ha dedicado a dar lecciones sobre la naturaleza humana, ¿cierto?

—Tiene ciertas credenciales para que se la considere una autoridad en la materia. —El Académico no sonaba molesto.

—Sí, pero no lo sabe todo. Ninguno lo hacemos.

—Ella misma no dice que lo haga. —El tono del erudito era de respeto —. ¿Estáis molesto porque especuló sobre vuestras razones? Ya os he dicho que entiendo que la respuesta sea vuestra.

A lo lejos, un búho ululó una vez. Dos.

—¿Por qué creéis vos que me di la vuelta? —soltó Orfeo. Necesitaba preguntarlo.

Aquello lo pilló desprevenido.

—¿Qué? Creía que no queríais…

—Contestadme.

El Académico tragó saliva, azorado.

—Bueno… Hay diferentes versiones de la historia —dijo, con su enfoque analítico habitual—. Si ella os hubiera llamado, o hubiera tropezado, como dicen algunos, imagino que os habríais dado la vuelta de forma instintiva, para ayudarla. Si no oíais sus pasos, quizá creísteis que erais víctima de un engaño de Hades y no pudisteis resistiros a comprobarlo antes de salir. Hay quien dice que llegasteis a la luz y os volvisteis para celebrarlo con ella, que olvidasteis que el acuerdo era que llegarais ambos. Esta última es la que considero menos probable.

Muy propio de él: abordar el asunto como si fuera un diario de campo.

—Bien. —Orfeo echó a andar y lo dejó atrás.

El otro hombre corrió tras él. Los helechos se agitaron a su paso.

—¿Bien? ¿Eso es lo que vais a decir?

—Sí.

—¿No vais a decirme si estoy en lo cierto? ¿Si la Dama lo está?

—Lo que voy a hacer es llevaros al Templo Sin Dioses. Porque, además de las estatuas más extrañas que he visto nunca, hay un sauce con forma de dragón que siempre me hace mucha gracia.

El Académico se detuvo un instante, desconcertado. Orfeo siguió caminando a grandes zancadas. Al cabo de un par de minutos, lo escuchó seguirlo.

No quería hablar de ello, del porqué. Sabía que debía hacerlo. No obstante, cada vez que lo intentaba, la voluntad era sustituida por un impulso visceral de lanzarle piedras a algo. O a alguien.

Llegaron al Templo en mucho menos tiempo del que solía tardar el músico en sus paseos. Seguramente, porque Orfeo iba a un ritmo cercano al trote y el Académico hacía lo que podía por seguirlo sin dar ningún traspié.

Había muchas estatuas en el Bosque. La mayoría eran fragmentos antiguos, torsos y manos que contaban historias de dioses y héroes de otros tiempos. La blancura del mármol permanecía impoluta incluso entre la vegetación. A Orfeo solían hacerle pensar en la naturaleza caduca de la voluntad, en la irrelevancia de los imperios.

Las del Templo eran iguales y, al mismo tiempo, distintas. Tampoco estaban completas, pero el mármol no tenía su habitual apariencia prístina. Alguien había escrito sobre él. Palabras y más palabras que cubrían las blancas superficies.

Los modelos tampoco se veían con frecuencia. Un anciano con alas de ave, un centauro en plena carrera, una mujer con dos rostros en lugar de uno. A las tres les faltaban pequeños fragmentos. Las tres estaban cubiertas de una escritura antigua y olvidada.

—¿Cómo es que no se corre la tinta? —preguntó el Académico, asombrado—. Aquí, a la intemperie.

—No lo sé —respondió Orfeo, sin dejar de mirarlas.

Era un misterio, uno de los muchos que ocultaba el Bosque.

—¿Vos entendéis esta lengua? —le preguntó. Ningún Maldito lo hacía. Ya lo había comprobado.

El erudito se acercó.

—Parece acadio, pero no lo es. Podría ser ugarítico. No reconozco las palabras, solo algunas raíces.

—Me gusta imaginar qué dirán —confesó Orfeo.

—Puede que cuenten sus historias. Apuesto a que son interesantes.

El músico asintió. Dejó escapar el aire.

—Me di la vuelta porque la amaba. —Lanzó las palabras hacia la noche, hacia las estatuas, hacia él—. Es tan simple como eso. Mi amor me impidió salvarla. Mi amor la condenó.

El Académico no respondió. Durante un rato, las leyendas antiguas contuvieron el aliento.

—¿Y lamentáis amarla? —Lo preguntó con un hilo de voz, como si no quisiera que los árboles lo escucharan pronunciar un sacrilegio.

Orfeo notó que le temblaban las manos. Se cruzó de brazos para impedir que se notara.

—Lamento que no esté aquí. Cada día. Por mi culpa.

El erudito se acercó a él.

—No podéis creer en serio que es culpa vuestra.

—Fracasé al salvarla, ¿cierto?

—¡Pero lo intentasteis! —exclamó. Arrepentido por el arrebato, bajó la voz de nuevo—. ¿Vais a cargar siempre con esos remordimientos, a condenaros eternamente por, como vos mismo decís, haberla amado?

—¿Y vos?

El Académico se quedó inmóvil un momento, absorbiendo el golpe. Madre, hermano, amada, condena.

Eran uno y lo mismo. Presos de una paradoja que no perdía verdad por revelarse como tal. Ambos eran conscientes.

Y como lo era, el erudito no discutió. Dio otro paso y le tomó la mano con ternura. Por primera vez, Orfeo se mantuvo donde estaba.

Se quedaron allí, bajo la mirada de las tres estatuas, durante lo que bien pudo haber sido un eón en las tierras humanas. Un anciano alado, un centauro, una mujer doble, el silencio del Bosque. Las manos del músico y el erudito permanecieron unidas, los dedos acariciándose.

El final de la noche los encontró sentados juntos en el claro. Con los primeros destellos de la hora azul, el Académico se quitó el velo. Orfeo observó sus rasgos, tan bellos como unas horas antes.

—La quinta noche ha terminado —declaró el erudito, una condena aceptada.

El músico negó.

—Aún quedan unos segundos. ¿Podéis pasarme el zurrón?

Hizo lo que le pedía.

—¿Para qué?

—Prometisteis curar una Maldición. —Lo dijo con la debida solemnidad.

Rebuscó en la bolsa y, con las manos desnudas, extrajo la lira. La sostuvo en su regazo como había hecho tantas veces. No importaba cuánto cambiaran las piezas, aún se amoldaba a su cuerpo como una extremidad más. La Lira de Orfeo.

Los ojos de miel del Académico se abrieron de par en par. La sonrisa no tardó en alcanzarlos, con un júbilo apenas contenido.

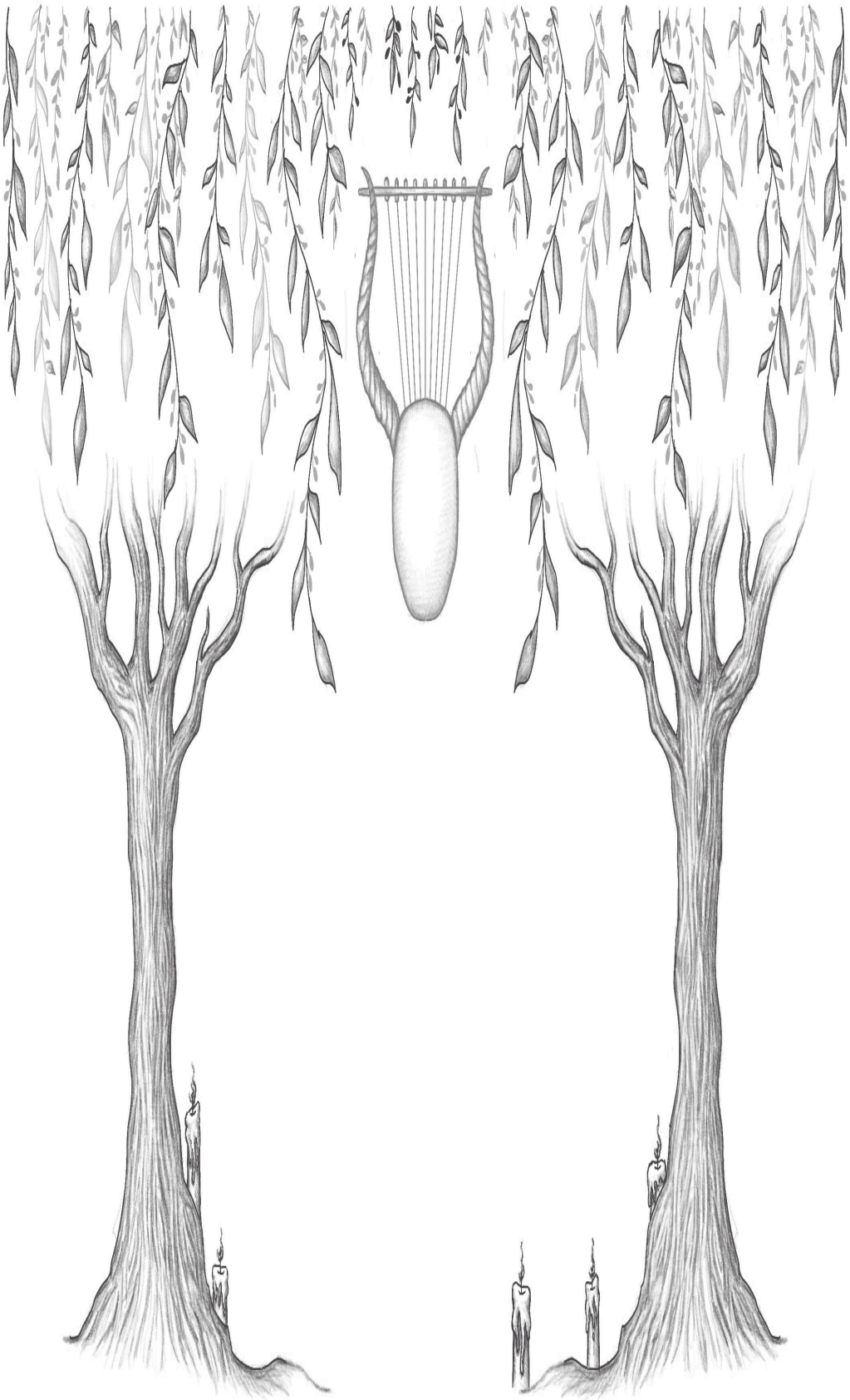
—¿De verdad?

—La estoy sosteniendo, ¿no? Ya veis que no hay truco.

Soltó una carcajada, maravillado. Orfeo sonrió también. Su risa seguía siendo terciopelo, así que apenas pudo evitarlo. Se acercó a él. Se acercó tanto que sus alientos se mezclaron.

El Académico bajó los ojos y las primeras luces los volvieron de oro líquido. Mientras la floresta se desperezaba, los labios de ambos se encontraron. Una caricia y, después, un fuego. El mundo contuvo el aliento. Un beso de amaneceres, de pétalos, de horizontes. A lo lejos, ululaba una lechuza.

El sol salió sobre las estatuas y las palabras olvidadas. Los dos hombres, fundidos en un abrazo, proyectaban una sola sombra.



11
EPITAFIO DE UN GIRO

—¿Lo tenéis todo preparado?

El Académico sonrió mientras le daba un bocado a la torta de centeno. Señaló el zurrón, que descansaba contra la puerta.

—Todo listo.

La mañana era fresca, de encaje blanco y suspiros. El frío se había colado en el interior de la cabaña y el erudito se había puesto un segundo manto sobre la casaca. A pesar de ello, no llevaba el velo. Orfeo lo contempló mientras él mismo se ajustaba las manoplas que se había puesto en las manos.

—Uno pensaría que estarías más acostumbrado al frío que yo —comentó el Académico en tono burlón. La noche anterior habían dejado de emplear formalidades, por lo que ya se tuteaban.

—Uno lo pensaría —resopló Orfeo. Se sirvió otra torta y partió un trocito para la cierva, que aguardaba con impaciencia.

Nada más despertarse, unos golpes en la puerta los habían alertado de la presencia del animal, que quería entrar para refugiarse de la repentina helada. No era la primera vez que lo hacía, pero Orfeo no solía verla tan alterada. La miró a los ojos. Le daba la impresión de que sabía lo que iba a ocurrir.

—Te encantará Senendra. Solo hace frío por las noches e, incluso así, nunca hay esta humedad. No sé si te he hablado del Mercado de Luthieres. Es enorme. Tienen toda clase de…

Mientras el Académico disertaba sobre las maravillas de su tierra, el músico cerró los ojos. Se permitió un instante y, después, se obligó a levantar la mirada.

—Hay algo que debo comentarte.

El erudito se detuvo en seco y guardó silencio, interrogante. La estrella de la frente no había desaparecido, pero los bordes se estaban difuminando. La piel cicatrizada casi era del mismo color que el resto.

—No podré acompañarte. Aún no —dijo Orfeo por fin. Llevaba todo un día y una noche evitando aquellas palabras. Sabían tan amargas

como había esperado—. Aunque ya no esté Maldito, sigo siendo el señor del Bosque. Mis súbditos me necesitan. —Antes de que el Académico pudiera abrir la boca, añadió—: Y quiero ayudarlos.

El erudito miró a la cierva y, de nuevo, a Orfeo. El animal agitó las alas.

—¿Quieres quedarte aquí?

El Académico había cumplido su parte del trato. Había curado a uno de los Malditos. Al señor del Bosque, nada menos. Ya podía regresar a sus estudios, a su vida. Por mucho que la noche anterior hubiese aparentado estar dispuesto a renunciar a todo aquello, Orfeo sabía que se engañaba.

—No entiendes lo grande que es esto —decía entre risas mientras los primeros rayos de sol iluminaban el camino de vuelta a la cabaña—. Ahora puedo avanzar de verdad. ¡Las Maldiciones pueden curarse! ¡Puedo hacerlo!

Orfeo se había reído con él, embriagado por su entusiasmo. Ahora que se sabía capaz, podía comenzar a investigar sin la presión de su propia Maldición.

—No se trata de querer. Tampoco de quedarme para siempre. Simplemente debo ayudar a los demás por un tiempo —dijo el músico con voz firme. Con suerte, imponente. La voz del mito.

El Académico clavó los ojos en los suyos. Decenas de preguntas se agolparon tras aquella mirada. Porqués y razonamientos, argumentos vacuos. Al final, solo dijo:

—Por supuesto, lo que necesites.

—Pero tú debes volver a la universidad, continuar con tu trabajo. Sé que harás unos avances increíbles. —Por suerte, no se le quebró la voz al decirlo.

—Por supuesto —repitió el Académico con expresión neutra—. Gracias.

—Lo siento.

Aquello ablandó al erudito. Extendió una mano y rozó la suya por encima de la mesa.

—No tienes que sentirlo. —Sonrió con dulzura y con pena. Añoraría aquella voz.

—Pero cualquier día me tendrás curioseando por esa biblioteca tuya —añadió el músico en tono alegre mientras se levantaban de la mesa—.

Espero que, cuando llegue el momento, no te estorbe mi presencia.

—Eso nunca —contestó, sin apartar los ojos de los suyos—. Te estaré esperando.

Quiso decirle que no lo hiciera. Quiso decirle muchas cosas. Mientras lo veía colocarse el zurrón y ajustarse el manto, se obligó a callárselas.

En cuanto se había descubierto ante él dos noches atrás, sin el velo y sin saber a qué atenerse en su vocación, había sabido lo que tenía que hacer.

Salieron a la puerta de la cabaña. La cierva los siguió, sin dejar de agitar las alas. Orfeo se arrodilló a su lado.

—Guíalo hasta el exterior —le pidió en un susurro. El animal lo observó con ojos grandes y, después, echó a andar hacia los árboles.

El Académico se dispuso a seguirlo. Tras un par de pasos, se quedó inmóvil.

Antes de que Orfeo le preguntara si olvidaba algo, se dio la vuelta. Salvó la distancia que los separaba y, sin decir nada, lo rodeó con los brazos. El músico se permitió abandonarse a él durante unos momentos. La amargura le subía por la garganta, implacable.

Después, el erudito se apartó. Se adentró en la espesura en silencio, con suavidad. Los helechos lo recibieron mientras se zambullía en el océano de robles y saúcos. Justo antes de desaparecer de la vista, se volvió de nuevo.

Orfeo alzó la lira y le sonrió. Supo que él le devolvía la sonrisa.

Después, ya no hubo nada más.

Nomeolvides, bibliotecas, ruinas. El músico soltó el instrumento y se quitó la manopla. Antes de permitirse sentir el dolor, se miró la mano. Estaba quemada; la piel, hecha jirones allí donde la lira había tocado la Maldición. Iba a necesitar que la Dama le echara un vistazo.

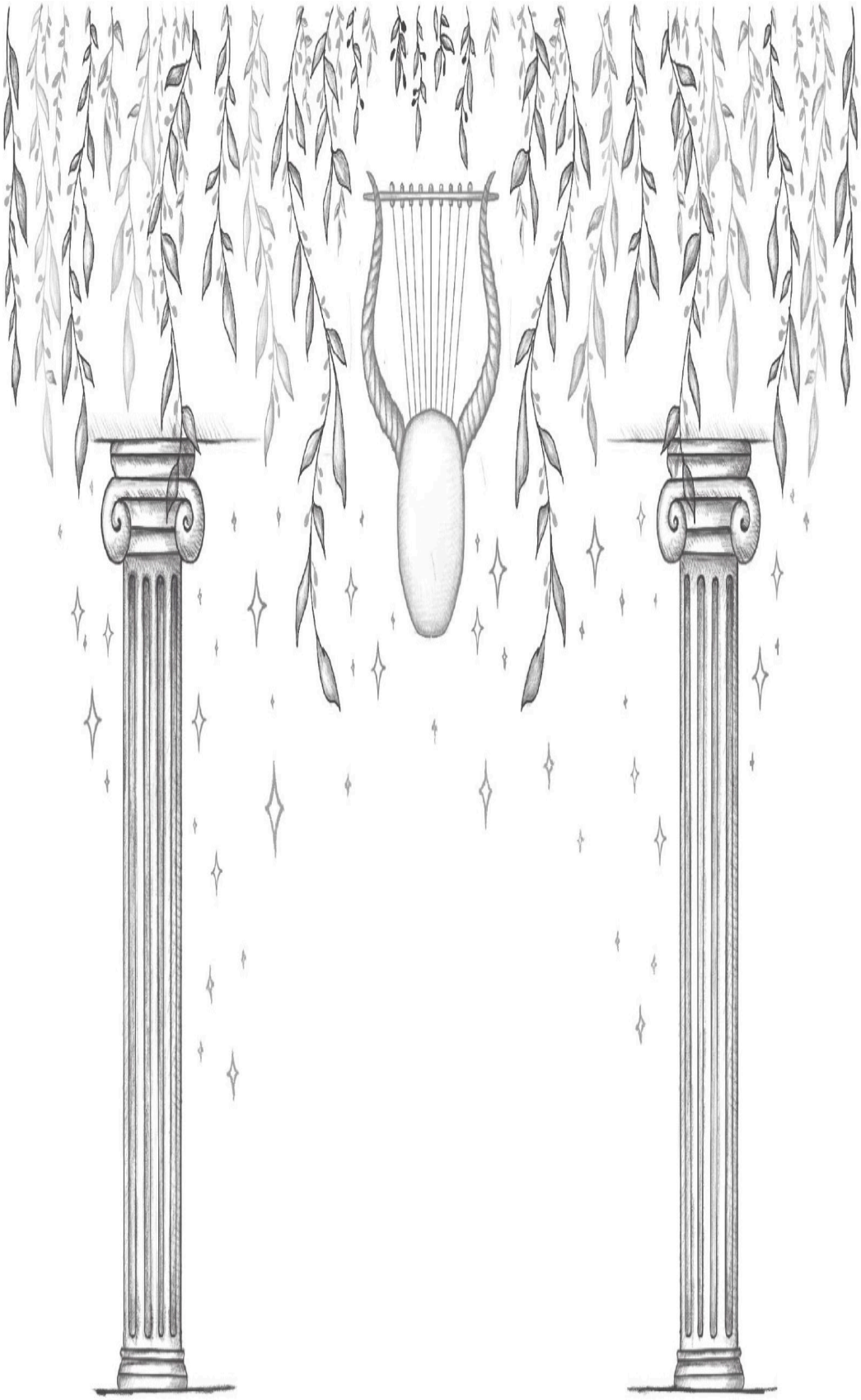
Había logrado reprimir el dolor el tiempo suficiente, fingir sanación durante los momentos necesarios. En otra época, habría sido impensable, pero ya no le quemaba tanto como antes. Tal vez fuera una buena señal.

Poco le importaba en aquel momento, rodeado de bruma y nomeolvides que se marchitaban. Su recompensa por soportar el dolor volvía a ser la soledad. Si bien era cierto que se trataba de una soledad

distinta, más liviana. En aquella ocasión, el sacrificio había descosido al error.

Sabiendo que había hecho lo correcto, Orfeo se dio la vuelta.





12
NOCHES DE ARPILLERA

Después de aquello, el Bosque volvió a su tiempo sin tiempo, a sus mañanas blandas de nubes deshilachadas y a sus atardeceres de corteza dorada. Los conejos continuaron sus carreras y los herrerillos, sus cantos. El río siguió viendo morir tortugas centenarias.

En lo más profundo del Bosque, en una cabaña de paja y madera, todo apuntaba a que el mejor músico del mundo se sumía de nuevo en su rutina hueca. Paseos sin rumbo, banquetes de vino y melaza, tardes al ritmo del rumor del agua. Su cierva lo vigilaba, silenciosa. Los faunos y las ninfas danzaban a su alrededor. Todo apuntaba a que la madeja inmóvil de la floresta había vuelto a enredarse, como siempre hacía.

Hasta que, un día del mismo color que los demás, Orfeo abrió la puerta de la cabaña con tal energía que los goznes temblaron. Dos petirrojos lo observaron, asustados por su expresión entre entusiasta y maniaca. Sin prestarles atención, se echó un petate a la espalda y se dirigió a la región más antigua del Bosque.

—¡Buenas tardes, Dama! —llamó a un árbol hueco—. Espero que dispongáis de espacio libre.

Un antifaz de espinas lo recibió sobre una expresión estupefacta.

—¿Os encontráis bien, mi señor?

Orfeo, que era amigo de las mentiras, no dudó en contestar:

—Mejor que nunca.

La anciana lo invitó a pasar y, tras preparar una infusión que sabía a rayos, lo ayudó a improvisar un catre en el interior del árbol.

—¿Pensáis quedaros mucho? —preguntó mientras lo observaba deshacer el petate y colocar una manta de arpillera sobre el lecho.

—Una temporadita, si no os importuno. —El músico le dedicó una sonrisa.

—No, por supuesto. El tiempo que os plazca —respondió, mirándolo con recelo.

Preparó la comida y cenaron en silencio. Orfeo jamás había pasado tanto tiempo en la morada de la Dama, pero la sensación de estar en un

tronco hueco era menos opresiva de lo que esperaba. A la mañana siguiente, se preparó para salir al mismo tiempo que ella.

—Vais a las pozas, ¿verdad? —le preguntó con otra sonrisa—. Me gustaría acompañaros.

—Claro —respondió ella. Mientras se dirigía al exterior, la oyó murmurar—. Como si pudiera impedíroslo…

Juntos, siguieron el rumor del río hasta encontrar el agua. Entre reflejos cristalinos, espinas y sangre, se quitaron de encima las horas muertas, casi sin hablar. Al final de la mañana, la Dama hizo una sola pregunta.

—¿Por qué estáis aquí, Orfeo?

Al principio, no contestó. Después, decidió que podía dar un salto al vacío.

—Quiero volver a escuchar el viento más allá del Bosque. —Carraspeó y añadió—. Y creo que la soledad no está beneficiando a ninguno de los habitantes de este lugar.

La mujer, que había vivido soledades de algodón y bullicios de hierro, ladeó la cabeza.

—Lo echáis de menos, ¿verdad? Sus preguntas, sus teorías, esa luz extraña que tenía…

Ninguno de los dos fingió que no sabía a quién se refería.

—Sí —contestó Orfeo con sencillez.

—Bien —asintió la Dama—. Eso es buena señal.

—¿Cómo puede ser buena señal?

—Toda semilla necesita agua para crecer —dijo con calma. Después, asintió—. Yo conversaré con vos. Nos haremos preguntas y construiremos teorías.

El músico sonrió, una mueca triste y desdibujada.

—Gracias, Dama.

Ella agitó la mano para restarle importancia. Los espinos se clavaron más hondo.

Pasaron los días tal y como habían prometido, entre preguntas y teorías. Orfeo construyó nuevos muebles para la morada de la anciana y ella aprendió a preparar infusiones según los gustos del músico.

A menudo, las charlas los llevaban a lugares desangelados. Ambos tenían almas que se escoraban hacia la tragedia.

—¿Cómo se puede saber si una persona ama a otra? —preguntaba Orfeo.

—Si sus sentimientos permanecen ante sus sombras tanto como ante sus luces.

El músico asintió con tristeza.

—Sí, eso me temía. —Se encogió—. Por eso no sé si mi madre me quería. Estaba muy orgullosa de mí, pero sospecho que se debe a que nunca me vio fallar. Si hubiera estado allí cuando volví del Inframundo…

Por suerte para ambos, la Dama llevaba mucho más tiempo en el negocio de las tragedias y sabía reconocer un precipicio.

—Si bien puede ser provechoso para la creatividad, no tiene sentido regodearse en aquello que nunca fue. Recordad a la madre que tuvisteis, no a la que suponéis —dijo, tan vehemente como sus espinas.

Durante las noches, Orfeo tomó la costumbre de sacar del petate la caja del Académico, aquella en la que habían guardado la lira. Al principio, se limitaba a sostenerla sobre las rodillas, en silencio. A veces, la abría y contemplaba el instrumento. Solo unos instantes.

El Bosque continuó latiendo mientras Orfeo y la Dama recolectaban comida, nadaban y hablaban. Fueron días y noches brumosos, de Maldiciones y risas. Al cabo de un tiempo, el músico partió.

Se dirigió hacia los claros sembrados de ruinas, donde un hombre pasaba los días sentado frente a un telar.

Al principio, se limitó a permanecer cerca de él. Le hablaba solo cuando era necesario y compartía la comida que encontraba. Tras muchos monólogos y muchos silencios, aprendió a leer los hilos del tapiz, de forma que pudieron comunicarse.

—Sé cuando me estáis insultando, viejo chivo —lo regañaba cuando lo veía tejer con hilos del negro de la noche, algo habitual en sus discusiones. Se preguntaba si al Académico le habría hecho lo mismo. Estaba convencido de que, de haber sido así, él habría respondido mejor.

Oh, sí. Lo echaba de menos.

A través del telar, hablaron de sus viajes, de monstruos y de hombres, de leyendas olvidadas. Ambos añoraban el mar.

Después, se adentró en las cuevas, donde un joven hecho de enigmas también echaba de menos a un amigo. Hablar con él era sencillo, una brisa ágil y fresca. Jamás se estaba quieto, pero Orfeo siempre había sido bueno siguiendo ritmos.

Desandaba los caminos del Académico por el Bosque como un pájaro que sigue un rastro de migas. En cada esquina imaginaba encontrarlo. Una sombra que emergía tras el dosel de un sauce, un destello de luz que confundía con una sonrisa al alzar la mirada. Nunca estaba allí.

Su sendero ya no estaba Maldito. Había salido del Bosque. Sabía que la única forma de volver a verlo era seguir el mismo camino, pero saberlo no lo hacía más fácil.

Así que seguía andando, de un recuerdo a otro.

En el palacio de oro, una reina jamás olvidada lloraba entre joyas. Orfeo aprendió a escucharla y, con el tiempo, a entenderla. Le dio la impresión de que ella también lo entendía a él.

En cada lugar, el músico ocultaba la caja de la lira bajo el lecho. No la sacaba hasta que se alzaba la luna, hasta que los búhos ululaban vientos de noche. Hasta que sabía que estaba solo.

La observaba en silencio. El caparazón de oro, las cuerdas de las musas. Recordaba al Orfeo que la tocaba, un joven engreído y brillante. Recordaba cómo había bajado al Inframundo en busca de Eurídice, cómo se había dado la vuelta.

Con lentitud, entre mañanas silenciosas y noches de anécdotas, el temor hacia aquellos recuerdos se desvaneció. La costra de amargura se resquebrajaba. Al principio, solo un poco. Lo suficiente para permitirle volver a ellos una y otra vez. Entenderlos. Aceptarlos.

El Académico no habría despreciado a aquel joven, no lo habría visto como un enemigo. Poco a poco, dejó de hacerlo él mismo. Dejó de recorrer caminos fantasmales y se centró en los senderos que se abrían ante él. Un día, las cenizas de lo que quedaba de pesadumbre se le deshicieron en la lengua.

Aquel fue el día que rozó la lira por primera vez.

Sintió un ligero pinchazo y apartó la mano. Después, llamó a la Leona.

—Creo que ya es hora de que celebremos un banquete —dijo en tono solemne.

Ella se mostró conforme.

Así fue como, una vez más, los Malditos se reunieron entre las ruinas. Los faunos prepararon una mesa repleta de manjares y el humo de las velas dibujó encajes con las columnas quebradas. Cuando todo el mundo estuvo cómodo, el señor del Bosque se levantó.

Abrió la caja con lentitud, un aliento contenido. Por un momento, imaginó el rostro del Académico. La sonrisa sin velo, el cuaderno sobre las rodillas. Sabía que solo había una forma de volver a oír su voz, de seguir el sendero. Pensando en aquella cadencia de miel, tomó la lira entre las manos.

La música no podría describirse, no de verdad. Sería inútil hablar de acordes o temas, de estructura. Palabras vacías, sin nada que hacer mientras el sonido envolvía las ruinas, los árboles, las almas. Basta decir que aquella noche, en aquel Bosque, se escuchó la canción más bella del mundo.

Y si, al final, a su autor le dolieron las manos, fue solo por la falta de práctica.



AGRADECIMIENTOS

El proceso de escribir una historia requiere tal cantidad de una misma que siempre resulta tan doloroso, frustrante y duro como enriquecedor, pleno y satisfactorio. Solo hay una parte que está exenta de conflicto, un remanso en la tempestad: el momento de dar las gracias.

A mi familia, por apoyarme y no dejar nunca que me sienta sola. A mis padres, a los Benito, los León, los Piña, los Quirós, los Mota y los Alonso Diez, pero, especialmente, a mis abuelas. Gracias por enseñarme que hay muchas formas de luchar, que la risa es más valiosa que el oro y que se puede ser brillante en circunstancias duras.

A mis amigos, por ser mi otra familia. Andrea, Ceci, Ana, Laura, Teresa, Celia, Lara, Andrés, Christian, Stephanie, Victoria, Claudia, Kate… Por muchos años más de risas y aventuras. Gracias por explorar este mundo extraño conmigo.

A mis compañeros de letras, por compartir una pasión. Andrea, gracias por ser mi compinche y confidente. Paula, Rilova, Sandra, gracias por el apoyo constante e incondicional, por toda la ayuda y por toda la confianza. Sara, Ares, Olivia, Sandra, Clau, gracias por estar siempre al otro lado de las páginas y por compartir la literatura conmigo. Gema, Marta, Nuria y todos los artistas que habéis creado maravillas a partir de mis libros, gracias por ser hacedores de sueños. Y, por último, pero desde luego no menos importante, gracias a Alba por sus consejos, sus palabras y, sobre todo, por sus historias.

A Sergio, por animarme a dar cada paso, por el amor y por el hogar.

A mis amigas de Biología, que me encontraron en mi peor momento y me hicieron sentir tan arropada que nunca podré agradecérselo lo suficiente. Bea, Belén, María, Cris, Julia y Bea: guardo el recuerdo de nuestro departamento como un tesoro. Gracias también a mis alumnos, por alegrarme los días, prestarme atención en todo momento y trabajar con constancia y tesón (sí, quizá haya algo de ironía aquí, pero solo en dos de las tres afirmaciones).

A toda la comunidad literaria, por acogerme siempre tan bien. Al Celsius, por convertirse en un hogar. A Perdiendo el Rumbo, a Hueco Literario, a la FeLiX, al Terramur, a Aanuk y a los clubs de lectura por brindarme unas oportunidades y un espacio que jamás daré por sentados. Gracias también a toda la comunidad de lectores, por creer en mí y decidir leer y reseñar mis historias disparatadas.

A María y a todos los miembros del Club de Lectura Juvenil de la Librería Central. Sentarme con vosotros a hablar de libros sigue siendo tan divertido como el primer día.

A mi editora, Miriam, por la confianza, la constancia y el increíble trabajo. No es nada fácil encontrar personas tan consideradas como profesionales. Tienes mi agradecimiento infinito.

Y, por supuesto, gracias a ti, querido lector. Gracias por adentrarte en el Bosque.

Nota de la editora:

Este libro terminó de editarse en el equinocio de primavera, cuando la luz y la sombra aprenden a convivir en equilibrio. La culpa ha sido siempre una presencia silenciosa en mi vida, pero al compartirla y nombrarla, se ha vuelto más leve, más humana, más digerible. Quizá la culpa, en el fondo, no es más que una emoción vacía: un peso que no repara, no construye y no devuelve nada, pero que insiste en quedarse como si tuviera algún sentido. A quienes la sentís, que sepáis que no estáis solos; incluso en la oscuridad más profunda hay una grieta por la que empieza a entrar la luz.

Mientras escribo esto, suena *Cornfield Chase* de Hans Zimmer.

¿TE HA GUSTADO?
DEJA TU VALORACIÓN
EN GOODREADS

